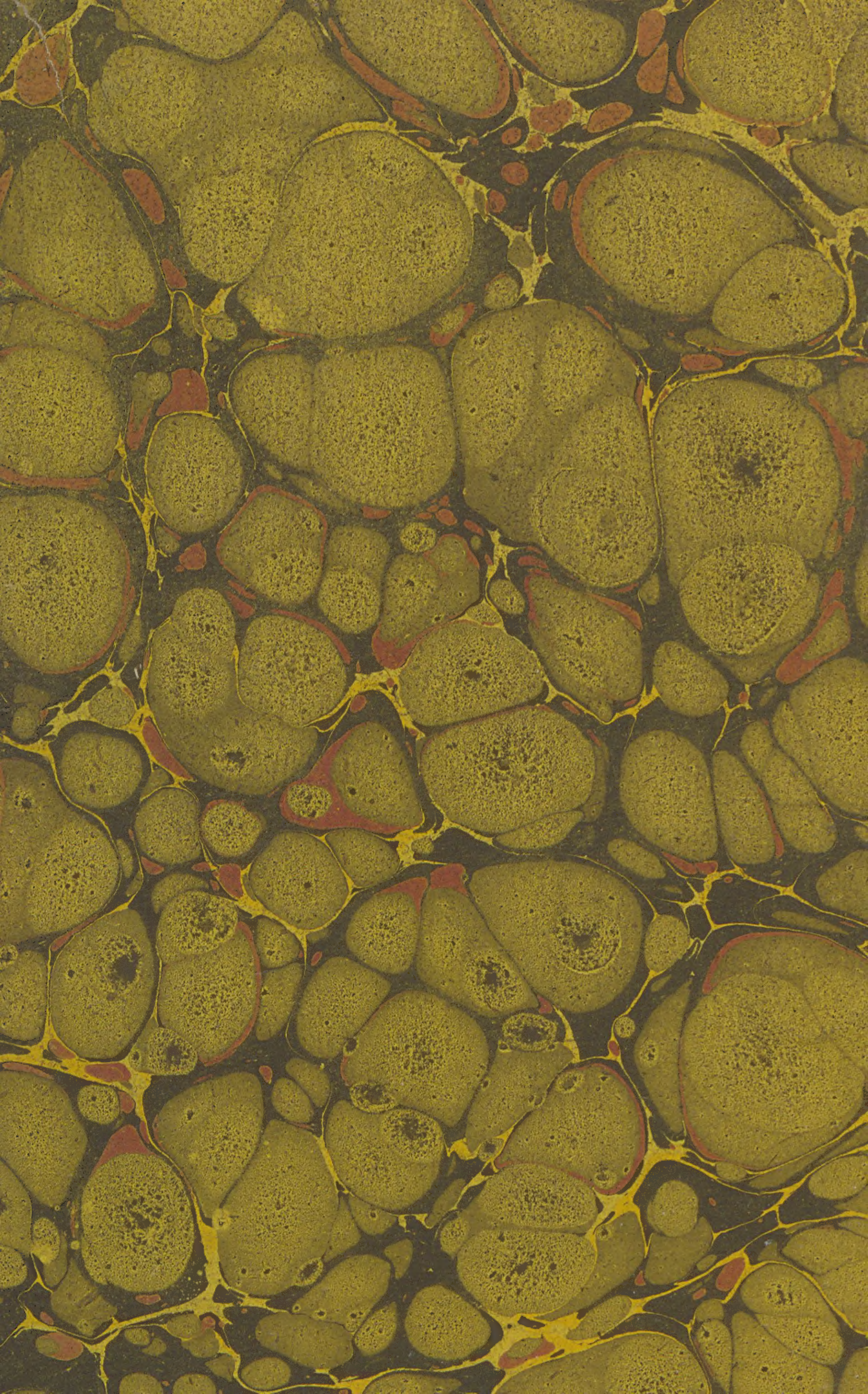
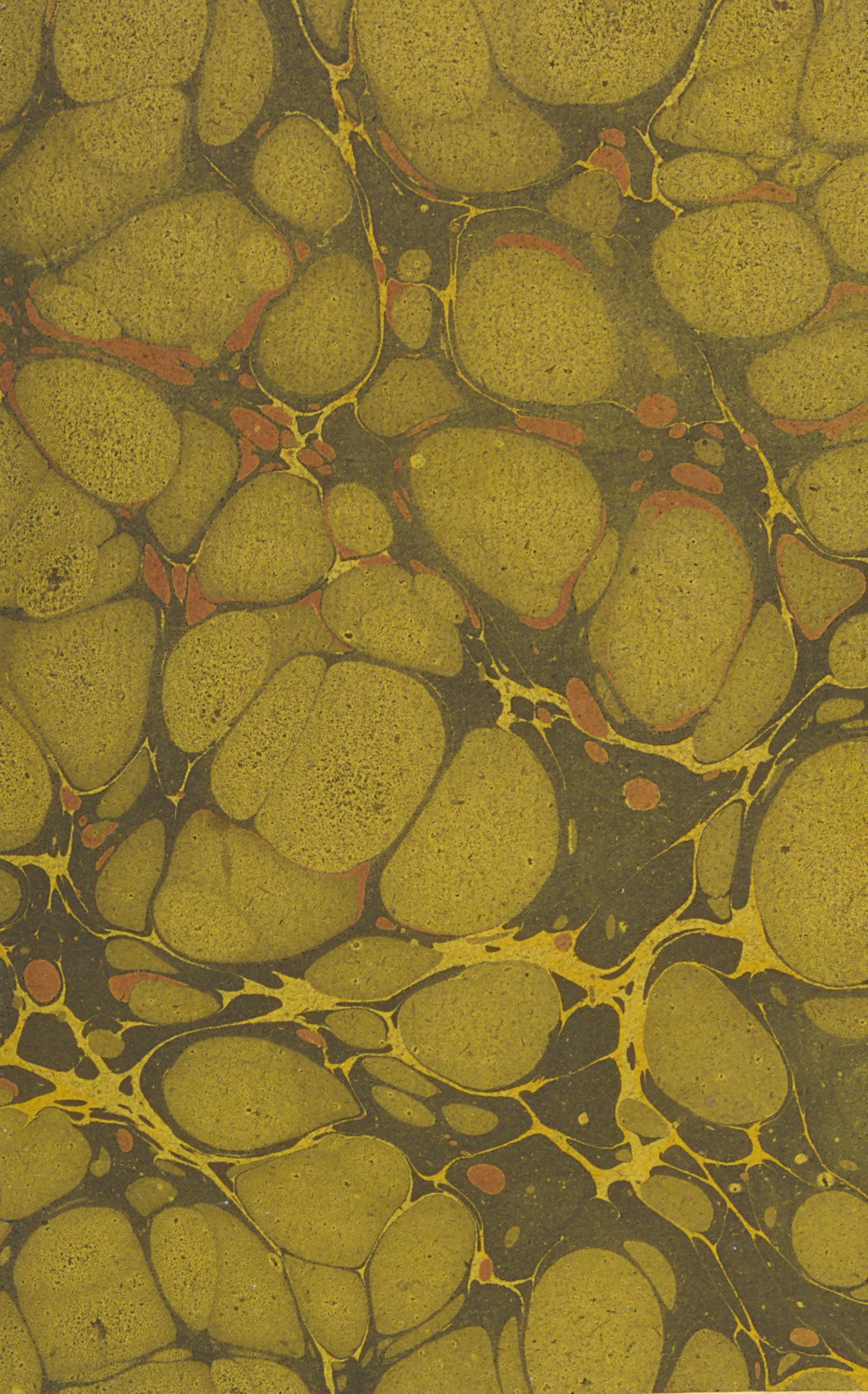




ANIMALES CÉLEBRES.

ANIMALES

CÉLEBRES

DE TODOS LOS TIEMPOS

Y DE TODOS LOS PAISES,

POR

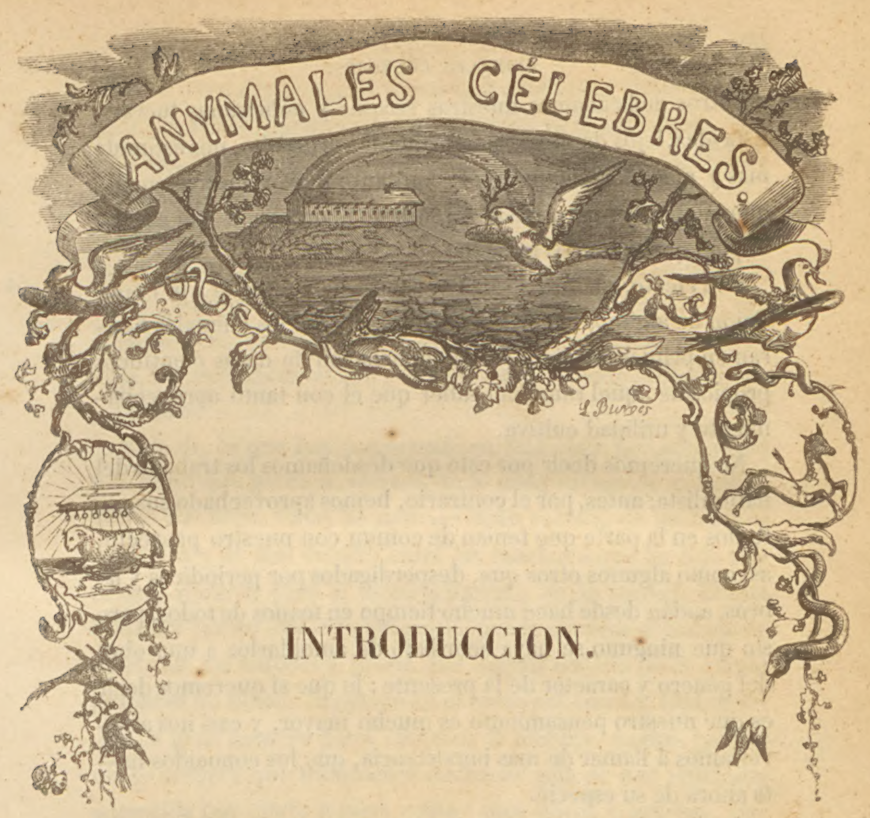
D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



MADRID, 1852,
Librería de **LA PUBLICIDAD**, pasaje de Matheu.

Farrugia, editor.

Imprenta de D. M. Rivadeneyra,
Salon del Prado, 8.



INTRODUCCION.

Terminado teniamos el plan general de la presente obra, y muy adelantados los trabajos materiales de su redaccion, cuando se nos hizo conocer un libro impreso en Paris algunos años hace, en cuyas páginas se habian consignado datos y noticias muy semejantes á las que llevábamos vertidas en nuestro manuscrito. La existencia de esta obra fué para nosotros causa de disgusto y placer á la vez. De disgusto, porque nuestro trabajo habia perdido una gran parte de la originalidad que le suponiamos; de placer, porque un hombre respetable, un naturalista célebre, un escritor concienzudo y apreciado como M. Fournier, habia dedicado sus luces y su tiempo al mismo fin á que

nosotros dedicábamos nuestras escasas y pobrísimas fuerzas. Esta idea, lejos de retraernos de nuestro propósito, nos estimuló mas y mas á proseguir en él, con tanto mayor motivo cuanto que la obra del naturalista francés no abarcaba ni con mucho el plan que teniamos trazado.

Con efecto, el libro de M. Fournier está reducido á la exposicion de algunos cuadros históricos, en que los animales figuran en primer término, y á la enunciacion de datos científicos propios de aquel ramo del saber que él con tanto aprovechamiento y utilidad cultiva.

No queremos decir por esto que desdeñamos los trabajos del naturalista; antes, por el contrario, hemos aprovechado sus estudios en la parte que tenian de comun con nuestro proyecto, así como algunos otros que, desperdigados por periódicos y libros, andan desde hace mucho tiempo en manos de todos, pero sin que ninguno se haya acordado de amoldarlos á una obra del género y carácter de la presente : lo que sí queremos decir es que nuestro pensamiento es mucho mayor, y casi nos atreveriamos á llamar de mas importancia, que los conocidos hasta ahora de su especie.

Nosotros hemos recorrido la historia toda de la humanidad, y allí donde encontrábamos un animal cuya significacion, cuyos atributos, cuyos hechos nos han parecido dignos de trasmitirse aisladamente, allí hemos parado nuestra atencion, y después de reunir los datos necesarios y de consultar autores y crónicas diversas, siempre con el fin de hallar la verdad, nunca llevándonos de absurdos, preocupaciones ó mentiras, allí hemos bosquejado una historia, allí hemos escrito una biografía. Y como en todas partes, por do quiera que tendiamos la vista, encontrábamos la figura del animal, importante y significativa muchas veces, curiosa é interesante casi todas, de aquí el que

nuestro libro deba ser una reunion de noticias y datos científicos, literarios y artísticos, ya históricos ya tradicionales, que bajo una forma amena y variada lleguen á hacerse familiares al lector.

Hasta qué punto hayamos conseguido el objeto, no es el que escribe estas líneas la persona que deba encargarse de demostrarlo; cúmplenos solo recomendar nuestro trabajo á la indulgencia de la crítica, y exponer, antes de terminar este prólogo, algunas observaciones que creemos de todo punto indispensables.

Nada de lo que hay consignado en esta obra, por admirable y extraño que parezca, es fruto de la imaginacion de su autor. Todos los datos, todas las noticias están sacadas de las fuentes naturales y de mas crédito entre las muchas á que ha sido necesario recurrir para el esclarecimiento de la verdad. El que dude del hecho mas insignificante, puede tomarse el trabajo de consultar los autores y libros que hayan tratado de él, cuyos nombres no hemos insertado en el curso del escrito, tanto porque su gran número haria enfadosa la lectura, cuanto porque no se creyera que tratábamos de hacer gala de una erudicion adquirida por cierto á poca costa : esos libros y autores, que están al alcance de todo el mundo, responderán de la exactitud de nuestras palabras.

Otra observacion que tenemos por importante es la que se refiere al órden de sucesion de los artículos. *Los animales célebres* no están clasificados en esta obra; ni podia ser de otro modo tratándose de un libro que no es ni religioso, ni artístico, ni científico, ni histórico únicamente, á pesar de que tiene algo de todas esas cosas á la vez. Clasificar á los animales célebres valdria tanto como saber en qué tiempo habia vegetado Pegaso, á qué raza pertenecia el Becerro de oro, y cuáles eran

los instintos mas notables de las Siete Cabrillas. A poco que se reflexione sobre esta parte, se conocerá lo absurdo que hubiera sido intentar cualquiera clasificacion.

Por último, antes de concluir, y ya que á la cabeza de estos renglones hicimos mencion de un escritor francés á quien debiamos trabajos de gran valía, séanos permitido consignar aquí que á la amistad del Señor Don José Miguel Macías, jóven cubano tan entendido como modesto y laborioso, debemos tambien muchos de los mejores datos en que abunda este libro; y que contamos con la cooperacion de este escritor para llevar á término otra obra de mucho mayores dimensiones, de la cual la presente solo es la parte mas amena y recreativa; obra que cuando llegue á ver la luz pública, tendrá por título *Diccionario completo de animales célebres de todos los tiempos y de todos los países.*



TORO DE EUROPA.

(*Mitologia histórica.*)

Puesto que nos ha cabido nacer en esta parte del globo, que somos españoles y que escribimos en la capital de la monarquía, justo será que al comenzar la reseña histórica de los animales célebres, digamos en primer lugar algunas palabras del Toro de Europa, del Leon de España y del Osó de Madrid.

Los modernos representan á la parte del mundo llamada Europa como una matrona magníficamente engalanada. Su túnica de varios colores indica la diversidad de sus riquezas; una esplendente corona que ciñe su frente demuestra el predominio que los romanos la dieron sobre los demás pueblos del mundo; los dos cuernos de la abundancia que tiene á sus piés denotan la feracidad de la tierra; en sus manos se ven un templo y un cetro, emblemas de la religion y de la forma de go-

bierno dominante; un caballo y multitud de armas y trofeos militares simbolizan su espíritu guerrero, y los libros, los globos, los compases, pinceles é instrumentos músicos, de que se halla rodeada, revelan sus adelantos en las ciencias. Algunas veces se la figura, como á Palas, el casco en la cabeza, y en las manos un cetro y el cuerno de la abundancia.

Tal es el modo con que los modernos conciben á esa diosa que preside y da nombre á la parte del globo que habitamos; pero no es así la manera con que la conocen y pintan los antiguos.

Europa, nieta de Libia, hija de Agenor, rey de Tiro, y de su mujer Telefasa, sobrina de Belo y hermana de Cadmo, era una jóven de extremada belleza, cuya notable blancura de rostro hizo suponer que habia robado el color y la brillantez á Juno. Unos mercaderes cretenses que traficaban en las costas de Fenicia vieron á la jóven Europa jugueteando con sus compañeras á la orilla del mar, y admirados de su hermosura, la robaron para llevarla como presente y regalo á su rey. Mas aunque hay quien dice que el bajel en que condujeron á la jóven llevaba un toro blanco pintado en la proa, de donde tuvo su orígen el emblema del toro que caracteriza á Europa entre los antiguos, otros aseguran que el capitan ó jefe de los mercaderes, llamado por nombre Toro, y para quien las gracias de la jóven no pasaron desapercibidas, hubo de anticiparse á los presuntos deseos de su rey, y requerir de amores á la hermosa niña, hasta conseguir á viva fuerza una descendencia directa de su raza. Ello

es que Europa, llegada á Creta, fué del superior agrado de aquel príncipe, el cual la tomó por esposa, adoptando, á falta de descendencia propia, la que se suponia habida por violencia con el jefe de los raptores, llamado Toro.

Agenor, que adoraba en su hija, apenas tuvo noticias de su desaparicion, mandó á sus otros hijos, y especialmente á Cadmo, que la buscasen por todas partes, prohibiéndoles volver á la madre patria sin traer en su compañía á la hermosa doncella; pero fueron infructuosos todos los esfuerzos verificados por los hijos de Agenor para cumplir el mandato paterno. Europa, reina ya de Creta, se habia ganado la estimacion y afecto de sus súbditos en términos de que, no contentos estos con haberla consagrado en vida toda su atencion y todos sus esfuerzos, la honraron después de su muerte como á una divinidad, é instituyeron una solemne fiesta á su memoria.

Hasta aquí pues las palabras de la tradicion: oigamos ahora las de la ciencia.

Europa no es otra cosa que la luna. Los fenicios, que fueron los primeros que conocieron la geografía y que, recorriendo el universo, pudieron distinguir los diferentes países y darles un nombre conveniente, llamaron á una parte del mundo Asia, esto es, Oriente, region de la luz; á otra Africa, porque el sol abrasa sus arenales; y á la tercera Europa, Occidente, porque allí les comenzaba la noche; y como en ella sustituye á la luz del rey del dia la hermosa claridad de la reina de la

noche, hubieron de poner por nombre á aquella tierra el mismo que lleva la luna, llamada tambien *Wrae*, de donde vino la palabra Europa.

La genealogía y la historia de Europa son, por consiguiente, las mismas que de la luna. Su abuela se llamó *Libia*, voz que significa esplendor; su tio lleva el dictado de *Belo*, nombre que tuvo tambien el sol en la antigüedad; es hija de *Agenor*, que quiere decir hermano de la luz; el nombre *Telefasa*, de su madre, procede de una voz oriental que significa pasearse en lugares elevados; cuando Europa huye, es que la luna se oculta á la salida del sol; cuando Cadmo la busca, *Cadmus*, que quiere decir *el oriental*, es el oriente, que viene como dando alcance al astro de la noche; la extraordinaria blancura de Europa es la blancura de la luna; Luna y Europa son, por fin, una cosa misma.

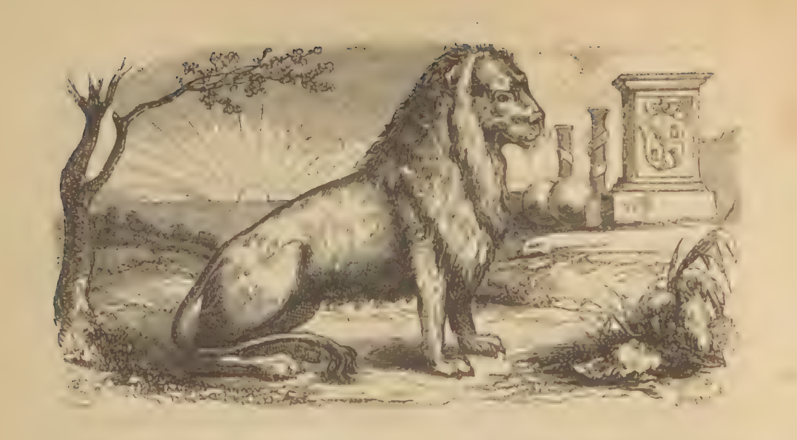
Pero esto no quita que la historia mitológica, una vez que ha admitido la idea de hacer diosa á la Europa, haya formado su alegoría entre los mas preciados dioses del Olimpo; de donde ha nacido la supuesta trasformacion de Júpiter en toro. Hé aquí la fábula:

Júpiter, prendado de la sin par belleza de la jóven Europa, arde en deseos de hacerla suya á cualquier precio. Un dia que la contempla á la orilla del mar, entretenida en sus infantiles correrías, trasfórmase en toro, aproxímase á la princesa con aire humilde y cariñoso, déjase adornar por ella con guirnaldas y flores, come la yerba de mano de la jóven, y en fuerza de sumision y mansedumbre, consigue que la inocente niña se le su-

ba en su espalda: el Dios entonces, satisfecho de su obra, brinca de repente y se arroja á las aguas, ganando á nado la isla de Creta por la embocadura de un rio : Europa era suya.

Los griegos, viendo que en las márgenes de aquel rio crecian multitud de plátanos siempre verdes, dijeron que á la sombra de un plátano escuchó Júpiter las primeras caricias de Europa. Por eso pintan á la jóven muy triste, sentada al pié de un plátano y volviéndole la espalda á un águila que está á su lado..

El Toro de Europa no es pues, segun la historia mitológica, sino el dios Júpiter enamorado.



LEON DE ESPAÑA.

(Armas del reino.)

Sabido es que los espectáculos del circo romano, en donde los condenados á muerte luchaban brazo á brazo con los mas feroces animales, ó las mismas fieras entre sí, á falta de víctimas humanas que sacrificar, no solo estuvieron muy generalizados entre los descendientes de Rómulo, sino que por espacio de mucho tiempo constituyeron su mayor deleite y diversion. De todos los puntos de la tierra, aun los mas lejanos, hacian traer aquellas famosas bestias que consideraban aptas para el combate, entre las cuales preferian comunmente los osos, tigres y leones, como de mas poder y sagacidad. Estos espectáculos, que por su índole parecerian propios y peculiares de las clases del pueblo, eran, por el contrario, patrocinados por la mas alta y distinguida nobleza, hasta el punto de que ilustres patricios cuya fama ha llegado

á nuestros dias escogiesen como blason y emblema de sus timbres el retrato de aquella fiera á que por su astucia ó por su poder daban la preferencia entre las restantes. De aquí el que los ejércitos romanos que en tiempo de los Césares se derramaron por la península ibérica en busca de riquezas y mando, trajesen todos en sus pendones, por via de enseña y distincion, las figuras de un oso, tigre, leon ó fiera semejante, segun los instintos ó tendencias de la legion que representaban.

Una de estas, la sétima entre las catorce que invadieron el territorio español, vino á fundar una colonia junto á las márgenes del rio Estola y al pié de un inaccesible risco, en donde se levantaba una pequeña y miserable poblacion de vetones, á la que habia denominado Sublancia (hoy Soblanco) su fundador Sicano, rey de Hesperia. Los agrestes y sencillos habitantes de aquella comarca, que á la dulzura y afabilidad de su carácter unian tal valor y tan grande instinto de independencia como los mas independientes y valerosos, no pudieron nunca conformarse con la dominacion y yugo de sus nuevos señores : cada dia se rebelaban contra la legion opresora, y cada dia daban nuevas muestras del indomable arrojo de que se hallaban poseidos. Pero si fuertes en poder, eran demasiado débiles en número; y los lugartenientes de los césares, que miraban con notable recelo á los vetones, juntaron sus aguerridas huestes, y llevados de un destructor instinto, arrasaron los edificios y fortificaciones de la pequeña poblacion, y con aquellos de sus moradores que sobrevivieron á la pelea, y los es-

combros de las miserables chozas de los valientes, fundaron en el llano una hermosa ciudad, á la cual dieron el nombre de Legio: nombre tomado, segun unos, del latin *legio*, que significa legion, ó aceptado, segun la opinion mas racional y logica, del emblema del leon que llevaban impreso en sus banderas.

La sangre de los hijos de Sublancia, sembrada en aquellos campos, echó bien hondas raíces en el territorio de la nueva ciudad. Muchas generaciones no bastaron á borrar las huellas de los héroes.

Arrojados del confin hispano los vencedores de Sagunto, Ataulfo fundó un nuevo reino que andando el tiempo vino á llamarse monarquía española. Apoderado Leovigildo del territorio de los suevos, y atento siempre al fomento de sus estados, organizó nuevamente aquellas tierras y reconstituyó de una manera estable la ciudad, conservándole su primitivo nombre de Leon. Los reyes godos siguieron por mucho tiempo en quieta y pacífica posesion de sus dominios, y así hubieran continuado eternamente, á no terciarse la corrompida corte de Don Rodrigo, que puso fin á la monarquía española en la memorable cuanto desgraciada batalla de Guadalete, donde triunfó el alfanje sarraceno.

Refugiados los cristianos á los montes cántabros, vueltos en sí de su constante abatimiento, y afiliados en las huestes del invicto Don Pelayo, emprendieron la reconquista de sus tierras bajo la santa enseña de la Cruz. Bien pronto se vió libre Leon de la odiosa dominacion musulmana. Esta victoria, la mas preciada de cuantas

conservan los anales españoles, proporcionó al ejército cristiano el gran blason que desde entonces le distingue y enaltece á los ojos de todos los pueblos del mundo.

Persuadido Don Pelayo de que sus tropas, fuertes en la pelea, sufridas en la adversidad, magnánimas en el triunfo, se asemejaban en un todo al potente, altivo y generoso rey de las selvas, mandó borrar las armas que los reyes godos solian pintar por divisa en sus escudos, y tomó por insignia propia del estandarte castellano la figura del leon rojo rapante en campo de plata, como emblema del noble y valeroso instinto de sus leoneses. Desde entonces Leon no fué el leon que recordaba las sangrientas luchas de los circos de Roma; no fué el leon que los lugartenientes de los césares pintaban en sus escudos y oriflamas; no fué el Legio de los tiempos de Ataulfo ni el Leon de la época de Leovigildo: desde entonces el leon de los cristianos fué la personificacion de los cristianos mismos; fué la raza que germinó de la sangre de los invictos hijos de Sublancia; fué el instinto generoso y valiente que presidió al levantamiento de Pelayo; fué, por fin, la mas exacta muestra de la virtud y carácter de los españoles. Por eso Don Pelayo aceptó la figura del leon para su escudo, y le hizo rojo en conmemoracion de la sangre derramada en sus victorias, y le hizo rapante para demostrar que no depondria su encono hasta arrollar y destruir á los sectarios de Mahoma.

Desde entonces ya no se llamó el Leon, leon del escudo de los cristianos, sino que, tomando una forma corporal y haciéndose de hueso y carne, si tal se nos per-

mite decir, la figura colocada en la bandera no era otra cosa que el perfecto retrato de otro leon que andaba por el mundo, aguerrido y fuerte en la pelea, sufrido en la adversidad, magnánimo y generoso en el triunfo. Tal era el Leon de España.

Este rey formidable, nacido en la excavacion de Covadonga, y criado á la inclemencia de los tiempos entre el blandir de las armas y el fragor de la pelea, vivió, vive y vivirá eternamente mientras exista una sola gota de sangre española en las entrañas de los hijos de Hesperia.

El fué el que derrotó á Carlo-Magno en Roncesvalles; él destruyó en Clavijo á los mauritanos; él en Junquera no depuso sus garras hasta quedar exánime y sin vida: él conquistó á Toledo y á Lisboa por Don Alonso el Sexto: él acompañó al Cid Ruy-Diaz en el asalto y toma de Valencia; él venció en las Navas de Tolosa con Don Alfonso VIII, ganó á Córdoba y Sevilla por Don Fernando el Santo, destruyó á los sarracenos en el Salado, y acabó, por fin, después de siete siglos de lucha y de desgracias, con la gente muslime, clavando la enseña de la Cruz en los inexpugnables muros de Granada. El conquistó la Italia con Gonzalo de Córdoba, á Oran por el cardenal Jimenez de Cisneros, á Argel contra el furioso Barbaroja, y venció á Francisco I, rey de Francia, en la inolvidable batalla de Pavía. El, con Don Juan de Austria, combatió en Lepanto contra las naves del invencible Alí, y eternizó el imperio de la ley de Cristo en nuestra patria; él luchó en las islas Terceras, en Almansa, en Zaragoza, y aseguró en la accion de Villaviciosa la

corona de España en las sienes de Felipe V; él derrotó en Tolon á los ingleses; y si en el desgraciado combate de Trafalgar quedó vencido, nunca alcanzó mas gloria que cuando destrozado y exánime combatia aun, hasta perder la existencia con la victoria; él, por último, volvió á erguir la rizada melena, repuesto apenas de tamaño revés, al escuchar las voces de invasion lanzadas desde el Pirineo por el Capitan del siglo; furioso entonces á la vista de una nueva dominacion y nuevo yugo, enervó sus abatidas fuerzas, la voz de la patria prestóle nuevo poder y brios; rugió en Gerona, en Zaragoza, en Madrid, en Bailen, en cien campañas mas; el eco de Daoiz y Velarde, de Alvarez Castro y Mina, de Palafox y Castaños, dábale pujanza y poderío por do quiera, hasta que por término de tanta hazaña y de heroicidades sin cuento,

Al gran Napoleon hirió de muerte,
Y le entreabrió su tumba en Santa Elena.

Desde entonces el Leon de España está dormido. No ha despertado, no, en una guerra desgraciada en que los padres combatian con sus hijos, las esposas con los esposos, y los hermanos con sus hermanos. El leon se diferencia mucho del tigre. Hoy, echado á los piés del trono de nuestra Reina, y custodiando el escudo de nuestras libertades, asiste indiferente á esa gran lucha de los pueblos modernos, que, desatentados y sin saber adónde dirigirse, todo lo trastornan, y lo confunden to-

do. Muchos creen, porque no han nacido en el suelo de Iberia, que el Leon de España se ha envejecido y acobardado. No es ya muy jóven; pero un paso mas para robarle los tesoros que conserva, y ¡ay del desgraciado que ose despertarle de su tranquilo sueño!...



DRAGON Y OSO DE MADRID.

(*Armas de la Villa y Corte.*)

Los historiadores y cronistas que en diferentes épocas se han ocupado de las grandezas de Madrid convienen casi unánimemente en que, á mas del primitivo nombre de Mantua con que se conoció desde su fundacion el territorio de la que hoy es corte de las Españas, tuvo con posterioridad los de Viseria y Ursaria, que justifican de una manera competente los atributos ó emblemas dibujados en las antiguas y modernas armas de la villa. Viseria viene á ser lo mismo que país del dragon; Ursaria significa país ó lugar del oso; un oso y un dragon figuran en primer término al frente de las armas de Madrid: fácil nos será pues, en vista de estos datos, investigar el verdadero orígen de los animales célebres cuyo bosquejo hemos colocado á la cabeza de estos apuntes.

Las armas que usaba Madrid con anterioridad á las

que hoy lleva, esto es, las que tienen por divisa al dragon, provienen del tiempo de los griegos. El dragon era, entre estos fundadores y primeros habitantes de la villa, el animal en quien reconocian una vista mas perspicaz y aguda; cualidad que algunos suponen innata en él, y debida, segun otros, al conocimiento instintivo que este animal posee de una yerba propia para aclarar y adelgazar la vista. Ello es que los griegos, reconociendo, como deciamos, en el dragon un alcance de vista extraordinario, le usaban comunmente en sus escudos, simbolizando la prudencia y sabiduría, que no son otra cosa, en verdad, sino la facultad de prevenir los sucesos y las desgracias, viéndolos venir de muy lejos. Con tan noble enseña quisieron los pobladores de Mantua distinguir el territorio de su ciudad, y por eso colocaron en su escudo al dragon; y por eso la llamaron Viseria, que era lo mismo que apellidarla país de la prudencia y la sabiduría. El dragon pues constituyó en aquella época, y hasta la venida de los romanos, el escudo de armas de Madrid, cuyo emblema, si no se conservase aun hoy en láminas y monumentos modernos, le tendriamos fácilmente á la vista hecho y labrado de aquellos tiempos en una piedra que se guardó del derribo de la puerta Cerrada, donde existia, y que, segun un célebre historiador de Madrid, se empotró después en una pared de la casa de los Estudios.

Con la desaparicion de los griegos de la que hoy es corte, desapareció tambien el dragon que simbolizaba á las gentes de aquella antigua república, viniendo á ser

sustituido por el emblema que usaban comunmente los nuevos dominadores de Mantua.

Ya en el artículo anterior, al hablar del orígen del Leon de España, dimos á conocer las razones en que los romanos se fundaban para pintar en su escudo alguna de las fieras á que mas aficion tenian, segun la bravura y destreza que hubiesen demostrado en el Circo. Pues bien: así como la legion que descargó sobre el pequeño pueblo de Sublancia llevaba por insignia al leon y le dejó por nombre y por divisa, así la que vino á caer sobre Ursaria debió llevar un oso, que quedó asimismo por escudo y por nombre de la ciudad.

Esta es la version mas reconocida y auténtica entre las muchas que circulan respecto al antiguo nombre de Ursaria y á la figura del oso que se destaca en el escudo de Madrid. Con efecto, la generalidad de los cronistas afirma que Madrid se llamó país de los osos, por los muchos animales de esta especie que poblaban las selvas de su territorio: y aun hay quien asegura que, hallándose los Reyes Católicos en la villa, salieron un dia á caza por las orillas del Manzanares, y mataron con sus propias armas un oso formidable que les salió al encuentro; de donde quieren hacer partir el emblema del oso que aparece en las armas de la municipalidad. Pero ambas opiniones se destruyen por sí solas ante la que dejamos apuntada en un principio; tanto porque los osos fueron tan comunes en Madrid como en cualquiera otra parte, cuanto por el anacronismo y completa ignorancia de fechas que se advierte en los sostenedores de la segunda version.

Madrid tiene en sus armas el oso desde el tiempo de la dominacion romana ; y no solo la municipalidad de la villa usó desde fecha inmemorial el emblema del oso, sino que ese mismo era, y aun es ahora, el que lleva en las suyas la clerecía del territorio. De esta mancomunidad de divisas nació precisamente la idea de colocar al oso sostenido en los piés y asiéndose de manos al tronco de una madroñera. Sucedió que entre el cuerpo municipal y el cabildo eclesiástico de la villa se entabló un pleito de grande importancia, acerca de la posesion y aprovechamiento de inmensos terrenos de pastos y arbolado. Mucho tiempo tardó en dirimirse la contienda, pues si razones alegaba en su abono el cabildo civil, no de menos valer las presentaba en el suyo el eclesiástico ; y tal vez hubiera durado eternamente el litigio, á no haberse decidido que la clerecía se apoderase de los pastos mientras el ayuntamiento se hiciese con la propiedad del arbolado. Y para significar de una manera estable este acuerdo, se dispuso tambien que el oso de la villa estuviese empinado sobre el madroño, árbol muy comun entre los que se disputaban, y que la osa ó el oso de la clerecía (pues en esto se hallan discordes los cronistas) se le dibujase en su actitud natural pastando en los sembrados. De esta manera se conservan al presente, distinguiéndose además el oso del escudo municipal en que está dibujado sobre fondo de plata, orlado de una cenefa azul con siete estrellas, y adornado con una corona imperial.

Tal es la historia del Dragon y Oso de Madrid. De orí-

gen griego el primero, y romano el segundo, parece como que comprenden un solo pensamiento si se atiende á que ambos son animales feroces y á que ambos figuran en una misma parte; pero nada menos que eso. El dragon, emblema de un pueblo ilustrado y filósofo, representa la prudencia y la sabiduría; el oso, emblema de un pueblo que, por mas que nos digan lo contrario, bien podemos llamarle corrompido y salvaje, representa la destruccion, la sangre y la matanza. Véase pues como, aunque parezcan una cosa misma, hay una diferencia muy notable entre la significacion y el orígen del Dragon y del Oso de Madrid.



BABIECA.

(*Caballo del Cid-Campeador.*)

I.

Si el caballo cuyo nombre acabamos de dejar apuntado no hubiera pertenecido al mas noble, leal y valeroso caballero de nuestra patria; si no le hubiera seguido paso á paso en su dilatada y gloriosa carrera, participando de sus infortunios, de sus fatigas y de sus triunfos; si no hubiera merecido la predileccion y cariñoso afecto del mas renombrado de los héroes; si su vida, en fin, no estuviera ligada, como lo está, con la del muy noble y nunca bien ponderado caballero Rodrigo Diaz de Vivar, todavía Babieca seria uno de los animales mas notables, ó acaso el primero entre los muchos célebres de su raza.

Corrian los años del Señor 1050, cuando el hijo de Diego Laínez y de Teresa Nuñez, mancebo ya, esforzado y temido aun en sus primeros años, apreciado por

sus buenos modales tanto ó mas que por su gallarda y altiva presencia, ardia en deseos de medir su brazo al lado de los de tantos otros sus deudos y ascendientes, en defensa de los hermosos campos de Castilla, asaltados cada dia por los moros, ganosos siempre de acrecentar sus fronteras y su poder. Nada faltaba á Rodrigo para comenzar aquella obra de guerra y exterminio que habia jurado á los enemigos de su patria : ni la edad, ni el valor, ni la fuerza, ni el asentimiento de sus padres, ni aun el objeto amado á quien tributar los trofeos de sus victorias. La bendicion de Diego y de Teresa, una espada, una lanza y un caballo: hé aquí lo que aguardaba Rodrigo para pelear.

Pero el mancebo habia ya recibido su lanza y su espada, los consejos de Diego y las abrasadoras lágrimas de Teresa, cuando un dia presentóse con ademan resuelto en casa de cierto clérigo llamado Peire Pringos, al cual debia el agua de cristiano, y cuya amistad tuvo desde niño por muy apreciable y de su gusto.

— Vengo, mi padrino y señor, — díjole el mozo, sin que le arredrase el aspecto severo y un tanto desabrido de su anciano pariente, — á que me deis aquel de vuestros potros que por mas fuerte y levantado tengais, para que de él me sirva en las campañas que contra los enemigos de estas tierras me propongo emprender. Y así me elijais el que mas vallados salte y mas terrenos corte, como mayor será mi agradecimiento para con vos; que no es bien que pelee y venza un jóven caballero sino con el mejor caballo de su padrino.

—Mucho me complace que el rapazuelo hable con tanto desenfado, — contestó el bueno de Peire Pringos, entre gozoso y admirado, pues aunque conocia toda la entereza y denuedo de su hijo de pila, no le habia escuchado nunca razonamiento tan enérgico y sesudo como el que Rodrigo expusiera en tal ocasion.

—Bien venido sea el descendiente de Lain Calvo, —continuó el clérigo cada vez mas afectuoso;—y ya que quiere que sea de su padrino el potro en que monte y venza, sígame á las caballerizas y elija aquel que mas de su agrado y gusto sea, siquiera no haya otro mejor entre los muchos que poseo; que pues tiene el hijo de Laínez tales humos como ahora demuestra, no ha de decirse de su padrino que no le ayudó á vencer con los mejores engendros de su yeguada.

Y diciendo así, tomó el anciano Peire por la mano á Rodrigo y le introdujo en un extenso corral que al extremo de un largo pasillo habia, al cual desembocaba la puerta de su espaciosa y bien poblada caballeriza.

—Paréceme que ha de ser lo mas acertado, —díjole el clérigo,—que seas tú el que entre y repase á lo largo de las pesebreras para elegir el mas gallardo y atrevido, pues he de querer que sea tuya la eleccion, y no mia. Aunque á decir verdad, no hay hijo de yegua que merezca reproche ni preferencia en cuantos á ver vas, á no ser uno sarnoso y enfermo que hoy mismo he mandado dar muerte para que no corrompa la casta de los de mi casa.

—Antes mas oportuno me parece, —repuso Diaz,—

que hagais salir á este corralon una por una todas esas yeguas y sus potros para que bien los vea andar y revolverse, que tengo para mí como mejor potro el que se consume de impaciencia y enflaquece, que caballo que de holgazan y parado engorda.

— Sea así, pues lo quieres, — murmuró el clérigo, dando al mismo tiempo las órdenes oportunas para que se verificase la salida y vista de los potros tal como Rodrigo indicaba.

Fueron en efecto saliendo de la caballeriza una por una todas las yeguas que tenian potros de alguna edad, y aunque á cada nuevo caballo que salia los ojos del clérigo se fijaban en los de su ahijado, como creyendo hallar en ellos la expresion de agrado y de contento que él mismo sentia, la vista de Rodrigo se fijaba indiferentemente en aquellos hermosos animales, dando á entender con un señalado movimiento de cabeza que ninguno merecia su aprobacion. Iban saliendo ya demasiados potros, y el anciano íbase amostazando demasiado tambien con la frialdad é indiferencia del mancebo, cuando, á la postre ya, y como por via de resquicio y complemento, hicieron salir los establerizos aquel potro sarnoso y feo de que Peire habia hablado poco hacia, que macilento y como entristecido marchaba detrás de la yegua su madre.

— ¡Por el apóstol, mi buen padrino, — gritó Rodrigo lleno de contento, — que hasta ahora no he divisado el potro ó cabalgadura que me conviene. Dadme en el instante ese feo y enfermizo que ahí tenemos delante, si

quereis que yo monte el animal mas completo de vuestra yeguada!

— ¡Habrá babieca!!! — exclamó encolerizado el clérigo, dando suelta al enojo que la ignorancia y majadería de su ahijado le inspiraba.

— Y hasta el nombre merece mi aprobacion, — se apresuró á interrumpirle Rodrigo. — Hé aquí mi caballo, y *Babieca* ha de llamarse, puesto que vos lo quereis.

Y apenas esto habia dicho, se abalanzó sobre el potro, echóle un lazo con su moquero, y sin reparar siquiera en el aspecto irritado y despreciativo de su buen padrino Peire, que rabiaba al ver el equivocado juicio que de la sensatez del rapazuelo formádose habia, salió brincando y alborotando las calles del lugar, abrazado al cuello de su rocin y diciendo á cuantos se encontraba al paso:

— Hé aquí mi caballo de batalla!... Mirad á mi Babieca!

II.

Rodrigo no se habia equivocado en el juicio que desde luego formó de su cabalgadura. Aquel enflaquecimiento, aquella tristeza, aquella misma enfermedad que habia valido al pobre potro la sentencia de muerte dictada por Pringos, no reconocian otra causa ni daño alguno que la natural holganza y abandono á que le tenian condenado sus guardadores. Babieca era todo un caballo,

y sin embargo el cura le habia tratado hasta allí como al mas débil y miserable de los potruelos. Pero apenas su nuevo dueño le hubo rescatado de las garras de su verdugo y héchole limpiar escrupulosamente, y vestídole y arrendádole á la usanza del tiempo, lo cual se hacia aun con mas detenimiento y cuidado que al presente, las formas de Babieca se mudaron en todo, y de enfermo, flaco y escuchimizado que vivia, tornóse rozagante, gallardo y poderoso.

Bien puede asegurarse que no habia caballo mas completo en toda aquella tierra. En él salió por primera vez á campaña el valiente Rodrigo, y con él y por su ayuda venció en batalla campal á los moros cerca de Montes de Oca, haciéndoles cinco reyes prisioneros y cogiéndoles cuantos pertrechos, víveres y riquezas traian; con él venció á los franceses en Tolosa, y prendió al conde de Saboya, y ganó las campañas del rey Don Alfonso de Leon; sobre él peleó solo y cuerpo á cuerpo con catorce caballeros en Zamora, y á los catorce dejó vencidos en el campo; con él domeñó la altivez del rey de Granada é hízole cautivos once mil moros; con él toma y asalta los castillos de Castrejon y de Alcocer, de Monzon y Onda, de Briana y Rueda; sobre él vence al rey de Denia y al conde de Barcelona, á los de Aragon y Albarracin; pone cerco á Valencia, la asalta, la toma; lidia con el rey de Sevilla, y de jornada en jornada y de triunfo en triunfo, siempre con su *Tizona* y su *Colada*, siempre caballero sobre Babieca, vence en setenta y dos batallas campales, que no hay ser humano que tantas haya pre-

senciado fuera del Cid, ni corcel guerrero que en ellas haya tomado parte, á excepcion de Babieca.

El hermoso animal, herido á veces, otras magullado, muchas fatigoso y sediento, las mas rendido por la carrera y la matanza, nunca desampara á su dueño, nunca le abandona; jamás deja de asistir al combate y de arremeter con furia; que no parece sino que detesta á los moros con tal vehemencia como su señor.

La fama de Babieca habíase extendido por todas partes, no de otra manera que si su nombre fuese el de algun caballero esforzado, tan noble por su cuna como por sus hazañas. Todos los guerreros disputarian su posesion á Rodrigo, si el Cid no fuese tan estimado y querido de todos como lo era; y hasta el mismo rey Don Alfonso prende en deseos de poseer al gallardo animal, objeto de tantas alanbanzas y de tantas codicias.

Sucedió una mañana que el Cid fué á despedirse de su rey para tornar á Valencia, á tiempo que Don Alfonso se hallaba rodeado de un sinnúmero de caballeros de su corte; y como todos hiciesen gran acatamiento á Rodrigo, y no fuese el Rey el último ni el menos expresivo en estrechar contra su pecho al héroe, movióse Ruy Diaz á manifestar su gratitud á Don Alfonso por medio de aquel presente que deseaba tanto tiempo hacia.

Rodrigo habia hecho aderezar y revestir á Babieca con todo lo mas rico y esplendoroso que durante sus campañas habia adquirido para él. Cubierto con una hermosa y cumplida piel de armiño, hacíalo conducir por dos palafreneros delante de la real comitiva, y ape-

nas observó que Don Alfonso habia fijado sus ojos codiciosos en el caballo, cortó la plática que con el Rey habia trabado, para hablarle de esta manera :

—Tengo, señor, para mí, que no marcharé de vos bien honrado y en la forma que por vuestras mercedes os debo, si salgo de esta corte y ciudad con el mi Babieca sin dejároslo á vos, que es á quien por sus méritos pertenece ; mandadle, señor, tomar si es de vuestro agrado y contento, como lo fué del mio ; que si vos ignorais la grandeza de lo que os ofrezco, yo he de hacérosla conocer antes de poco.

Y diciendo esto, saltó sobre el caballo y principió á hacerle caracolear y removerse en el campo con tal maestría y de una manera tan sorprendente y nunca hasta entonces vista, que todos los caballeros prorumpieron en aclamaciones y vítores, sin que quedase uno solo por decir *que tan bueno era el caballo Babieca del Cid como el caballero que iba en él*. Pero no paró en esto la admiracion, sino que el caballo, como si hubiera conocido el objeto de tantas exclamaciones y el fin á que con aquella prueba su amo le destinaba, aprovechó uno de los movimientos en que con mas precipitacion le hacia volver Rodrigo, para quebrar la rienda y venir á pararse, libre ya y sin direccion de nadie, ante la persona del Rey, sin que de allí le separase la algazara y entusiasmo de los caballeros. Mucho hubo de maravillarle al Rey esta hazaña ; y tanto, que cuando el Cid volvió á decirle, después de saltado en tierra :

—Señor, mandad tomar este caballo.

— No lo quiera Dios, mio Cid, — contestó Don Alfonso,—que yo os le tome. Antes os diera yo otro mejor, si lo tuviese ó fuera posible ; que mas bien empleado en vos estaria que no en mí ni en ningun otro hombre nacido. Con vuestro Babieca habeis honrado á vos, á nos y á la cristiandad toda ; mas para que veais que os lo aprecio y deseo, quédese por mio para mientras viva, pero usadle vos hasta que se os muera, y tened por seguro que mas honrado ha de ser por llamarse el caballo de Ruy Diaz, que si tuviera por nombre caballo de Don Alfonso.

Desde entonces no volvió Rodrigo á separarse de su caballo ni á ofrecérselo en donacion ni agasajo á persona alguna, por considerarlo como una prenda de la pertenencia del Rey, cuya custodia se le habia encomendado. Por otra parte, Babieca se habia hecho querer tanto de su señor, era tanto lo que de sus razonamientos comprendia, y tal el afecto que demostraba á las personas amadas del Cid, que el mismo Rodrigo, Jimena, su esposa, y Gil Diez, su escudero favorito, se disputaban á cada paso las caricias y cuidados del ya muy anciano Babieca.

Vino por fin un dia en que la muerte debia igualar al noble y esforzado Rodrigo con tantos otros que habian sucumbido al golpe de su brazo ; y hasta en ese mismo instante caballo y caballero conquistaron un nuevo lauro, tan preciado, ó mas si cabe, que todos sus anteriores.

La noticia de la muerte del Cid, acaecida en Valen-

cia, habia hecho cundir la animacion y esperanza en el campo vecino, cercado por las huestes moras del rey Búcar, que se preparaba al asalto de la ciudad. La lucha hubiera sido horrible, y la victoria habria indudablemente quedado por los moros, á no observarse con tanta puntualidad como se hizo cuanto Rodrigo Diaz dejó encomendado en su testamento.

Embalsamado el cuerpo del Cid, coloreado su rostro, y héchole abrir los ojos al cadáver, vistiéronle un gaban de cendal delgado, armáronle el cuerpo y brazos con unas tablas perfectamente dispuestas, cubriéronle las piernas con unas calzas pintadas, rebozáronle con una capellina de pergamino, en cuyo fondo se destacaban las armas de su escudo, y haciéndole empuñar la Tizona con tal arte que se sostenia amenazadora y derecha, le colocaron sobre su viejo caballo, cuidando de amarrarle con estrecha sujecion á la silla, para que su cuerpo no perdiese nada de la gallardía y el donaire con los movimientos del animal.

Babieca, á quien habian vestido sus mejores arreos, y que en todo el tiempo que duró la colocacion sobre sus lomos del inanimado cuerpo de su señor habia observado la mas perfecta quietud, como conocedor de la gran propiedad con que debia prepararse la escena, apenas se vió libre de los que le sujetaban y en disposicion de marchar por sí mismo, salió delante de la comitiva arrendado y obediente, no de otro modo que si su amo le obligase y dirigiese como hasta allí.

Ya se disponian los moros al ataque. El rey Búcar al

frente de sus tropas les exhortaba á grandes voces á la pelea, haciendo repetir por mil conductos diferentes la nueva fatal, para los cristianos, de la muerte del Cid.

Mas de repente se difunden el terror y el espanto entre las hordas musulmanas á la vista del poderoso ejército cristiano, que, con Rodrigo á la cabeza, se precipita como tantas otras veces sobre los indisciplinados grupos de sus contrarios.

— ¡El Cid no ha muerto!!... ¡El Cid vive!! — gritan de todos lados los moros buscando inútilmente un asilo adonde huir en tamaño apuro. — ¡El Cid no ha muerto!!... ¡Allí está el Cid!!... ¡Huyamos!!... — Hé aquí las voces que se escuchan y resuenan por todas partes. Cunden la confusion y el desórden; la gritería y el tumulto, tanto mayores cuanto mas desalentadas son las voces de los que gimen, acaban de infundir el desaliento y la postracion en los que poco antes contaban por segura la victoria, creyendo, còmo creian, en la muerte de Rodrigo, verificada dos semanas antes; y lo que un tiempo pudo apellidarse con fundamento revés para los cristianos, se convirtió como por encanto en la mas completa y acabada victoria que las generaciones cuentan en sus anales.

Y era que Babieca se habia arrojado sobre las huestes moras con el mismo furor y brio que su señor le arrojara en setenta y dos campañas anteriores; y era que Babieca, como si á la vista del peligro comun se hubiera rejuvenecido y alentado, haciendo traicion á su natural endeblez y abatimiento, arrollaba á los grupos, se inter-

naba en lo mas intrincado del combate, destrozaba con las sacudidas de sus miembros y con los afilados huesos de su boca, que aun conservaba intactos, á aquellos de los moros que mas osados ó potentes pretendian impedirle el paso; y era, en fin, que Babieca, confundiéndose con los combatientes, y llevando á todas partes el terror y el espanto por medio de la figura de su amo, decidia al momento de la victoria en todos los lugares en que se presentaba.

El éxito de la lucha fué todo lo completo que podia esperarse. Treinta y seis reyes prisioneros, mas de veinte mil hombres arrojados al mar buscando huida, y tantos moros muertos, que, segun las crónicas, *no hay lengua de home que pudiera contarlos*, fué lo que, al par de cientos de caballos, camellos, búfalos y otros animales cargados de oro, plata y viandas sin fin, conquistaron en esta gloriosa jornada los cristianos, precedidos del nunca bien ensalzado Babieca.

III.

Pero todas las glorias tienen su término. Las del Cid acababan de tenerlo, y Babieca era ya demasiado viejo para que tardase mucho en seguir á su amo. Todavía, sin embargo, dió muestras de la extraordinaria complexion de su fibra en la última prueba á que por su grande mérito se le destinaba. Gil Diez, el favorito del Cid, á

quien quedó principalmente encomendado Babieca, doliase en su alma de que tan preciado y noble caballo no dejase sucesion y rastro de su propia casta. Intentólo hacer, no sin grandes cuidados, y el éxito mas favorable vino á coronar sus deseos. Dos potros de diferente sexo, nacidos en la yeguada á que se destinó el gallardo animal, sirvieron de núcleo en adelante á una raza de caballos, tanto mas apreciada en Castilla, cuanto que á los honrosos recuerdos que despertaba, unia una hermosura, arrojo y fortaleza sin ejemplo.

Babieca habia cumplido por entonces treinta y ocho años; edad que, aunque consignada en las crónicas, pareceria exagerada é increible, si la consideracion de que fué el único caballo de Rodrigo desde su juventud hasta su muerte no viniera á confirmarla sin duda alguna. La circunstancia de su edad, y la no menos extraña de su poder, hacen de Babieca el caballo mas notable que los naturalistas poseen en la historia de la ciencia: estas dos cualidades, si no hubiera gozado de otras muchas, bastarian, como dijimos al principio, para llamarle el caballo mas célebre del mundo.

Sus últimos dias fueron tan notables como los primeros. Jimena, Gil Diez y cuantos caballeros castellanos no querian sobrevivir á la muerte de Rodrigo, deleitábanse en la contemplacion del anciano y fiel animal, que, como si participase de los sentimientos de todos, les lamia y acariciaba del mismo modo que á su señor.

Los deudos del de Vivar habian cumplido fielmente sus deseos. Conocida es de todos esa bellísima poesía de

nuestro *Romancero*, en la cual se ponen en boca de Rodrigo con tanto sentimiento y belleza las palabras que él mismo pronunciaba cada dia de campaña, refiriéndose á la suerte de su caballo:

. . . .

. . . .

Y si permitiere Dios
Que el mi caballo Babieca
Fincare sin su señor
Y llamare á vuesa puerta,
Abridle y acariñadle,
Y dadle racion entera;
Que quien sirve á buen señor,
Buen galardon dél espera.

Así sucedió en efecto. Babieca ocupaba una cómoda y aseada caballeriza, adonde cada dia llegaba la sensible Jimena á conversar algunas horas con el caballo de su Cid. Mas de una vez los vecinos de San Pedro de Cardeña vieron á la hija del conde Lozano llevar del diestro y paso á paso al anciano animal, que gustaba beber agua de una fuentecita que corria delante del monasterio en que yacia depositado Rodrigo. Mas todos los cuidados de Jimena y Gil Diez no fueron bastantes á contener el peso de aquella decrepitud que acosaba á Babieca. Veinte y cuatro meses después de la muerte de su amo, y casi en los mismos dias de su aniversario, dejó de existir el vencedor del rey Búcar, á la edad de cuarenta años.

Mucho fué lo que la esposa y el escudero de don Rodrigo lamentaron la muerte del caballo. En él estaban

vivos aun los recuerdos y las memorias de su dueño; faltando el animal, faltaba todo lo del Cid. Así lo comprendieron los guerreros y los aldeanos, que suspiraban inadvertidamente en aquel dia.

Gil Diez, para mas honrar la memoria del caballo, hizo enterrarlo al pié de aquella fuente en donde acostumbraba á beber en sus últimos dias; plantó dos frondosos olmos en la cabeza y á los piés del cadáver, y colocó por encima una sencilla losa de mármol, que decia en caractéres vulgares, pero inteligibles :





FEBEA.

(*Tigre de Neron.*)

I.

Neron, á quien la historia con sobrada justicia ha calificado de monstruo; Neron, el parricida, el asesino de su virtuosa mujer Octavia, de Británico, su hermano, de Burro y Séneca, sus maestros, y del magnánimo Tracías; Neron, que hubiera querido que todo el género humano no tuviese mas que una sola cabeza, para poderla cortar de un solo golpe; Neron, á pesar de su fiereza, encontró un objeto de su amor, y al cual acariciaba con ternura: este era una tigre, á la que el Emperador puso por nombre Febea.

Febea era africana; habíanla conducido á Roma en un convoy de quinientos leones é igual número de panteras, sin contar una cantidad infinita de bestias feroces de toda clase. Un dia asistió Neron á uno de los espec-

táculos del Circo: la pantera salió á la arena, y ella sola hizo mas destrozo que tres tigres famosos ya por su vigor y su agilidad. Desde aquel momento Neron resolvió hacerla su favorita, y mandó construir una jaula de oro en los jardines del magnífico palacio levantado por él, y del que Suetonio nos ha dejado una tan minuciosa descripcion. Para dar una ligera idea de su suntuosidad, baste decir que el vestíbulo, cubierto de bronces, de marfil y de oro, estaba rodeado de una triple hilera de columnas, formando pórticos de mil pasos de longitud, y de tal elevacion, que en medio de ellos se veia un coloso de ciento veinte piés de altura, esculpido por Zenodoro, que representaba á Neron de pié y en la actitud de un dios. Tenia además extensas praderas, dilatadas campiñas, espesos bosques, donde erraban los mas extraños animales, y un estanque parecido á un mar. Los edificios que lo rodeaban ofrecian el aspecto de una verdadera ciudad. En cuanto al cuerpo del palacio, revestido todo de oro y de plata, de mármoles y de piedras preciosas, formaba un conjunto deslumbrador. Las salas de los festines, ensambladas con planchas movibles de marfil, ocultaban tubos que derramaban flores y perfumes sobre los convidados. El principal de estos comedores semejábase á un globo celeste: era redondo y giraba continuamente sobre sí mismo.

Febea fué sacada de los aposentos comunes de las bestias feroces y encerrada en su nueva jaula de oro: Neron la confió al cuidado de uno de los domadores de

fieras que habia en Roma, el cual era tambien africano y se llamaba Líbico.

Algun tiempo después podia verse á Neron sentado en el trono, y á la tigre recostada á sus piés, extendiendo blandamente su espantosa cabeza, en la que brillaban dos ojos como ascuas, sobre las rodillas del Emperador.

Neron acariciábala con ternura, pasando suavemente su mano por la piel manchada y brillante del animal, que se estremecia de placer al sentir el contacto de su señor. ¡Ay del que hubiese ofendido á Febea! Neron no hubiera encontrado tormento bastante cruel para castigarlo. Pero la tigre era digna de las caricias del tirano; ¿no le proporcionaba nuevas emociones y placeres desconocidos? Antes que á Febea, hubiera sacrificado la mas rica provincia del imperio.

Neron solia tener á su mesa con frecuencia á los mas ilustres de entre los senadores. Habia en estos festines algo de maravilloso y encantador. Los convidados, vestidos de blancas túnicas, coronados de flores y recostados en lechos de púrpura, escuchaban una música deliciosa mientras duraba la comida, la cual se prolongaba generalmente desde el mediodía hasta la media noche. Cada convidado tenia á sus piés un esclavo pronto á satisfacer sus menores caprichos, mientras que en el fondo del comedor y sobre una especie de teatro, bailarinas, farsantes y juglares de todo género se entregaban á descompuestos ejercicios, imposibles de describir. Los esclavos hacian circular copas con exquisitos vinos, y bien

pronto la comida se cambiaba en una espantosa orgía. De repente callaban las músicas, cesaban los juegos, y tomando una cítara, entonaba el Emperador canciones compuestas por él, acompañando el canto con los ademanes mas chabacanos y torpes; pero los convidados aplaudian frenéticamente, porque el tirano queria que se le aplaudiera. El espectáculo cambiaba luego de aspecto. Neron silbaba de un modo particular, y Líbico, el negro guardian de Febea, aparecia seguido de la tigre. La fiera, brincando por encima de la mesa y de los convidados, venia á caer á los piés del Emperador; despues se enderezaba, lamia á su dueño, y fijando sus ojos ardientes en los ojos de Neron, parecia buscar una órden en su mirada. El Emperador señalaba con el dedo á uno de los convidados, y en el momento se veia rodar en medio de la sala un cuerpo ensangrentado é inerte, cuya cabeza se apresuraba Febea á poner á los piés de aquel monstruo, que, para baldon del género humano, presidia los destinos del pueblo rey.

Cuéntase que cuando Neron fué á Grecia á disputar el premio en los juegos olímpicos, se hizo acompañar por su terrible favorita; y cuéntase tambien que en la galera dorada y con velas de púrpura que le conducia, habia dispuesto un local donde mandaba arrojar diariamente el cuerpo de un cristiano á su muy amada Febea, para que le sirviera de alimento, y á él de distraccion el espectáculo.

Durante su permanencia en Grecia Neron se enamoró de una jóven llamada Actea, y la hizo conducir á su ga-

lera para llevarla á Roma, con destino al aposento de sus placeres. Bien pronto la griega tomó tanto ascendiente sobre el bufon coronado, que él mismo la invitó á que aceptase parte del triunfo que se hizo preparar á su vuelta á Roma; porque es sabido que obtuvo la corona del vencimiento en Olimpia, si bien es verdad que su carro, tirado por diez caballos, contra la costumbre admitida, no llegó al término de la carrera, sino que antes bien rodó en la arena á la mitad del camino.

Cuando la galera dió vista á Nápoles, Neron hizo adornar el mástil con un ramo de laurel, que era la señal convenida para anunciar la victoria del Emperador. El pueblo se apiñó delante del bajel olímpico, que entró en la rada en medio de las músicas y los aplausos de la multitud.

Neron subió en un carro tirado por cuatro caballos blancos, seguido de otro carro sembrado de oro y pedrería, arrastrado por la tigre, en el cual se veia sentada á la jóven griega, vestida con una túnica bordada con estrellas de plata, y ceñida la frente de una corona de laurel igual á la de Neron. Abrióse en la muralla una ancha brecha, y el Emperador entró en la ciudad como un conquistador.

En Antio, en Alba, en Gondi fueron iguales los honores y las fiestas, y por último, verificó su entrada en Roma en el mismo carro que sirvió para el triunfo de Augusto. Vestia una túnica con estrellas de oro y un manto de púrpura; rodeaba su frente la corona de olivo ganada en los juegos olímpicos, y en la mano derecha lle-

vaba la corona pythica, que era de laurel. A sus piés iban recostadas la tigre y Actea, que en aquella ocasion ocupaba el lugar de Líbico: la hermosa griega llevaba el traje de Diana cazadora, y en la mano una hebra de seda con la que figuraba sujetar á la tigre. Delante del carro marchaban los lictores con las varillas adornadas de laurel; precedíalos una multitud innumerable de músicos y bailarines, disfrazados de sátiros y coronados de oro. Seguian los cónsules y senadores, los tribunos militares, y un brillante escuadron de caballeros con las corazas chapeadas de plata. El cortejo atravesó las principales plazas, el Velabro, el Foro y el Gran Circo, cuyos arcos fronterizos fueron derribados para que el Emperador marchase directamente al palacio del templo de Apolo. Por donde quiera que pasaba, dice Suetonio, se degollaban víctimas, sembrábanse las calles de flores olorosas, y se echaban á volar pájaros con cintas de púrpura bordadas de oro y plata.

Cuando Neron llegó á su palacio, dejó sobre un lecho las coronas ganadas en los juegos; después sentóse sobre el trono con la tigre á los piés, y recibió las adoraciones de la muchedumbre, que ya mucho tiempo hacia, cumpliendo con su mandato, le habia colocado en el número de los dioses.

II.

En los jardines del palacio en que Neron celebraba sus bacanales, y cerca de la jaula de oro que encerraba á Febea, estaban los calabozos subterráneos, de donde á veces salian ayes de dolor y gemidos de angustia: eran las prisiones donde se encerraban los cristianos cautivos que el tirano mandaba arrojar á los tigres y leones en sus ratos de hastío. Actea, testigo del suplicio de estos mártires, quiso saber cuál era su crímen; preguntó á algunos de aquellos pobres prisioneros, y su alma se abrió á las verdades de la fe cristiana. Recibió el agua santa del bautismo, y se dedicó ardientemente al consuelo de sus nuevos hermanos. Un dia en que, después de un festin tan extravagante como obsceno, quiso Neron dar á sus convidados el espectáculo de un cristiano devorado por la tigre, mandó sacar una víctima de los calabozos; tocóle á un anciano, cuya barba blanca cubria en ondas de plata su pecho venerable. Neron hizo una señal, la tigre saltó sobre el cristiano. Actea estaba presente, y lanzó un grito agudísimo y desgarrador; en aquel anciano reconoció al que la habia iniciado en los misterios de la nueva fe. Febea se detuvo, y Actea se arrojó á los piés del emperador gritando: — ¡Perdon! Perdon! — Este la rechazó con un violento empuje, y entonces la griega exclamó con desesperado acento:

— ¡Yo tambien soy cristiana!

A estas palabras, el Emperador hizo una señal, y la jóven, sujeta por los esclavos, fué encadenada y conducida á los calabozos del palacio.

Algun tiempo después Neron anunció que iba á dar en el Circo una gran funcion de fieras para celebrar el tercer aniversario de la muerte de Julio César.

El Emperador desplegó una magnificencia desconocida, porque queria borrar hasta el recuerdo de las fiestas dadas por sus antecesores. Hizo trasportar á Roma y plantar en el Circo árboles enteros arrancados de los bosques de Albano, sobre cuyas ramas los pavos reales y faisanes domesticados ostentaban su plumaje de oro y azul. Neron se presentó aquel dia con el traje del Apolo pythio; aclamaciones unánimes resonaron al verle entrar; el pueblo romano estaba ávido de semejantes espectáculos. Salieron los gladiadores, lucharon ferozmente, y la turba aplaudió con júbilo; pero cuando los bestiarios aparecieron en la arena, el entusiasmo rayó en frenesí. Muchos cristianos habian sucumbido ya: los esclavos, después de haber arrastrado hasta el espoliario, los cadáveres cogidos con un garfio, rastrearon la arena y abrieron una puerta. Todas las miradas se fijaron ansiosas en la víctima que salia: era una mujer.

Vestia una túnica blanca y cubríala un velo del mismo color; se la condujo á una de las columnas que se alzaban en medio del Circo, y un esclavo le arrancó el velo. Entonces pudieron ver los espectadores un rostro hermosísimo, sobre el cual ya se extendian las pálidas sombras de la muerte. Un sordo murmullo llenó el es-

pacio. A pesar de que aquella jóven pertenecia al número de los cristianos, su aspecto de inocencia produjo en la multitud caprichosa una profunda sensacion de dolor.

En este momento una puerta colocada debajo del sitio en que se alzaba el trono de César giró sobre sus goznes y salió un tigre.

El animal se recostó en la arena, arrojando miradas feroces á su alrededor; respiró avidamente y comenzó á arrastrarse como una serpiente; los efluvios de sangre húmedos de las víctimas inmoladas hirieron su olfato; lamióse los labios, y animándose gradualmente, lanzó un sordo rujido; Actea cerró los ojos, y sus pálidos labios murmuraron una oracion.

La fiera se dirigió hacia la columna en donde estaba atada la jóven; agachóse diferentes veces sobre la arena, echando oblícuas miradas á su víctima; de pronto se endereza, da un salto terrible y cae á los piés de la griega. Un horrible clamoreo atronó el espacio, pero á este grito unánime sucedió un extraordinario silencio: la turba quedó muda de admiracion; el furioso animal, dulce y tímido entónces como una gacela, se recostó á los piés de la jóven cristiana. Actea abrió los ojos y conoció á Febea: era la favorita de Neron.

Aquella tigre, que habia merecido por su ferocidad la privanza y el cariño del monstruo; aquella tigre, que comprendia en cada mirada de su amo una sentencia de muerte dictada contra el ser mas inofensivo; aquella tigre que destrozaba, diariamente el cuerpo de un hombre,

porque así convenia á los salvajes instintos del rey de Roma ; aquella fiera, decimos, que, ávida de sangre y de matanza, se lanzaba al Circo en busca de una presa que devorar, detúvose suspensa ante la figura de su dulce amiga, de la hermosa jóven que en otro tiempo la acariciaba y alimentaba con el mayor cariño, de la que un dia la paseó en triunfo por las calles de Roma, recostada en su falda ; de la mártir Actea, de Actea la cristiana. ¿A quien no hubiera conmovido aquel prodigio?

Los espectadores gritaron : —¡Perdon! Perdon!— Y Líbico, el guardian de la tigre, desató á la jóven, que cayó arrodillada. La condujo fuera del Circo, y corrieron á refugiarse en el templo de Diana, donde permaneció la griega hasta que cerró la noche. Entonces, y mientras que Neron terminaba los juegos con el horroroso espectáculo de doce cristianos atados á doce postes embadurnados de azufre y de resina, á los cuales mandó prender fuego, Actea ganó las catacumbas de Roma, extensas bóvedas subterráneas donde los cristianos y proscriptos encontraban un asilo seguro y un bálsamo á sus pesares.

El infame Neron no sobrevivió largo tiempo al suceso que referimos : por donde quiera estallaron conspiraciones, y la de Gallo, que fué la última, encontró eco en los corazones de todo el imperio. Al saber la sublevacion de las provincias, el Senado declaró á Neron enemigo público y lo condenó á ser destronado, amarrado á un poste, azotado y precipitado por la roca Tarpeya. El tirano esquivó su suplicio suicidándose, el año 68 de J. C.,

á los treinta y dos de edad. Su cadáver estuvo un dia entero sin ser sepultado, hasta que Eucloge, su nodriza, y la misma Actea, á quien hemos visto expuesta á las fieras del Circo, obtuvieron el permiso de cumplir con él los últimos deberes. Envolviéronlo en un manto blanco bordado de oro, y lo sepultaron en el monumento de los Domicianos, que se descubria desde el campo de Marte, y donde Neron anticipadamente se habia construido una tumba de pórfido, y sobre ella un altar de mármol de luna, cercado todo por una balaustrada de piedra de Tarsos.

En cuanto á Febea, es de presumir que pasaria desde su jaula de oro á los aposentos comunes de las fieras.



CABALLO Y AZOR

(del conde Fernan-Gonzalez).

Para cualquiera, aun el menos versado en la historia general de nuestro país, es sobradamente conocido el nombre de ese ilustre caudillo del siglo XI, á quien los castellanos eligieron unánimemente por soberano, y que con el título de primer señor y conde de Castilla ha llegado hasta nosotros, tan célebre por sus victorias como por sus desgracias.

Tambien este príncipe se halló en mitad de su camino con dos hermosos y preciados animales de gran importancia histórica; á los cuales es bien que dediquemos algunas páginas, siquiera porque, andando el tiempo, vinieron á convertirse en instrumento de la libertad é independencia de Castilla.

Bien renombrada es por cierto la famosa batalla de Cascajares, habida por los años de 950 entre el conde

Fernan-Gonzalez y el rey moro de Córdoba Almanzor, á tres leguas de la villa de Lara; batalla que casi todos los historiadores convienen en llamar de las *Hacinas*, por la multitud de muertos que quedaron en el campo hechos haces ó hacinas; pues tal fué en aquella jornada la decision y arrojo de los castellanos. En esa memorable batalla es precisamente donde el conde Fernan, despues de haber destrozado las huestes enemigas, y de lidiar y vencer brazo á brazo con el mismo rey moro que las capitaneaba, adquirió por derecho de conquista la propiedad del Caballo y el Azor, prendas muy estimadas del soberano de Córdoba, y que pasaron á serlo asimismo del conde de Castilla, quien desde aquella época no las apartó un momento de su séquito y compañía.

Pero está visto que desde siglos muy remotos la posesion de las cosas extraordinarias no puede disfrutarse tranquilamente, sin que venga á turbar el placer del dueño la injustificable ambicion de los codiciosos. Sea pues porque Don Sancho, rey de Leon (á quien su notable gordura valió el poco honorífico dictado de *Craso*), quisiese admirar personalmente las distinguidas dotes del héroe castellano, ó que hubiese entrado en deseos, lo cual es muy presumible, de poseer el magnífico Caballo y no menos admirable Azor que el conde Fernan-Gonzalez habia conquistado con su lanza, ello es que á poco de terminada la batalla de las Hacinas, envió al Conde un honorífico y cumplido mensaje, por el cual le invitaba á pasar algunos momentos en su compañía.

Poco grata hubo de hacérsele al vencedor de Casca-

jares la atenta invitacion del voluminoso monarca; y no porque el Conde presumiese el solapado fin con que era llamado por el Rey, sino porque pensaba, y no sin fundamento, que su presencia en la corte de Leon no habia de ser muy satisfactoria para la madre de Don Sancho, á cuyo padre, llamado tambien Don Sancho de Navarra, habia vencido y muerto en batalla campal el conde Fernan-Gonzalez.

Pero nada mas erróneo, al parecer, que la idea formada por Fernan. Don Sancho y su madre, rodeados de su corte y de los mas esforzados caballeros, salieron en recibimiento del triunfador con señaladísimas muestras de contento. Ambos á dos le dispensaron las mayores distinciones y agasajos; ambos le participaron nuevas tan inesperadas como lisonjeras, y ambos, por fin, le habian tendido un lazo, que, si resbaladizo y fatal pudiera serle, no por esto aparecia menos halagüeño y deslumbrador.

El Rey por su parte habia decidido, para mas honrarle y enaltecerle, adquirir en propiedad el Caballo y Azor ganados por el Conde; pues, segun su propia expresion, estaba ansioso de poseer algun recuerdo de su esforzado súbdito. Y en cuanto á la Reina madre, bastará con decir que se adelantó á ofrecerle en galardon, y como testimonio de pacífico afecto, la mano de su sobrina Doña Sancha, hija del soberano de Navarra.

Con tales muestras de agasajo ¿cómo no hubiera cedido Fernan á las perversas sugestiones de sus dos enemigos? El Rey pensaba precipitar al Conde en la honda

sima, adonde le verémos avocado en breve; y por lo que hace á la Reina, habia concertado con su hermano el plan de apoderarse del Conde cuando fuera á Navarra á ofrecer sus respetos á la Infanta, y reducirle á eterno cautiverio ó quitarle la vida ignominiosamente. Tal era pues la segunda intencion que presidia á aquellas corteses invitaciones.

Fernan, siempre noble, siempre generoso, siempre leal, se negó obstinadamente á recibir precio ni recompensa alguna por su Caballo y Azor, los cuales puso desde luego á la disposicion de Don Sancho. Y en lo tocante al consorcio que se le proponia, no solo aceptó, lleno de respetuoso júbilo, la mano de la Infanta, sino que convino en marchar á Navarra con solo cinco caballeros, á pesar de que no debia confiar demasiado en las favorables intenciones del soberano de aquellos dominios.

Esta segunda proposicion fué aceptada sin vacilar; no así la primera, porque Don Sancho concibió formal empeño en recibir el Caballo y Azor por via de venta, á cuyo fin estipuló y firmó en el acto una obligacion, en que se comprometia á satisfacer al Conde mil marcos de plata á fecha fija, pasada la cual debia duplicar la suma por cada un dia que tardase en verificar el pago convenido. Enorme usura, que Fernan-Gonzalez solo pudo aceptar, en vista de las reiteradas instancias de Don Sancho.

Así las cosas, el Caballo y Azor pasaron á manos del Rey, y Fernan se dispuso á marchar á Navarra para tener la entrevista con Don García, padre y señor de Sancha, su prometida.

El lugar destinado para las vistas era un campo despoblado, en el que solo habia una pequeña ermita, al pié de la cual debian juntarse ambos personajes. Allí acudió Fernan con sus cinco caballeros; mas apenas hubo llegado, cuando divisó al monarca de Navarra, que con treinta y cinco guerreros bien armados se presentaba intimándole la órden de rendirse á discrecion si no queria perecer en el combate. Fernan, á quien tamaña traicion no pudo menos de coger desprevenido, tuvo la serenidad, sin embargo, de replegarse dentro de la ermita, desde cuyo punto sostuvo valerosamente una ruda pelea con aquella caterva de asesinos, hasta que, llegada la noche, y seguro ya de su vida, se entregó preso en manos de Don García.

El cautiverio de Fernan era todo lo penoso y cruel que de la alevosía del de Navarra podia esperarse; y es bien seguro que así hubiera terminado la vida del héroe, si la infanta Doña Sancha, perdida ya de amores por el Conde, no le hubiera sacado de la prision, arrostrando la cólera de su padre y la maledicencia de su corte. Un solo rasgo de esta animosa princesa bastará para retratarla en este lugar.

Convencida la Infanta de que sus deberes para con el Conde eran los de una esposa, puesto que Fernan desde el primer instante le habia jurado palabra y fe de matrimonio, no solo se determinó á penetrar en la prision de su amado y sustraerle á sus carceleros, valiéndose de la oscuridad de la noche, sino que viendo la imposibilidad en que se hallaba el cautivo de moverse por la su-

jecion y peso de sus cadenas, revestida de un varonil arrojo, le colocó sobre sus hombros, y así caminó con él toda aquella noche, hasta que la proximidad de la aurora les obligó á ocultarse en un monte vecino.

Pero los leales y fieles castellanos no habian olvidado ni por un momento á su señor. Reunidos en grueso ejército y armados de todas armas, habian hecho labrar una figura de piedra en representacion de su buen conde, y con ella á la cabeza de las masas juraron penetrar en Navarra y libertar la preciosa vida de Fernan.

Ya se aproximaba el ejército invasor, cuando Doña Sancha, falta de fuerzas y llevando á ratos al Conde sobre sus hombros, desesperaba de sustraerse á las pesquisas de su padre, ni menos terminar aquella trabajosa peregrinacion.

Los castellanos divisan á su héroe, le reconocen, le aclaman, oyen de su boca el elogio de aquella tierna y valerosa amante, á quien debe la vida y la fortuna; ellos la cercan, la victorean, la elevan en triunfo, y jurándola por su reina y señora, emprenden el camino de Castilla llevando en hombros á aquellos dos felices y agradecidos amantes, que bien pronto se juran eterna fe ante los altares en la iglesia de Búrgos.

Fernan era dichoso en aquella ocasion; pero su dicha solo provenia del afecto de su esposa y del no menos grande que cada dia le mostraban sus leales castellanos. Por lo demás, solo recordaba su mente desengaños, traiciones y alevosías.

¿Qué era de su Caballo y de su Azor? ¿Habrian ser-

vido de pretexto para hacerle llegar á Leon, y dejarle preso en las redes tendidas por la madre de Don Sancho? El precio estipulado y no satisfecho de aquella extraña venta ¿seria el medio de que llegaran á indisponerse Leon y Castilla por cuestion de tributos que motivase una guerra asoladora, ó tal vez Don Sancho el Gordo habia pensado mofarse de Fernan? Todo era posible. El conde de Castilla acababa de vencer y derrotar á su suegro en una guerra suscitada por este para vengar el supuesto ultraje inferido en la persona de su hija. Don Sancho de León se habia mostrado indiferente á aquella campaña, ó mas bien, habia contribuido á causar males á Fernan. Esto por un lado, y los recuerdos que el Conde guardaba de su entrevista con el leonés, le hicieron desechar todo género de consideraciones, y se decidió á reclamarle formalmente el precio de su Caballo y de su Azor.

Don Sancho contestó al Conde en términos descorteses y altaneros.—Ni os devuelvo vuestras prendas,—le dijo, —ni me creo obligado á devolvéroslas. Aun no he cogido el dinero que pedis: cuando lo coja, yo cuidaré de vos mandarlo, sin que preceda excitacion ni agonía de vuestra parte.

Oido lo cual por Fernan, reprimió su cólera y disgusto por espacio de otros tres años, al cabo de los cuales ni Don Sancho le habia remitido el importe de la venta, ni aun podia pagar con todas sus propiedades ni con todo su reino.

Tan grande habia llegado á ser la suma, que el rey de

Leon concibió serios temores de si el de Castilla pensaria exigírsela por la fuerza, como á ello tenia derecho por escrito. Así que, receloso de un aprieto, concibió la idea de inculpar á Fernan de alguna grave falta, por ver si de este modo venian á transigirse las diferencias con la paz y perdon de los caudales que debia. La circunstancia de haber faltado el Conde por dos años seguidos á las cortes de Leon sirvieron de pretexto á Don Sancho para realizar su astuto proyecto.

Convocó nuevas cortes, hízolo así saber al conde de Castilla, y con aquel prestigio y arrogancia á que un rey soberano tiene derecho sobre otro que es su tributario, anunció á Fernan Gonzalez su deseo de que no faltase por tercera vez á la convocacion. El Conde acató fielmente, como de costumbre tenia, las órdenes y preceptos de su soberano, pues aun en contra del parecer de los caballeros de Castilla, se dirigió con una pequeña guardia á la corte de Don Sancho.

Mucho hubo de extrañarle á Fernan que el Monarca no saliese á recibirle, como siempre lo habia hecho; pero queriendo disculpar esta omision, y no pudiendo dar oidos á una nueva sospecha de crímen, se encaminó al palacio del Rey con el afecto que de ordinario, y pidióle su mano para besarla en señal de pleito homenaje y soberanía. Don Sancho entonces se levantó de repente, y apartando su mano de las del Conde:

—Tiráos allá,—le dijo con aspecto fiero y amenazador.—Tiráos allá; que de ufano con las vitorias que habeis tenido tres años há, paréceme como que renegais

de esta corte de Leon, á la que debeis acatamiento. No se os figure que se me ocultan vuestras traiciones; y pues habeis soñado con robarme á Castilla, yo os pongo preso desde ahora para que así no me la usurpeis, como de hecho habéismela usurpado.

El Conde permaneció por algunos instantes mudo de asombro y de soberbia.

—No plegue á Dios,—murmuró al cabo de algun tiempo, y procurando contener sus ímpetus,—que yo me alce ni haga desleal, como en rostro acabais de echarme. La sangre de que vengo nunca sirvió á desleales ni robadores. Yo siempre os serví fielmente, y si no he venido á vuestras cortes, culpa ha sido de mis campañas y perjuicios, que no de deslealtad. Aunque de haberme alzado con Castilla,—continuó dando á sus palabras una entonacion y giro diferentes,—no debiérades de extrañarlo, porque aun vos me reservais el precio del Caballo y Azor que por escritura me comprasteis, y yo no me he extrañado tan desaforadamente como lo haceis.

Imposible hubiera sido á Fernan el pronunciar palabras que hiriesen mas á Don Sancho como las que acababa de decirle. Ciego de furor, y sin tratar de reprimir su interesado enojo, dió órden el Monarca á sus guardias de que apresasen al conde de Castilla y le sepultasen en el mas oscuro calabozo. Redobló sus prevenciones de seguridad y rigor, hizo responsables á cuantos le rodeaban de la persona del cautivo, y juró por su corona que la venganza habia de ser tan grande como lo habia sido el desacato. Don Sancho comprendia que el precio del Ca-

ballo habia de costarle indudablemente su trono, y quiso prevenir la catástrofe por medio de la muerte de Fernan.

Mientras tanto la condesa de Castilla habia tenido noticias de la nueva desgracia en que yacia su adorado esposo. Loca con la pérdida de su Fernan, y sabedora del motivo que la ocasionaba, conoció tristemente cuán difícil seria sustraerle de las garras de Don Sancho, como en otro tiempo lo hizo de las de Don García. Con todo, aquella alma varonil, mas esforzada aun por la pasion y el cariño de esposa, halló recursos en su seno para intentar la salvacion de su bien amado. De repente convocó á sus mas temidos campeones; hízoles saber su decidido empeño de caminar ocultameute y por las noches hasta llegar á la fortaleza que encerraba al caudillo; participóles su designio de penetrar en Leon sola y en traje de peregrino para ver de llegar hasta el aposento de Fernan, y encargóles, por último, que se hallasen prontos para secundar las órdenes del conde de Castilla.

Ni una sola voz se levantó en contra de tan temeraria idea. Todos comprendian de lo que era capaz el alma de Doña Sancha, y por única contestacion á sus excitaciones tomaron las armas y la siguieron.

La esposa de Fernan, arrostrando mil peligros y exponiendo su vida á cada paso, pudo, en fuerza de su voluntad y arrojo, encontrarse cara á cara y á solas con el Conde. Breve fué la entrevista de los esposos. Fernan pretendia disuadir á su amada del proyecto que esta habia venido á comunicarle; pero ruegos, súplicas, re-

flexiones, todo fué inútil. Un momento después, el conde Fernan Gonzalez, vestido con el traje de la Infanta, iba en busca de sus armas, de su caballo y de su gente. La heróica y apasionada mujer en tanto quedaba expuesta en el calabozo de su marido á la furia y venganza del implacable rey de Leon.

Pero Don Sancho conocia demasiado sus intereses para haberse vengado en la persona de la Infanta. Por grande que fuera su coraje al saber la evasion del Conde, aun era mayor el terror que le infundia la idea de una campaña como la que á no dudar se preparaba. Don Sancho llegó pues al calabozo de la Condesa con mas amabilidad que furia, con mas cortesanía que rencor. La Infanta le miró venir sin inmutarse, y antes de dejarle pronunciar palabra, se adelantó á decirle con dignidad :

— Yo hice lo que debia, y por ello merezco mas galardon que pena. En vuestro poder estoy, señor, haced lo que seais servido ; que yo no me arrepentiré de lo que he hecho.

Estas palabras, al paso que eran una nueva amenaza al ya muy abatido Rey, fueron pronunciadas con tal entereza y brio, que Don Sancho se quedó confuso y sin saber qué partido tomar para contestarlas. Después, reflexionando en lo comprometido de su situacion, y queriendo contrarestar al furor que reconocia en el Conde, dijo á su esposa con dulzura :

— Yo tuve la culpa, que no vos, del mal encuentro en que se hallaba vuestro marido. Vos lo habeis hecho

bien, y sois digna, señora, de gran fama y renombre. Marchad en busca de vuestro esposo.

Mas ya era tarde para tanta dulzura y cortesanía. Él conde Fernan Gonzalez no se contentaba entonces con la libertad de su esposa; queria además la paga de su Caballo y de su Azor; queria vengar los engaños de Don Sancho, las traiciones de su madre y las perfidias de Don García. Al frente de sus denodados y fieros castellanos penetró en la corte de Leon demandando justicia, reparacion y venganza. Los estragos que causaba á su paso solo eran comparables con los que tantas veces habia ocasionado en sus campañas.

El rey de Leon, demasiado torpe para medir sus armas con el caudillo castellano, y demasiado codicioso para dejar perder su trono y su fortuna, envió desde luego al conde Fernan uno de sus mayordomos de mas confianza, para ofrecerle dineros, riquezas y glorias en cambio de la escritura de venta que poseia. Pero ¿qué caudales habian de bastar para satisfacer ya en aquella época el precio del Caballo y del Azor? Todos los tesoros del mundo no hubieran sido suficientes.

Fernan, que conocia el desenlace de aquella historia, dió treguas por un momento á la pelea; y recobrando su habitual serenidad y calma, envió un mensaje al rey Don Sancho, en el que demostraba toda su grandeza y generosidad.

« No me mandeis, señor, dineros ni riquezas,—decia, —porque ni riquezas ni dineros necesito. No es el conde de Castilla de los que venden con usura para luego agui-

jonear y perder á los que compraron por mucho, con el entendido de no pagarles nada. Guardadlas para vos, que las codiciais, y dadme en pago de mi Azor y Caballo las que codicio : no sea mas tributaria Castilla de Leon, y os devuelvo el escrito de vuestra compra. Ved ya en cuánto tengo y estimo el precio de mi patria. »

En efecto, Don Sancho declaró libre y sin sujecion á su corona los pueblos de Castilla, y Fernan le devolvió por su parte el tan deseado como importante escrito. Los condes de Castilla reinaron entonces por su sola autoridad y derecho, sin que nuevas guerras ni nuevos infortunios viniesen á turbar la paz de sus pueblos ni la tranquilidad de sus espíritus.

Un caballo y un azor hicieron á Castilla independiente. Si los castellanos llegaron á sumar las inmensas partidas que D. Sancho el Craso debia á su rey, ellos serán los que puedan decir en cuánto estimaba á su patria el héroe de las Hacinas, y cuánto valor vinieron á adquirir en venta el Azor y el Caballo del conde Fernan-Gonzalez.



LOBA ROMANA.

(Nodriza de Rómulo y Remo.)

I.

Procas, descendiente de Eneas, y rey de Alba y de Lavinia, dejó á su muerte dos hijos: Numitor y Amulio. Este último apoderóse del trono, con perjuicio de su hermano, y obligó á Rhea, su sobrina, á tomar el velo entre las vestales. Consagrada así á perpetua virginidad la hija de Numitor, creyó el usurpador asegurarse por este medio mas en el mando, sin temor á que pretendientes legítimos pudieran disputárselo algun dia. ¡Inútil precaucion! Rhea se hizo embarazada y dió á luz dos gemelos *bellísimos y robustos*, segun la expresion de Plutarco.

Furioso Amulio con esta nueva, convocó á los albanos en la plaza, y allí, levantándose del trono, exclamó:

— ¡Albanos! se ha perpetrado un crímen horrible; un crímen cuya impunidad atraeria sobre nosotros la

cólera de los dioses. Una vestal, una sacerdotisa de Vesta, hollando sus sagrados deberes, ha quebrantado sus votos de castidad... ¡Maldicion sobre nosotros!

Un grito de espanto salió de la muchedumbre agitada, que pidió á grandes voces el nombre de la culpable.

— ¡Vergüenza sobre mí y sobre mi familia! — dijo Amulio bajando la frente; — ¡Vergüenza sobre mí y los de mi familia! ¡La culpable es Rhea Silvia, la hija de mi hermano!...

— ¡Muera! — gritó la multitud, que ya creia ver el rayo de la venganza descargar en la ciudad maldita por el crímen de la vestal.

A estas palabras hizo Amulio una señal, y apareció Rhea en la plaza. Salia ya despojada de las insignias sacerdotales: un velo negro habia reemplazado á la túnica blanca bordada de púrpura; sus cabellos destrenzados caian por su espalda, y detrás de ella un soldado llevaba á los dos inocentes recien nacidos, que debian morir con su madre.

Siguiendo lo dispuesto por las leyes, el cómplice debia tambien ser azotado hasta perder la vida; pero este cómplice era desconocido. Preguntada acerca del nombre del criminal, Rhea Silvia respondió:

— ¡Albanos! lo que voy á deciros es tan raro, tan extraño, que quizá no lo querais creer; mas juro por Vesta, de la cual soy sacerdotisa, que solo la verdad va á salir de mis labios!

«Un dia abandoné el *Atrium*, y sola y descuidada, sen-

téme al borde de la fuente que está cercana ; de pronto vi venir un hombre hácia mí : era un guerrero. Su rostro, de una belleza varonil, se ostentaba severo y amenazador ; una coraza de oro cubria su pecho ; una cabellera espesa y negra se escapaba por debajo de su casco de oro ; embrazaba un largo broquel, y en su mano derecha brillaba una ponderosa espada. Quise huir, pero una fuerza invisible sujetaba mis piés á la tierra ; quise gritar, pero la voz espiró en mi garganta ; pensé morir : ¡ tanto me sobrecogió aquel prodigio ! El guerrero siguió avanzando hácia mí. Cuando estuvo á dos pasos, una densa nube cubrió mis ojos, y solo escuché estas palabras : « Rhea, no te asustes con mi presencia ; soy el dios Marte. » Y en el momento unos brazos robustos me levantaron. En vâno hubiera querido resistirme. ¿Qué puede una débil mujer contra la voluntad de un dios?... Cuando recobré mis sentidos me hallé en el bosque que, como sabeis, está inmediato á la fuente. Miré al rededor : estaba sola. ¡ Albanos ! hé aquí todo cuanto puedo deciros. »

Un sordo murmullo salió de entre la multitud ; pero bien pronto las voces de « ¡ Fábula ! ¡ Impostura ! » restablecieron el silencio, y Amulio dijo alzando la voz :

— ¡ Pueblo ! ¿creerás la mentira que acaba de referir la vestal ? ¿Es posible que un dios, menoscabando su divinidad, haya ultrajado á una sacerdotisa ? ¿Qué castigo merece Rhea Silvia ?

— Ser enterrada viva con sus dos hijos, — exclamó el pueblo.

— ¡Sea! — respondió Amulio, — y que su muerte sirva de ejemplo á las vestales que quebranten sus votos.

Ya estaba abierta la fosa y preparada la piedra que debia cubrirla, cuando la hija del rey Antro, atravesando la muchedumbre, se echó á los piés de Amulio, pidiéndole gracia para la culpable. Sus ruegos y su llanto conmovieron á la multitud, y enternecido el mismo Amulio, dijo:

—¡Que viva! puesto que tú lo quieres, hija mia. Vivirá, pero en una perpetua prision; y prohibo, so pena de la vida, que ninguno se acerque á su calabozo. En cuanto á esos niños, vivientes testimonios del crímen, serán arrojados al Tíber: si Marte es su padre, él los salvará.

Al oir Rhea esta sentencia, lanzóse al soldado que llevaba á sus hijos; queria morir con ellos; pero los esclavos la sujetaron, arrastrándola, á pesar de sus gritos, á la torre que debia servirla de prision.

II.

El rey de Alba mandó arrojar al Tíber los dos mellizos. Un esclavo los puso en una misma cuna, y se dirigió con ella hácia el rio. Hinchadas y rápidas las olas, amenazaban inundar las riberas desbordándose, y el hombre dejó la cuna en la orilla, seguro de que las aguas llegarian hasta allí. ¡Quizá tuvo lástima de verlos morir!

El rio salió de madre; las ondas cubrieron las llanu-

ras, y levantando la cuna dulcemente, la llevaron hasta el pié del monte Abentino. Habia allí una gruta con una higuera salvaje, que mas tarde se llamó *Romulâria*, tomando el nombre de Rómulo, y la frágil navecilla paró en su tronco, que pronto quedó seco al retirarse las aguas.

Los niños tuvieron hambre, y comenzaron á llorar: una Loba oyó los gemidos, y ¡cosa extraña! en vez de hacerles el menor daño, olvidando su natural ferocidad, les presentó sus pechos llenos de leche. Ellos mamaron con avidez, y luego se durmieron. Entonces la Loba se echó al lado de la cuna, y como un perro fiel, veló para preservarlos de cualquier peligro.

Pasáronse muchos dias, y la Loba solo abandonaba la caverna donde estaban los dos niños el tiempo preciso para alimentar á sus propios hijos. Añádese que un picoverde les llevaba migajillas, dejándolas en su misma boca.

Así vivieron hasta que Fáustulo, mayoral de los pastores del Rey, fué por casualidad hácia aquel sitio y los vió al lado de la Loba. Sorprendido de aquel singular espectáculo, aproximóse á ellos, y la Loba se retiró. Comprendió que estaba concluida su mision. Fáustulo cogió la cuna, y encantado con la belleza de los niños, se los llevó á su morada. Refirió á su mujer Acca Laurencia la aventura de que habia sido testigo, y de consuno resolvieron ampàrar á los huérfanos, á los que dieron los nombres de Rómulo y Remo.

Crecieron los gemelos, y á medida que aumentaban sus años, descubríaseles un aire de soberbia y de gran-

deza, que les daba sobre los demás pastores una especie de dominio natural. Suscitáronse quejas contra ellos, y se les hizo comparecer á la presencia de su abuelo Numitor. Este anciano se enteró de la historia de los dos jóvenes, oyóla con interés, y no tardó en reconocer por nietos á Rómulo y á Remo. Estos formaron la resolucion de reponer á Numitor en el trono que le habia usurpado Amulio, y libertar á su madre de la prision. Para esta empresa acaudillaron á algunos pastores compañeros y á una turba de bandidos y esclavos fugitivos que se les quiso asociar.

Vuelto Numitor al trono, concedió á Rómulo y Remo el territorio donde habian vivido con Fáustulo. Allí fundaron á Roma (próximamente el año 753 antes de Jesucristo). La discordia surgió entre los dos hermanos, y Remo murió, segun generalmente se cree, á manos de Rómulo.

Algunos escritores han puesto en duda la historia de la Loba, y pretenden que se daba el nombre de lobas á las nodrizas; otros dicen que á la mujer de Fáustulo se le dió este apodo por sus desordenadas costumbres, y que de aquí ha nacido la fábula; pero ya que la tradicion ha conservado á través de los siglos la historia de la Loba como la de un verdadero animal de los de su especie, justo será que, cuando las opiniones en contrario se fundan solo en conjeturas, nos inclinemos á creer que hubo en tiempos de Rómulo, como ha habido posteriormente, una Loba que templó sus feroces instintos ante el sentimiento sagrado de la maternidad.



ROCINANTE Y RUCIO.

(Cabalgaduras de Don Quijote y Sancho Panza.)

Imposible seria hablar separadamente de estos dos animales célebres, así como no es posible tampoco hablar de Don Quijote sin recordar á Sancho Panza. De tal manera el inmortal Cervantes identificó estas cuatro figuras, que no se concibe á Don Quijote sin Rocinante, á Sancho Panza sin el Rucio. La historia de cada uno es la historia de los cuatro, pues tan íntimamente están relacionados entre sí, que apenas existe un hecho de los que cita el escritor arábigo Cide Hamete Benengeli, en que no tomaran todos una parte muy principal. Puede decirse que, así como Sancho es á Don Quijote lo que Pílades á Orestes, así Rocinante es al Rucio lo que Castor á Pólux.

Es mas: sin Rocinante y el Rucio, Don Quijote y Sancho Panza no hubieran alcanzado la celebridad de que

disfrutan, y la historia del Ingenioso Hidalgo de la Mancha no hubiera sido, como es, el asombro y el regocijo de los sabios de todos los tiempos y de todas las naciones.

Tal es la influencia, tal es la importancia de estas dos cabalgaduras, que, aunque creacion fantástica del ingenio, no por esto son menos dignas de figurar entre las mas famosas del presente libro.

Rocinante, nombre que aplicó Don Quijote á su caballo, por parecerle, segun asegura Cervantes, alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin; esto es, el primero de todos los rocines del mundo, cuadraba tanto con la figura de su dueño, que una vez sobre él, parecia una prolongacion del mismo Rocinante.

El *Rucio*, por el contrario, era redondo y fuerte, segun convenia para sustentar el peso de Sancho, que, en contraposicion de su amo, era abultado de carnes y de recia condicion.

Generalmente el Rucio salia mejor librado de todas las desventuras en que tropezaba Rocinante por culpa de su señor; y era natural que así sucediera, puesto que el papel que le tocaba desempeñar era completamente pasivo, tal como correspondia á la cabalgadura de un escudero de la índole de Sancho Panza.

Sin embargo, no pocas veces le tocó alguno que otro garrotazo de los muchos que continuamente y á cada vuelta de camino llovian sobre el desdichado Rocinante.

Juntos los presenta por primera vez Cide Hamete Benengeli en la segunda salida del valeroso Manchego;

y tomáronse, al decir del historiador, tan acendrado cariño desde el punto y hora en que los reunió el destino, que las pocas de bonanza y de reposo que tenian se las pasaban en deliciosa contemplacion, apoyando el uno su cabeza sobre el cuello del otro.

La alta idea que Don Quijote habia formado de Rocinante fué causa del mal fin que tuvieron casi siempre las hazañas que acometió. Su imaginacion, preocupada con los medios que empleaban en contra suya los malignos encantadores envidiosos de su alto nombre y poderoso esfuerzo, no le dejaba entrever el verdadero motivo de las contrariedades que experimentaba á cada paso. Cosa á la verdad que hace mas interesante la figura del Ingenioso Hidalgo, porque lastimándose el lector de verle siempre rodando por el suelo, llega á desear con vehemencia que Rocinante saque una vez siquiera victorioso al caballero asendereado.

Por el contrario, la buena suerte del Rucio, espejo en donde se miraba el buen Sancho; la buena suerte del Rucio, decimos, que asiste siempre como mero espectador á la desventura de su compañero; que sale incólume de los mozos de los frailes de San Benito; que no le llega una mala estaca al pelo, de las muchas que esgrimieron los desalmados yangüeses en contra de Rocinante cuando por su mal vino en deseo de refocilarse con las señoras facas; esa especie de escudo invisible que, como una egida, le protege en todas ocasiones; que le pone á cubierto de las hondas de los cabreros, en la famosa batalla en que Don Quijote perdió algunos dientes

y muelas; que le salva de las peladillas que, segun expresion del historiador, le perseguian los oidos aun después de la borrasca promovida por los ingratos forzados; esa fortuna constante, repetimos, hace desear que el Rucio llegue alguna vez á participar de las desdichas de su malhadado compañero.

Con efecto, en la misma noche de la aventura de los forzados, el hasta entonces afortunado jumento, que, al decir de Sancho, habia nacido en su mesma casa, y era por lo tanto brinco de sus hijos, regalo de su mujer, envidia de sus vecinos, alivio de sus cargas, y finalmente sustentador de la mitad de su persona, pasó de su lado á poder del célebre ladron Ginés de Pasamonte, que era tanto como caer del cielo á la profundidad de los abismos, pues fácil es de suponer el trato que recibiria de tales manos el que se habia criado, por decirlo así, casi á los pechos del cariñoso cuanto compasivo Sancho Panza. Creemos que no se puede inventar un castigo mas terrible para un asno tan esmeradamente cuidado y atendido.

Debemos advertir que este pasaje es sumamente notable, porque ha sido uno de los que dieron márgen á los críticos para tachar de olvidadizo y desmemoriado al célebre autor del Ingenioso Hidalgo de la Mancha. Con efecto, el historiador, á poco de haber referido el robo del asno presenta otra vez á Sancho caballero sobre el mismo Rucio; cosa que el autor creyó oportuno justificar, reconociendo sin duda la importancia del reparo hecho por los críticos, y por cuya razon en la segunda parte de

la obra hace que Sancho, refiriéndose á este pasaje, diga al bachiller Sanson Carrasco : «A eso no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del impresor.»

Esta contestacion, sin embargo, por ingenua que sea, no salva la dificultad. Hay quien supone que Cervantes dejó correr á propósito este descuido para dar lugar á los críticos á que se ocuparan de su libro.

Mas, como quiera que esto fuera, que no es nuestro propósito entrar de lleno en la historia de Don Quijote, vuelto el Rucio á poder de su dueño primitivo de una manera inesperada, aunque natural, torna á disfrutar de la buena fortuna que le siguió siempre bajo el dominio de Sancho Panza.

Rocinante, por el contrario, continúa sujeto á su mala estrella en toda la primera parte y en un buen trecho de la segunda, pues en la aventura del carro de las cortes de la muerte dió tambien con su amo en el suelo, que era, segun expresiones propias del historiador, «ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos».

Mas esta vez el Rucio no salió mejor librado que Rocinante; porque, asustado de los golpes que daba con la vejiga llena de aire el comediante vestido de diablo, que le hacia correr por la campaña, dió igualmente con sus huesos en tierra, librándose con esto de la espantable carga que sentia sobre sus lomos.

Al cabo llega un dia de gloria para Rocinante y de ventura para Don Quijote. El hasta allí maltratado caba-

llero saborea la satisfaccion de una victoria debida al esfuerzo inesperado de su cabalgadura. Al llegar á esta famosa hazaña el lector no puede menos de alegrarse del alarde de pujanza de Rocinante; porque ¿qué hubiera sucedido si el bachiller Sanson Carrasco, convertido en caballero de los Espejos, hubiera vencido á su contrario? Hé aquí la razon que tuvimos al principio para decir que sin Rocinante Don Quijote no disfrutaria hoy de la fama que goza.

Es de notar que ya desde esta aventura hasta la conclusion de la historia cambia casi completamente la suerte de estos dos animales célebres.

En la peligrosa aventura del *rebuzno* Rocinante saca á fuerza de piés á su amo sano y salvo del campo de batalla; y el Rucio, cargado con su maltratado dueño, á causa del varapalo que le alcanzó, sigue las huellas de Rocinante, «sin el cual, dice Cide Hamete, no se hallaba »un punto».

Juntos pasaron un buen rato Rocinante y el Rucio en las orillas del Ebro, considerando sin duda la mala suerte que los habia llevado á poder de unos amos tan sin juicio, que á la sazon daban muestra de ello navegando por medio del rio y en direccion de unas peligrosas aceñas dentro de un barco que Don Quijote tenia por encantado.

Tal vez se creyeron libres para siempre de ellos; pero la Providencia, que habia ligado los destinos de Don Quijote y Rocinante, de Sancho Panza y del Rucio, tornólos á reunir como por milagro, con gran contentamiento

del lector, que ve con pena desamparadas aquellas famosas cabalgaduras, encomendadas solo á la proteccion de los encantadores.

Á presencia ya de los Duques, llama por un momento Rocinante la atencion á causa de haber quedado en pelota al empuje que dió Don Quijote para descender de su cabalgadura y postrarse de hinojos ante la Señora Duquesa.

Á la entrada del palacio, la atencion general, fija enteramente en Don Quijote, se distrae por algunos instantes con el altercado de Sancho y la dueña Doña Rodriguez; altercado graciosísimo que versaba sobre el Rucio, cuyo cuidado encomendó encarecidamente Sancho á la dueña, por ser el asno «un poco medroso, y porque no se »hallaba á estar solo en ninguna de las maneras».

Á la natural respuesta de la dueña Doña Rodriguez creyó Sancho oportuno justificar su peticion citando el ejemplo de Lanzarote cuando de Bretaña vino, que, segun habia oido decir á su amo,

Doncellas curaban dél,
Y dueñas del su rocino.

Esto encendió mas y mas la cólera de la dueña y excitó la socarronería de Sancho, hasta el punto de tener que poner fin á la contienda el mismo Duque, asegurando á Sancho que el Rucio seria tratado como su propia persona.

Véase pues cómo estas dos cabalgaduras juegan, á la

par que sus amos, en toda la historia un papel muy principal.

En esta parte las cosas toman un carácter notable : las ilusiones y las esperanzas de Don Quijote y Sancho llegan á convertirse en realidad. El valeroso Manchego se ve tratado como un verdadero caballero andante ; Sancho Panza se ve en un abrir y cerrar de ojos hecho gobernador de una ínsula, como su señor se lo habia prometido. En todo este tiempo las cabalgaduras apenas figuran ; pues, aparte del lastimoso discurso que Sancho dirige al Rucio la noche en que sus enemigos entraron á saco en la ínsula, y de la oportunidad con que rebuznó el asno en la profundidad de la sima en que cayó con su dueño de vuelta ya al palacio de los Duques, nada notable ocurre que digno de referir sea.

La índole de las aventuras sucesivas dan lugar á pensar que Rocinante y el Rucio no volverán á experimentar las desdichas pasadas; pero cuando menos se espera se ve otra vez por los suelos á caballos y caballeros, merced á una manada de toros que los atropelló justamente en el instante en que Don Quijote se proponia imitar el paso honroso de Suero de Quiñones. En Barcelona experimentaron igual contratiempo amo y criado, merced á unos muchachos que, alzando la cola del Rucio y la de Rocinante, les « pusieron y encajaron sendos ma- »nojos de aliagas ».

En esta ciudad debian tener fin las empresas de Don Quijote, aunque no las desdichas. El caballero de la Blanca Luna retóle á campal batalla, la cual, aceptada

por el osado Manchego, tuvo el mismo fin y desenlace que casi todas sus aventuras. Rocinante, no pudiendo resistir el empuje del caballo enemigo, dió con su señor en tierra, sometiéndole con esta funesta caida á las condiciones acordadas antes del duelo, que se reducian á que el vencido no pudiera tomar las armas en un año.

Vencido Don Quijote y terriblemente humillado, tomó el camino de su aldea, no sin ser atropellado en él una vez todavía por una piara de cerdos. En esta travesía ocurrieron lances aun graciosísimos en la casa de los Duques.

Por último, entraron en su pueblo natal Don Quijote y Sancho Panza, Rocinante y el Rucio, llevando este en la cabeza una coroza, que fué la mas nueva trasformacion y adorno con que jamás se vió jumento en el mundo, y apenas los divisaron los muchachos, comenzáronse á llamar unos á otros, diciendo: «Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quijote mas flaca hoy que el primer dia.»

Tal es la historia de Rocinante y el Rucio, que no es otra cosa que el compendio de la historia del famoso Don Quijote. Para completarla, sin embargo, oportuno será que trascribamos en seguida las poesías que el príncipe de los ingenios españoles dedicó á la cabalgadura del héroe de su obra, las cuales, aunque muy conocidas, tal vez no sean en ningun otro paraje tan oportunas como lo son en este lugar.

El donoso poeta entreverado, á Rocinante.

Soy Rocinante el famo-
Biznieto del gran Babie-
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quijo-
Parejas corrí á lo flo-
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-
Que esto saqué á Lazari-
Cuando para hurtar el vi-
Al ciego le dí la pa-

Diálogo entre Babieca y Rocinante.

SONETO.

B.—¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R.—Porque nunca se come, y se trabaja.
B.—Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R.—No me deja mi amo ni un bocado.
B.—Anda, señor, que estáis muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R.—Asno se es de la cuna á la mortaja,
¿Quereislo ver? miradlo enamorado.
B.—¿Es necedad amar?
R.— No es gran prudencia.
B.—Metafísico estáis.
R.— Es que no como.
B.—Quejáos del escudero.
R.— No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo
Son tan rocines como Rocinante?



INCITATUS.

(Caballo de Calígula.)

I.

Roma se agitaba como las revueltas olas del furioso Océano. Un clamoreo atronador llenaba el espacio, cual los bramidos del huracan llenan los ámbitos en una noche de tempestad. Por donde quiera fluia y refluia un gentío inmenso, apiñándose en las plazas con frenética curiosidad. ¿Dónde iba aquella muchedumbre, ávida de emociones, sedienta de espectáculos? Iba á presenciar un triunfo.

Calígula se habia hecho conducir en una litera llevada por ocho esclavos hasta Gesoriacum, en las riberas del Océano. Allí hizo aprestar todas sus máquinas de guerra, y en señal de soberanía, se azotaron las olas que bañaban las costas de la Galia y la Bretaña, y mandó que los soldados llenasen de conchitas los cascos y los senos;

porque, segun decia, los despojos del mar debian adornar el Capitolio y el palacio de los césares. Como un monumento de su victoria, levantó una elevadísima torre, guarnecida de fanales, que por la noche sirviesen de faro á los navegantes. A mas de esto, habia recibido en su campamento á Adminins, hijo de Cinobellino, rey de los bretones, el cual, desterrado por su padre, se refugió cerca de Calígula, y para mejor captarse su voluntad le regaló un magnífico caballo de batalla. Luego, como si hubiese subyugado toda la isla, Calígula escribió á Roma cartas hinchadas y retumbantes, mandando que solo en el templo de Marte fuesen manifestadas á los cónsules; y el Senado en plena sesion le decretó el triunfo.

Calígula quiso que su triunfo fuese el mas suntuoso que se hubiera visto. Para aumentar la pompa escogió de entre los prisioneros y tránsfugas que le habian enviado sus lugartenientes, los hombres mejor formados y mas arrogantes, y aun algunos de los príncipes cautivos; forzólos á pintarse los rostros, á dejarse crecer los cabellos, aprender el idioma breton y darse los nombres mas bárbaros. Estos hombres debian representar el papel de cautivos.

Llegó el dia del triunfo, que era juntamente el aniversario del nacimiento del Emperador: las calles se alfombraron de flores, y en cada plaza se levantó un arco triunfal, desde los cuales mujeres hermosísimas derramaban coronas al pasar el triunfador.

De repente cesó la gritería; un profundo silencio reinó

un instante, y luego resonó una aclamacion universal :
—¡ Viva el César, nuestro emperador y nuestro dios !

Y el cortejo comenzó á desfilar.

Abrian la marcha músicos y cantores, que entonaban himnos ensalzando las mentidas hazañas del Príncipe ; seguian los bueyes destinados al sacrificio, con los cuernos dorados, y adornadas las cabezas con cintas y guirnaldas ; detrás iban carros cargados de despojos del Océano, vasos, armaduras, monedas de oro y plata, y coronas riquísimas enviadas de las provincias. Los soldados llevaban copias de las ciudades, naciones, rios y montañas que Calígula soñaba sujetar á su dominio ; luego marchaban los cautivos, agoviados con el peso de las cadenas y rodeados de una turba de flautistas y saltimbanquis vestidos de mujeres, que con sus ridículos ademanes insultaban el dolor de los vencidos ; después el carro triunfal. Vestia Calígula una túnica de púrpura bordada de oro, ceñia su frente una corona de laurel, empuñaba un cetro de marfil rematado por un águila de oro, y se habia teñido el rostro con bermellon, como la estatua de Júpiter en las grandes festividades. A su espalda un esclavo llevaba una corona de oro deslumbradora por su riqueza, y ¡cosa extraña y nunca vista! del diestro un soberbio caballo. Arrogante, ardiente, trenzada la cola con un collar de perlas, cubierto con una mantilla de púrpura, el noble animal erguia fieramente la cabeza, bañando de espuma su freno de oro.

A este espectáculo, el pueblo, siempre amante de lo imprevisto, prorumpió en un grito mil veces repetido :

—¡Gloria á César, vencedor de los alemanes y los bretones!

El cortejo paró á una señal del Emperador, y este dijo alzando la voz:

—¡Romanos: este caballo es hijo de la Bretaña; es mi mejor conquista! Mirad su hermosura y su fiereza; impetuoso como el huracan, en la carrera devora el espacio: yo lo hago ciudadano romano y le doy el nombre de *Incitatus*. ¡Viva Incitatus!

—¡Viva Incitatus!—repitió el pueblo.

La comitiva siguió hasta el Capitolio. Allí el triunfador bajó del carro, y acompañado siempre del caballo, depositó una corona de oro sobre las rodillas de Júpiter, al que dedicó una parte de los despojos. Después Calígula reunió á los principales senadores y caballeros en un banquete, y al final del festin hizo pontífice á Incitatus.

Esta dignidad, conferida á un caballo, no produjo un solo murmullo; ¿qué dificultad tendrian los romanos en hacer pontífice á un caballo cuando habian hecho de Calígula un dios?

Pero el populacho tuvo otro goce mas. Cuando al resplandor de las antorchas y al compás de las músicas se apiñaba al rededor del palacio, un nuevo cortejo vino á atravesar la multitud: era el cadáver de un caballero romano. Habia dicho este infortunado al pasar la comitiva triunfal:—Hé aquí al César que triunfa con procuradores.

Esta frase, demasiado cierta, corrió de boca en boca hasta los oidos del Emperador, que en el momento mandó

al audaz caballero darse la muerte. Este obedeció, pasándose con su propia espada. Su cadáver se colmó de ultrajes, y la turba aplaudió. La muerte junto á un triunfo... ¿No eran estos dos espectáculos á la vez?

II.

Al lado del palacio del Emperador se alzaba otro palacio tachonado de oro y pedrería. En su pórtico de mármol, adornado con columnas de pórfido y jaspe, bullia una caterva de esclavos y libertos lujosamente ataviados. Este suntuoso edificio servia de habitacion á Incitatus.

La sala destinada para caballeriza era toda de mármol blanco, y el pavimento de mosáico prolijamente ejecutado; los techos y las paredes de todas las habitaciones estaban profusamente laboreadas con oro, plata y marfil; aquí y allí estatuas esculpidas por los mas hábiles artistas descansaban sobre pedestales dorados; pero nada igualaba á la riqueza y suntuosidad del cenáculo (comedor): así lo habia querido Calígula, que con frecuencia iba á sentarse en la mesa de su favorito, echándole la cebada y haciendo que el caballo bebiese el primero en una copa de oro.

¡Desgraciado del que fuera al palacio del Emperador sin haber rendido antes un homenaje de respeto á los piés de Incitatus! Este hubiera sido un crímen de nuevo

género, para cuyo castigo habria inventado Calígula tormentos desconocidos. ¡Senadores, patricios y caballeros de rodillas delante del bruto! Siempre que juraba Calígula, ¿no era por la vida y fortuna de Incitatus? Lo queria tanto como á su hermana Drusila; mas cuidaba del caballo que de su misma persona. La víspera de las carreras del Circo, ¿no envió soldados que, rodeando el palacio, hicieran guardar un profundo silencio para que no se turbara el sueño de Incitatus?

Con frecuencia convidaba Calígula á la mesa de su favorito á los personajes mas ilustres del imperio: las invitaciones se hacian á nombre del singular anfitrion. ¡Que no faltara ninguno, porque esta falta era la muerte! Allí se veian sobre lechos de púrpura los descendientes de los Torcuatos, de los Pompeyos, de los Cincinatos y los Paulo-Emilios con la sonrisa en los labios y la vergüenza en el corazon.

Un dia fueron las invitaciones mas numerosas que de costumbre: cónsules, ediles, pretores, los mas ilustres senadores y caballeros tomaban parte en el festin.

Incitatus ocupaba el lugar de preferencia, revestido con las insignias de su dignidad; á su derecha el Emperador; detrás, y sirviendo al caballo, Casio Chereas, intrépido soldado, á quien Calígula en estas ocasiones se complacia en humillar; en frente el tribuno Virginio.

De pronto Calígula lanzó una estrepitosa carcajada; los cónsules le preguntaron el motivo de su alegría.

— Es que pienso, —respondió el tirano, — que una señal mia basta para que todos seais degollados.

A estas horribles palabras una palidez extraña bañó todas las frentes; mas fué una ligera nube que disipó la voz del Emperador, el cual levantando su copa exclamó:

— ¡Bebamos á la salud de Incitatus!

Todas las copas se alzaron al grito de « ¡ Viva Incitatus! » Uno solamente no bebió; este fué Virginio. Observólo Calígula, y un relámpago de furor brilló en sus ojos. Sin embargo, disimuló su cólera.

— Virginio, — dijo con irónica sonrisa, — me parece que no has respondido á mi brindis.

Virginio se puso como la escarlata, y luego pálido como un cadáver; levantó su copa y quiso beber.

— Bien, muy bien, — dijo el Emperador deteniéndolo; —quiero manifestarte que Incitatus es digno del honor que le negabas. Hé aquí su copa: él beberá primero, y tú la apurarás.

Y el César llenó la copa del caballo, y después de acercársela á los labios, la alargó á Virginio.

Este estaba de pié, inmóbil, sin respirar apenas; pero sus labios eran de cera y su frente brotaba sangre; de repente arrancó la copa de las manos de Calígula y la lanzó á la frente de Incitatus. El caballo se estremeció de rabia; los circunstantes retemblaron de terror.

En la fisonomía del César habia algo de terrible. Permaneció silencioso algunos instantes, hasta que al fin gritó con voz sofocada por la ira:

— ¡Miserable!... Miserable!... Vas á...

— A morir, — repuso friamente Virginio: — pero la venganza irá delante de mi muerte.

Y sacando un puñal de debajo la túnica, se arrojó al César; pero antes de herirlo fué sujetado y agarrotado por las guardias, que acudieron á los gritos del Emperador, y lo arrastraron fuera del salon del festin.

Este incidente no impidió que se prolongara la fiesta hasta bien entrada la noche; nunca estuvo el tirano mas alegre que aquellas horas, y al retirarse los convidados hizo que les distribuyeran mantos de púrpura, invitándoles á que asistiesen la mañana siguiente al Circo, donde presenciarian un espectáculo en el que figuraba Incitatus.

Después, cuando Chereas entró á pedirle la palabra de órden, dijo el Emperador con sorda voz :—¡ Venganza !

III.

Vino el dia, y los convidados de la víspera fueron al Circo, cumpliendo el mandato del César. Este, sentado en el trono, hablaba en voz baja con el director de los juegos. De pronto se abrió la barrera, é Incitatus apareció en la arena, que estaba rociada con polvos de oro. Todas las miradas se fijaron en el arrogante animal, que relinchaba de impaciencia, cuando avanzó un grupo de esclavos armados de correas guarnecidas con puntas de acero. En medio de ellos iba Virginio. El populacho, que vió una víctima, aplaudió con entusiasmo, porque todos los ultrajes descargados sobre los nobles y los pa-

tricios, á quienes miraba como opresores, eran una especie de represalias. Calígula sonrió.

Virginio y los esclavos, prosternados ante el trono, aguardaban las órdenes del Emperador.

—¡Romanos!—exclamó este,—el hombre que estáis mirando á mis piés, ayer en un festin ha insultado á su huésped y á mí; y no obstante, yo le perdono.

Se escuchó un sordo murmullo.

—Pero es con la condicion,—continuó el tirano,—de que delante de todos vosotros se arrodillará y pedirá perdon al huésped ofendido.

Fijáronse todos los ojos en Virginio, que permaneció inmóbil y mudo.

—¡Vedlo!—exclamó el Emperador;—él se niega, él no quiere prosternarse delante de Incitatus.

La multitud arrojó un grito de sorpresa; pero esta muestra de indignacion se reprimió bien pronto.

—¿Lo ois?—dijo Virginio;—no es bastante que se adoren sus estatuas; no es bastante que se haya preconizado como á un dios á este monstruo, cuyas infamias y cuya ferocidad han sobrepujado á las de Tiberio; quiere tambien que se adore á su caballo. Calígula, te engañas esperando semejante bajeza de Virginio. *César, el que va á morir te saluda;* pero al mismo tiempo yo invoco contra tí á los dioses infernales.

Diciendo esto, recogió un puñado de arena, y arrojándolo al suelo, gritó:

—Calígula, manda empezar mi suplicio; de mis cenizas nacerán mis vengadores.

Esta imprecacion turbó al César; quien mas no tardó en desechar los sombríos pensamientos que en él habian despertado las palabras de Virginio, recordándole un sueño de la noche anterior, en el que se habia visto en el cielo al lado del trono de Júpiter, y este dios, airado, lo precipitó á la tierra.

A una señal los esclavos llevaron á Virginio al medio de la arena, donde estaba Incitatus. Allí el jóven fué completamente despojado de sus ropas; los esclavos azotaron su espalda desnuda; la sangre saltó con violencia, pero la víctima no lanzó un ¡ay! ni un suspiro; fijaba con tenacidad sus ojos en Calígula, el cual, no pudiendo sostener aquella inflexible mirada, bajó los suyos. Virginio lo notó y gritó con noble fiereza:

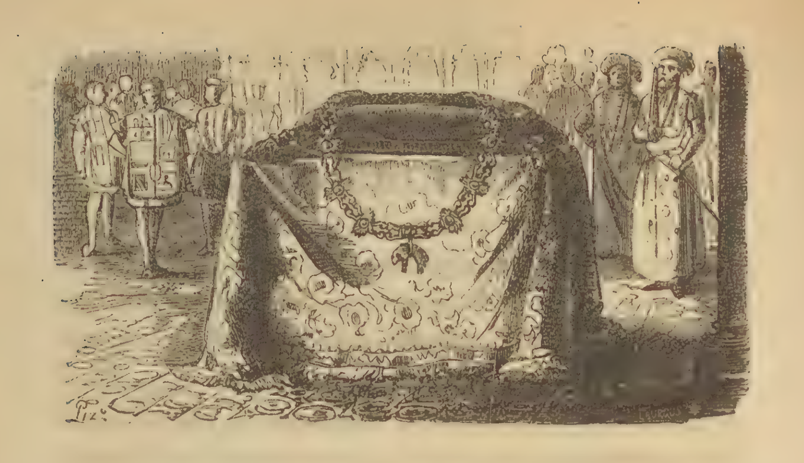
— ¡Tú palideces, César, tú tiemblas! Virginio es superior á tí.

Calígula se estremeció de rabia; Virginio lo miraba con fijeza, y la cólera del César crecia por grados... Al fin se levantó como fascinado, y sacando el puñal, lanzóse á la arena, hundiendo la hoja de un solo golpe en el corazon de Virginio. Este espiró, y la turba, palmoteando frenética, exclamó:

— ¡Viva César! El ha combatido, él ha vencido como un dios!

El mismo dia, 24 de enero del año 40, al volver Calígula del Circo se detuvo en una galería de su palacio para ver y animar á unos bailarines que habia hecho venir del Asia con el fin de que danzaran en el teatro. Mientras que estaba distraido con ellos, Chereas se pre-

cipitó sobre el Emperador y le hirió con su espada; en el mismo instante otro conjurado, Cornelio Sabino, le atravesó el corazon; otros llegaron, multiplicando las heridas. Muchos de los asesinos murieron á manos de la guardia alemana, que acudió al ruido; algunos escaparon, entre otros Sabino, que, segun se dice, huyó á través de los campos cabalgando sobre Incitatus.



VELLOCINO DE ORO.

(*Cordero de la órden del Toison.*)

Hé aquí uno de los animales simbólicos de mas importancia y mayor renombre entre los de su clase, cuya historia va unida á las mejores y mas brillantes páginas de la historia de nuestro país.

Un vellocino ó cordero de oro, pendiente de un collar del mismo metal, formado de eslabones y pedernales despidiendo llamas, con la inscripcion de *Ante ferit quam flamma micet* (antes hiere el eslabon que resplandezca la llama), constituye esa secular y honrosísima insignia de la órden que aun en nuestros dias se conserva con el título del *Toison de oro*.

Fué instituida por Felipe (el Bueno), duque de Borgoña, en la ciudad de Brujas (Flandes), el dia 10 de enero de 1429, con ocasion y para solemnizar su tercer

casamiento con la infanta Isabel, hija de Juan I de Portugal.

Apuntemos aquí las diferentes y extrañas versiones que circulan sobre la institucion y orígen de esta insigne órden, para venir después á parar en la explicacion mas auténtica y reconocida que entresacamos de los muchos historiadores que en diferentes épocas se han ocupado de ella.

Atribúyese por algunos la fundacion de esta órden á una puerilidad caballeresca propia de aquellos tiempos. Dícese que habiendo entrado el duque Felipe en el gabinete particular de su dama en ocasion de que esta tenia aun sobre su tocador de peinado alguna guedeja de su rizada y rubia mata de pelo; dícese, repetimos, que la presencia inesperada de Felipe en semejante lugar, y la burlona sonrisa de sus acompañantes, hicieron que la dama se sonrojase al tiempo que procuraba ocultar aquel rizado mechon de sus cabellos; cuya circunstancia dió márgen á que el Duque jurase en el acto, con el fin de castigar en cierto modo la falta de prudencia de sus servidores, que el objeto mismo que habia causado tanto rubor y vergüenza á su dama, constituiria en adelante el mayor lustre y honor de la mas distinguida nobleza. Y como nada se pareciese tanto á la guedeja de cabellos como la lana rizada y rubia del cordero, de aquí la alegoría del vellocino.

Suponen otros que el objeto que se propuso Felipe al señalar á sus coligados con la insignia del vellocino, fué el de distinguirlos con las armas gentílicas que usaron

muchos siglos antes los duques de Borgoña sus antecesores, como para probar por este medio el inmemorial orígen de su soberanía borgoñesa.

Otros afirman, por último, y en estos reconocemos mayor tino, que la institucion del cordero como insignia tuvo por fundamento el levantar hasta muy alto el comercio de lanas, recientemente importado á la sazon en los estados del Duque; idea que no hubiera podido realizarse si los nobles y grandes señores que de Inglaterra habian introducido el tráfico se hubiesen desdeñado de alentarle con sus caudales y prestigio, como naturalmente debia esperarse. Era pues un medio de emulacion y acrecentamiento fabril en aquella época el que lo mas distinguido del Estado llevase pendiente al cuello el vellon que simbolizaba la industria manufacturera del reino de Flándes, como la primera y mas esencial de las instituciones.

Pero á pesar de que esta última version, así como las anteriores, están al parecer fundadas en datos y tradiciones de la época, todas ellas pueden sin temor calificarse de absurdas ó pueriles, teniendo en cuenta, como debe tenerse, el verdadero y casi único fundamento que presidia en aquellos tiempos á la formacion de las órdenes militares: el servicio de Dios, el servicio del Rey y el de la patria.

No es pues verosímil que se deba tan insigne y apreciada divisa á una cuestion político-económica, ó á una prueba de rigidez heráldica, ni mucho menos á alguna guedeja de cabellos, por rizada y rubicunda que fuese.

En contra de estas suposiciones gratúitas están las palabras mismas del fundador, el mote de la insignia, los estatutos de la órden, y los comentarios y discursos de autores respetables.

La idea de Felipe el Bueno al establecer la nueva caballería del Toison, no fué otra, segun se desprende del discurso pronunciado por el rey de armas de Flándes el dia de la proclamacion de la órden, que alentar á los nobles caballeros de su época para que, aventajando en valor y brios á los mas esforzados de otros tiempos, contribuyesen con el poder de las armas á la defensa de su religion; de su monarca y de su tierra.

En la alegoría del vellocino, que simboliza este pensamiento, encontrarémos la explicacion mas clara y terminante de esta verdad.

Los historiadores andan discordes en el orígen á que deba atribuirse la eleccion de la divisa adoptada por Felipe, pues unos la fundan en la historia fabulosa del vellocino de oro de Colchos, que conquistó Jason, mientras otros suponen que hace referencia al vellocino misterioso por el que Gedeon alcanzó el triunfo sobre los madianitas: ambos orígenes pudieron muy bien haberse tenido presentes al adoptar la divisa del Toison, porque en nada se repugnan el uno al otro; y puesto que en ambos figura tambien un animal célebre, no estará de más que apuntemos alguna idea con respecto á su historia y significacion.



VELLOCINO DE JASON.

Atamante, rey de Tebas, tuvo dos hijos de su primera mujer, llamados Frixos y Heles. Muerta la madre de estos niños, y habiendo contraido el Rey segundo matrimonio, la jóven Heles y su hermano se vieron atormentados y perseguidos de muerte por las iras de Ino, su madrastra. Para sustraerse á un fin tan desgraciado como cierto, Frixos, que á su cualidad de varon unia agilidad y arrojo, apresó un gran carnero de lana dorada que pastaba en los rebaños del Rey, y arrojándose sobre él á las aguas, en compañía de su hermana, se dispuso á atravesar el mar de Ponto, que separa la Europa del Asia. Heles, á quien el ruido de las olas y la consideracion del peligro en que se hallaba no pudieron menos de sobrecoger de espanto, turbóse de tal modo, que perdiendo el sentido, vino á buscar el fondo de las aguas, sin que bastasen en su auxilio todos los esfuerzos de que era capaz el cariño de su hermano. Frixos, abrumado por el pesar y la fatiga, atravesó con grandes dificultades aquel brazo de mar, que desde entonces se apellidó

Helesponto, y arribó á las playas de Colchos, donde cayó exánime y desfallecido. Los salvajes habitantes de aquellas comarcas apenas reconocieron á un hombre extraño é indefenso, se arrojaron á él para darle muerte; pero el carnero, que velaba por la existencia de su nuevo señor, corrió en su auxilio, advirtiéndole con voz humana el inminente peligro á que estaba expuesto. Frixos, sobresaltado, volvió á montar el carnero que por dos veces acababa de salvarle la vida, y huyó hasta un campo desierto, en donde sacrificó en honor de Júpiter el vellocino dorado: colgó de un haya la ofrenda, y púsole por custodio un enorme dragon que velase noche y dia al pié del árbol, rodeando además aquellos campos de indomables toros con piés de bronce, que arrojaban fuego por las narices.

Mas Frixos habia quedado solo, y las hordas de salvajes no tardaron en divisarle de nuevo: aislado entonces y sin cordero en que poder huir, fué apresado por los bárbaros y conducido á presencia del rey de Colchos, el cual ordenó que le diesen muerte. Tan atroz mandato irritó sobremanera á Jason, rey de Tesalia, quien, para vengar el cobarde asesinato de Frixos, convocó á los principales jefes de la Grecia y aprestó en Argos la célebre armada de los argonautas, primera que se arrojó á la mar, y con cuyo poder conquistó Jason el vellocino de oro, al propio tiempo que á Medea, hija del soberano de Colchos. Tal es, segun los mitólogos, la historia del vellocino llamado de Jason.

La del vellocino de Gedeon, aunque se refiere tam-

bien á épocas heróicas, está, sin embargo, consignada en las Santas Escrituras.

Gedeon, hijo de Joás y quinto juez de Israel, fué escogido por Dios para libertar á su pueblo de la esclavitud á que le habian condenado los madianitas. Un ángel comunicó á Gedeon el mandato supremo de erigir un altar al verdadero Dios en el mismo sitio en que se adoraba al ídolo de Baal, cuya figura, y bosque de que se hallaba cercada debian ser talados y destruidos. Los madianitas, amalecitas y otros muchos pueblos, irritados de que Gedeon derribase sus altares, levantaron sus tropas y marcharon contra los israelitas; pero el escogido de Dios convocó tambien á los de su casa, y acompañado de varias tribus que se le allegaron, salió á la defensa de su pueblo. Gedeon antes de la batalla pidió al Señor una señal afirmativa de que él fuese verdaderamente el escogido para libertar á Israel; y Dios, que escuchó su súplica, hizo caer rocío en abundancia sobre un tuson ó vellocino sin que se mojase la tierra que lo rodeaba; mas Gedeon, desconfiando todavía de ser el enviado por Dios, suplicó y obtuvo como segundo milagro, para asegurarse de la exactitud del primero, que la tierra que circundaba al vellocino se humedeciera y mojara con agua mientras que la lana del cordero permaneciese seca y enjuta. Luego que se hubo satisfecho de su mision, congregó sus tropas, y con solo trescientos soldados que le restaron después de haber dado suelta á los cobardes y miedosos, derrotó completamente á los ma-

dianitas en una sangrienta y reñidísima batalla, en la cual, segun anota la Escritura, fueron deshechos mas de ciento cuarenta mil adversarios. Un simple tuson ó vellocino fué la enseña que condujo á los escogidos de Dios hasta alcanzar tan milagroso triunfo.

Pues bien, á semejanza de este sagrado emblema, y aun en conmemoracion á la atrevida empresa de los argonautas, debió elegir el duque de Borgoña Felipe el Bueno la figura del toison para insignia de su nueva órden de caballería. La piedad, el honor y el esfuerzo fueron las bases sobre que se estableció tan esclarecida milicia : la defensa de la fe cristiana, el amparo de los pueblos y la práctica de la virtud sirvieron de guia al organizarla : claro es pues que solo los ejemplos de la antigüedad que hemos citado pudieron inducir al duque Felipe á adoptar el Vellocino de oro.

Para aspirar á la posesion de esta gracia, y para saber llevarla dignamente, era necesario estar adornado de infinitas virtudes y tales glorias como á muy pocos les es dado contar; así es que solo se admitieron á esta honra treinta caballeros de los mas escogidos de la monarquía, los cuales juraron solemnemente hacerse dignos de tamaña merced.

Hasta ahora la órden del Toison era exclusivamente borgoñesa; mas por el casamiento de María, hija y heredera del duque de Borgoña Cárlos el Atrevido, y nieta de Felipe el Bueno, pasó, con el ducado de Borgoña, la soberanía de la órden á Maximiliano de Austria, des-

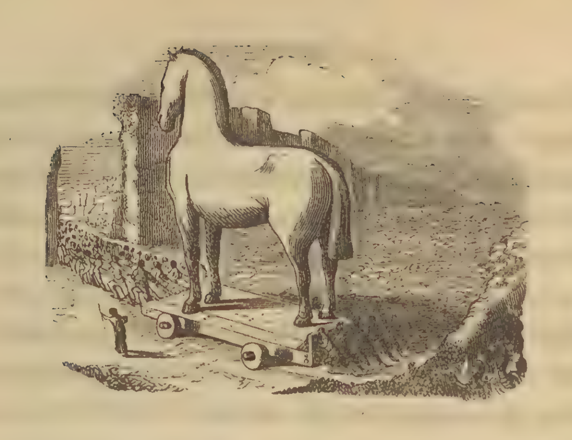
pués emperador de Alemania, cuyo hijo, Felipe el Hermoso, al contraer matrimonio con Juana, hija de los Reyes Católicos, trajo á la corona de España, con la sucesion de los estados de Flándes, la soberanía del Toison, que desde entonces conservan los monarcas españoles.

Casi todos las príncipes y soberanos de Europa han deseado y obtenido con júbilo la posesion del Vellocino de oro. Los emperadores de Alemania, los reyes de Inglaterra, Francia, Portugal, Hungría, Bohemia, Nápoles, Sicilia, Polonia, Dinamarca y Escocia, y los príncipes soberanos de Alemania é Italia han mirado como el mejor floron de sus timbres el diploma de tan noble caballería.

Pocos eran los vellocinos creados para tanto número de caballeros como se hacian acreedores á su adquisicion; así es que el rey Cárlos I, deseando premiar el esfuerzo valeroso de algunos caudillos que se habian distinguido en las guerras religiosas, acrecentó el número de los toisones hasta cincuenta y uno, que son los que en el dia se conservan.

Hoy ya, que los títulos y distinciones suelen significarlo todo menos hidalguía y merecimientos; hoy, que las condecoraciones é insignias han llegado á ser patrimonio de cualquiera; hoy, que se miran con enojoso desden las mas preciadas y enaltecidas divisas de nuestros antepasados; hoy, en fin, que la donacion de los escudos se ha separado tanto del objeto á que sus instituidores los dedicaban; hoy todavía es el Vellocino de oro la primera y mas apetecida de las condecoraciones.

Pero no va ya unida á su posesion la idea de las conquistas y de las glorias; no se concede por servicios prestados en defensa de la religion y de la patria, ni menos su recepcion va acompañada de aquellas grandes solemnidades que la historia nos ha trasmitido, y de las que ni aun se conservan los magníficos ropajes de otro tiempo: hoy el Toison de Oro se concede por gracia especial del Soberano, y se ciñe á los hombros sobre las solapas de un sencillo frac negro.



CABALLO DE TROYA.

(Historia poética de Grecia.)

Al padre de la poesía, al que mereció que siete ciudades de Grecia se disputasen su cuna, al autor del poema heróico-cómico *Batracomomaquia, ó batalla de las comadrejas y los ratones*; á Homero, en fin, en su *Iliada*, y á Virgilio en su *Eneida*, debemos las noticias referentes al famoso caballo de Troya.

Troya, ciudad célebre del Asia menor, estaba situada sobre las márgenes del rio Scamandro, en la parte de la Frigia que guarda el Helesponto. Laomedon, su penúltimo rey, habíala cercado de tan fuertes murallas, y échola construir tales diques ó antemurales para la defensa de las olas, que unas y otros se atribuian á Apolo y á Neptuno, como si la divinidad, y no la mano de los hombres, pudiera solo haber dado cima á tan prodigiosa obra. Estas murallas y estos diques hacian de la ciudad una

plaza inexpugnable, si bien no tanto que impidiera asaltarla á un miserable caballo de madera. Veamos cómo..

Páris, llamado tambien Alejandro, era hijo de Príamo, último rey de Troya. Mientras Hécuba, su madre, le llevaba en su seno soñó frecuentemente que estaba dando vida á un ser destinado á causar la ruina de su patria: los adivinos justificaban asimismo este pronóstico, y Príamo, temiendo sus fatales consecuencias, apenas nacido Páris, lo entregó á uno de sus esclavos para que le diera muerte; pero Hécuba, aunque troyana, era tambien madre, y no viendo entre el fruto de su amor y el asesino de Troya mas que á su hijo, logró sustraerle á la venganza de sus verdugos, y le confió á unos pastores del monte Ida. No tardó mucho el jóven en revelar el orígen de su nacimiento, pues su belleza, su talento y habilidad fueron creciendo tan prodigiosamente, que la ninfa Oenona, presa de amores por el pastorcillo, admitió sus caricias y se hizo llamar su esposa.

Páris no era en la apariencia mas que un simple pastor; pero Júpiter, que conocia su noble cuna y agudísimo ingenio, le eligió por árbitro de las diferencias suscitadas entre Juno, Minerva y Vénus, con motivo de la manzana de oro arrojada por la Discordia en las bodas de Tétis y Peleo, y sobre la cual se habia grabado esta inscripcion: *Á la mas bella.* Páris adjudicó la manzana de la discordia á la diosa Vénus, y secundado por esta, pasó á Lacedemonia con el fin de conquistar el corazon de Helena, esposa del monarca Menelao.

Conocido de todos es el rapto de Helena, que tanto y

tan justamente exasperó la cólera del rey de Lacedemonia: indignado este por la afrenta que acababa de inferirle un príncipe troyano, convocó en su ayuda á los principales jefes de la Grecia, y seguido de un numeroso ejército, salvó las distancias y se adelantó á poner sitio á Troya.

Comun opinion era entre griegos y troyanos la de que Troya no podia ser destruida sin que se cumpliesen ciertas fatalidades. La primera de todas consistia en que concurriesen al asalto de la ciudad los descendientes de Eaco; y con efecto, entre los griegos se hallaba Aquíles, nieto de este príncipe. Era menester, en segundo lugar, que se empleasen las flechas de Hércules: Filocteto las poseia. Hacíase necesario asimismo robar el Paladium ó estatua de Palas que los troyanos guardaban cuidadosamente en el templo de Minerva: Diomédes y Ulíses encontraron el modo de penetrar de noche en la ciudadela y sustraer esta preciosa prenda á la vigilancia de los troyanos. Debia impedirse, en cuarto lugar, que los caballos de Rhesos, rey de Tracia, bebiesen las aguas del rio Scamandro: Ulíses y Diomédes sorprendieron al Príncipe en un campo cerca de la ciudad, y después de haberle dado muerte, se apoderaron de sus caballos. Era necesario tambien hacer morir á Troilo, hijo de Príamo, y destruir la tumba del rey Laomedon: Aquíles mató al jóven Príncipe, y los troyanos mismos derribaron el cenotafio de Laomedon al romper las murallas para el objeto que verémos después. Por último, la sexta fatalidad consistia en que Telefo, hijo de Hércules, se hallase en las filas de los

griegos; y aunque Telefo pertenecia á los troyanos, después de un combate sangriento se pasó al partido de los sitiadores.

Cumplidas así todas las fatalidades, aun duró diez años la sangrienta lucha. En tal espacio de tiempo el heroismo de los griegos se estrellaba siempre contra los fuertes muros que con bizarro ahinco defendian los troyanos. Ni los esfuerzos de los príncipes ni la proteccion de los dioses hacian fructuosos los incesantes ataques que se dirigian á la ciudad. Cansados los griegos de tan largo sitio, y desesperando de alcanzar su propósito, acudieron á una estratagema á la finalizacion del décimo año. La astucia podia ser mas fecunda que las armas.

En efecto, inspirados por la diosa Pálas, construyeron un enorme caballo, gigantesco como una montaña, cuya armazon se componia de tablas de abeto tan primorosamente ensambladas, que parecia hecho de una sola pieza. Esparcieron en seguida la noticia por el campo vecino de que el caballo era una ofrenda consagrada por su devocion á Pálas con el fin de que les concediera una retirada honrosa. Escogen los mas valientes y aguerridos soldados del ejército, les proveen de municiones de guerra y boca, y les encierran en el inmenso vientre del caballo.

Este coloso, émulo del de Ródas, apostado bajo los muros de la ciudad, hizo concebir á los troyanos la idea del mas rico botin que jamás pudieron imaginarse. Piden los sitiadores llevarle al templo de Minerva, y como las puertas de la ciudad no eran bastantes á dar paso á aquel

monstruo, convienen los sitiados en romper las muralla hasta donde fuera necesario para el logro de la empresa. Pero ¡oh debilidades humanas! aquellos guerreros que por espacio de diez años habian permanecido alerta cuando sus muros eran inexpugnables, se entregan al descanso y al reposo la noche misma en que los griegos se hallaban en medio de la ciudad. Favorecido por la soledad y el silencio, el traidor Sinon, que conocia el secreto del caballo, apenas llegada la media noche, abre el vientre del animal y da paso á los guerreros, que con la celeridad del rayo difunden el terror y la matanza en la ndefensa Troya; penetra por la muralla el resto del ejército; sitiados y sitiadores confunden sus armas con sus gritos; ignórase por momentos quiénes son los que atacan y quiénes los que deben defenderse, en términos de que los mismos troyanos se sacrifican á impulso del desórden; y desalentados y abatidos por la fuerza y número de sus contrarios, perecen todos en medio de la mas espantosa y hórrida carnicería, entre el estruendo de los edificios desplomados y de las destruidas murallas, que el furor del enemigo asola por do quiera. De tan poderosa ciudad y tantos y tan grandes guerreros solo quedaron un hombre y una piedra. Enéas, único que se libró de la muerte ó la esclavitud, fuése á Italia, protegido por Vénus, su madre, en donde fundó una ciudad que fué la cuna de Roma: de la poblacion solo se conservó un monton de escombros donde poder grabar una inscripcion que dijese: *Aquí fué Troya.*

Tal fué la importancia del célebre caballo.



PERRO DE MONTARGIS.

(*Tradicion francesa.*)

I.

El caballero Macario, arquero de los guardias del rey Cárlos V, era un buen oficial, que no sin justicia habia alcanzado el puesto preferente en que se encontraba; pero si bravo y decidido en el combate, no por esto se hallaba exento de una falta gravísima, que mas tarde ó mas temprano habia de ser la causa de su perdicion y su deshonra. Macario era envidioso, y estaba, por consiguiente, muy expuesto á ser criminal.

Nadie habia para el arquero que mereciese los títulos y honores que á él no se concedian; ninguno era digno de conquistar la gloria que él no hubiera logrado; á nadie podia elogiarse en su presencia sin que se hiriese al punto su amor propio; y á tal extremo llegaba la susceptibilidad ó el egoismo de aquel hombre, que sus

mismos compañeros resolvian comunmente las cuestiones mas absurdas en su favor, á trueque de evitar conflictos que hubieran terminado seguramente de una manera lamentable.

Muchos eran los jóvenes cuya elevacion y méritos causaban celos á Macario; pero ninguno de entre todos merecia una predileccion mas señalada por parte de las iras del arquero, que el oficial de caballería Aubrí de Montdidier, gala y honor de los ejércitos franceses. Cada paso que Aubrí adelantaba en su carrera, cada distincion que recibia en premio de sus servicios, cada elogio que le tributaban sus desinteresados y entusiastas amigos, era un nuevo dardo que venia á clavarse directamente sobre el envidioso corazon de Macario. Y este, no pudiéndose dar razon del miserable instinto que le llevaba á aborrecer de muerte á aquel jóven tan delicado, tan noble, tan inofensivo, habia llegado á persuadirse de que cuanto adquiria Montdidier para sí, era á costa de la prosperidad y el engrandecimiento de su rival. Si Aubrí alcanzaba un nuevo empleo, se lo habia usurpado á Macario; si Aubrí peleaba con valor y obtenia un triunfo lisonjero, aquel triunfo y sus consecuencias debian haberle pertenecido á él. Digámoslo todo : Aubrí de Montdidier y el arquero Macario no cabian juntos en la tierra. Tal era la opinion de este ultimo.

Una mañana que varios oficiales se hallaban entretenidos en una partida de pelota, trabáronse acaloradamente de palabras algunos de ellos, con grave riesgo de faltar á las consideraciones y preceptos de la amis-

tad. La causa de todo era que un oficial de caballería demostraba en el juego mas agilidad y tino que ningun otro, lo cual no queria consentirlo, ni mucho menos confesarlo, un arquero de los guardias del Rey. Los oficiales en aquella ocasion no cedieron, como de costumbre, ante tan ridículo propósito; sino que, desaprobando, por el contrario, la conducta del arquero, dieron unánimemente la razon al jóven oficial de caballería. El rencor y la cólera del que se juzgaba ofendido estallaron entonces desaforadamente. Jamás se habia visto reprochado de una manera tan decisiva. Su falta de razon, su debilidad y las amonestaciones de sus amigos le humillaron en términos de desesperarle. La disputa concluyó sin otras consecuencias.

Aquel mismo dia el hábil y diestro jugador de pelota recibia verbalmente del Rey las gracias mas expresivas por el buen desempeño de una comision importante del servicio.

II.

Poco tiempo después un gallardo jinete atravesaba el bosque de Bondi. Descuidado y alegre, llevaba en una mano el casco, que se habia quitado por el excesivo calor, y con la otra jugueteaba haciendo señas á un hermoso lebrel, que brincaba gozoso á uno y otro lado, corriendo delante del caballo, y ladrando cual si persi-

guiese una lejana pieza de caza. De repente el perro quedó inmóbil, como si en la espesura de las malezas hubiera descubierto un gamo ó un macho montés. Aubrí de Montidier, pues no era otro el caballero, detuvo su alazan, y con la mirada fija esperó ver partir al noble lebrel. Pero de pronto este corrió hácia su amo, que observaba con sorpresa todos sus movimientos sin recelar el peligro, cuando, saliendo un hombre de detrás de un árbol, se lanzó sobre Montdidier, hiriéndole traidoramente en un costado antes de que el caballero pudiera apercibirse de la presencia del asesino. Al sentirse herido Aubrí se revolvió contra su agresor, poniendo mano á sus armas para defenderse; mas una nueva estocada le atravesó el pecho. Vaciló un momento sobre el caballo y vino á tierra: estaba muerto. Hubo entonces entre el asesino y el perro una lucha desesperada; lucha en la que el pobre animal fué vencido cien veces, y de la cual sucumbió al fin. Creyéndolo muerto, el asesino arrojó al lebrel en un foso inmediato, y para borrar las huellas de su crímen cavó una sepultura al pié de un álamo y enterró á su víctima. El caballo huyó, sin que se supiera su paradero.

Entre tanto el perro, que solo estaba aturdido por los golpes, volvió en sí; pero el criminal habia desaparecido. El fiel animal, no viendo el cuerpo de su dueño, lanzaba tristes aullidos, hasta que su instinto lo llevó al sitio donde el cadáver estaba enterrado. Recostóse en la sepultura, y los ecos del bosque repitieron sus lúgubres lamentos.

Una mañana, acosado por el hambre y la sed, abandonó aquel refugio de su fidelidad, y de una sola carrera llegó á Paris y á la casa de un amigo de Montdidier. Allí sus dolorosos ecos parecian anunciar la pérdida que acababa de sufrir. Mas su lenguaje no era comprendido. Le dieron de comer, sació su hambre, y comenzó de nuevo á ladrar con tristeza. ¡Vanos esfuerzos! Corria hasta la puerta y miraba á ver si lo seguian; volvia una vez y otra, tirando de la ropa á los que le habian dado pan: todo inútil. Entonces el fiel animal huyó de la casa y fué á recostarse en la tumba de su amo.

Siguió así yendo y viniendo, obligado del hambre, y siempre con las mismas demostraciones de dolor, cuando ya la desaparicion de Aubrí empezaba á parecer extraña. Un dia, admirados de aquella singularidad, siguieron al perro; entraron en el bosque, y de repente el animal, dejando el camino, fué á echarse en un sitio donde la tierra estaba recientemente removida. Se agitó convulsivamente; después escarvó el suelo con ardor, aullando en tono plañidero, y al fin descubrió un cadáver: era el cadáver de Aubrí de Montdidier. Las dos heridas que se le descubrian no dejaban duda del modo como habia sido muerto. Se habia cometido un crímen; ¿dónde estaba el criminal? ¿quién era? Hé aquí lo que ni aun siquiera se sospechaba. Los amigos de Aubrí hicieron las mas eficaces pesquisas; mas, como todas fueron inútiles, confiaron su venganza á la Justicia divina, que no deja impune ningun delito ni permite que esté oculto por largo tiempo.

III.

Al infortunado Montdidier se le dió honrosa sepultura, y el perro fué recogido por uno de los parientes de su amo; al cual seguia á todas partes. Un dia la casualidad, ó mas bien, esa distribucion de justicia y de acontecimientos que tienen siempre suspenso el castigo sobre la cabeza del criminal, hizo qué el lebrel descubriera al asesino de su amo en un grupo de arqueros. Verlo, tirarse á él, saltarle con rabia á la garganta, fué cosa de un momento para el noble animal. En vano se le rechazaba, volvia al ataque, queria morder á aquel hombre, que tuvo que huir para librarse de tan furiosas embestidas. Desde entonces hubo entre el hombre y el perro una guerra sin tregua ni piedad. Cada vez que se encontraban, el lebrel le acometia con nuevo encarnizamiento. Estas acometidas multiplicadas, esta persistencia frenética en un animal que era la misma dulzura, despertaron algunas sospechas.

« El caballero Macario, — dijeron, — no era muy apasionado de Aubrí de Montdidier; muchas veces ha expresado su encono y su envidia contra él. Cuando Aubrí desapareció, el caballero estuvo ausente; á su vuelta parecia turbado, y sus vestidos, en desórden, estaban rasgados por algunas partes. No seria extraño que Macario fuese el matador de Aubrí.»

Estos rumores llegaron á los oidos del Rey, quien, in-

formado de la persecucion tenaz y sangrienta que el arquero sufria por parte del perro, quiso presenciar una de aquellas escenas de rabia y de lucha. Llamó al caballero Macario y le hizo colocarse en medio de un grupo de cortesanos; después mandó sacar al lebrel. Apenas salió el animal, cuando, guiado por su instinto, sin titubear, y como si confiara en la proteccion del Monarca, arremetió al asesino con mas ferocidad que nunca, y ladrando dolorosamente, parecia pedirle al Príncipe justicia y venganza.

—¡Ved una cosa extraña y admirable!—exclamó el Rey.—Acercáos, caballero Macario.

Arrodillóse el caballero delante de Cárlos V, y este, haciéndole señal de que se levantase, prosiguió:

—Caballero, se os acusa de haber muerto traidoramente á uno de mis oficiales, dueño de este perro. Responded.

—¡Mentira y calumnia!—gritó Macario.

—¿Cómo explicar el encarnizamiento de ese animal contra vos?

—Señor, un dia tuve una disputa con su amo; el perro quiso morderme, yo le pegué: desde entonces me avanza siempre que me encuentra.

—¡Esta persistencia es singular! ¿Dónde os hallabais cuando la desaparicion de Aubrí? ¿Por qué á vuestra vuelta pareciais turbado? Por qué estaban desgarrados vuestros vestidos?

—Señor, no recuerdo ninguna de estas circunstancias; mas pongo á Dios por testigo de mi inocencia.

—Caballero, os acusan; ¿negais quizá vuestro crímen por miedo á la deshonra y á la muerte?... Poneis á Dios por testigo de vuestra inocencia... ¡Pues bien! Sea: el cielo decidirá. Entre vos, que negais el crímen, y el perro, que parece elevar á mí su querella, quiero que haya un combate singular. Será un *juicio de Dios*.

IV.

A la sazon estaba en uso una ley bárbara; ley por la cual todo acusado de un delito debia probar su inocencia combatiendo en el palenque con su acusador. Esta costumbre nació en aquellos tiempos de fe ardiente, porque no se creia que el cielo consintiera en la impunidad de ningun crímen; ¡como si Dios no tuviera terribles castigos para el culpable que se sustrae á la justicia de los hombres!

Los combates eran judicialmente concertados y precedidos de lúgubres ceremonias. El vencido estaba advertido de su suerte. Atado por los pies, arrastrabánlo fuera de la liza y lo colgaban en una horca; esta sentencia se ejecutaba lo mismo en el muerto que en el moribundo.

Vino el dia en que el caballero Macario debia probar la falsedad de la acusacion. El palenque se estableció en la isla de Nuestra Señora, que era entonces un terreno inculto y deshabitado. El Rey asistió con su corte.

Tomaron plaza los jueces del campo, y aparecieron los dos adversarios.

Macario salió provisto de un grueso palo de nogal en forma de maza; el perro iba cubierto á modo de armadura con un tonel agujereado convenientemente, para que le dejase libres los extremos. Dióse la señal; soltóse al lebrel, y este, apenas divisó á su enemigo, desasiéndose de aquella enfadosa coraza, corre, se arroja á él, le ataca, avanza y retrocede, burla los golpes, gira al rededor, le amenaza por los flancos, de frente, por la espalda; lo acosa, lo fatiga en fin, y saltándole al cuello, da en tierra con el caballero, que grita:

—¡Gracia, gracia!

El Rey mandó retirar al perro; hiciéronlo así los guardas del campo, y á otra órden del Monarca se le acercaron los jueces.

Allí el caballero Macario confesó haber dado alevoso fin á Aubrí de Montdidier, sin mas testigo de su crímen que aquel perro, por el cual se reconocia vencido.

Hecha la confesion, cumplióse la sentencia, y poco después un hombre se agitaba en el aire, pendiente de una horca.

Acaeció lo que acabamos de referir el año 1371, segun asegura Montfaucon, en su *Teatro de amor y caballería*; Julio Scalígero, en su libro contra Gardan, y otros muchos escritores.

Alguno de ellos afirma que, asombrado el rey Cárlos V del arrojo y fidelidad de aquel perro, mandó erigir á su memoria un monumento cerca del lugar de la

catástrofe, y que en él se grabó una inscripcion latina con estas equivalentes palabras :

CIEGOS MORTALES QUE VIOLAIS
LAS LEYES MAS SANTAS, EL BRUTO MISMO
OS ENSEÑA Á SER RECONOCIDOS. TEMED
HASTA VUESTRA SOMBRA CUANDO
QUERAIS HACER ALGUN MAL.

La memoria del perro mereció tambien ser trasmitida á la posteridad por una pintura al fresco, de la cual se conservan aun algunos vestigios sobre la chimenea del gran salon del castillo de Montargis. El lugar donde se halla depositado este recuerdo, ha sido causa de que al lebrel de Aubrí de Montdidier se le llame el Perro de Montargis.



TORO DE FALARIS.

(Historia primitiva de Sicilia.)

Así como Tiberio ofrecia la mitad de sus bienes al que le proporcionase un goce desconocido, de la misma manera el déspota Falaris ofrecia la mitad de su vida al que le proporcionase un nuevo tormento con que hacer padecer á sus súbditos.

Falaris, tirano de Agrigento (en la isla de Sicilia), era cretense de orígen. Su madre, segun refiere Ciceron, tuvo un sueño cuando le llevaba en el vientre, por el cual se le anunciaba que su hijo seria cruel; pero la que habia sido capaz de concebir aquel monstruo no tuvo el valor bastante, como otras mujeres de la antigüedad, para ahogarle al tiempo de nacer. Falaris creció, y contra la voluntad del pueblo y la de los valientes y poderosos, ocupó el trono y supo conservarse en él por

espacio de diez y seis años, segun unos, y de treinta, segun otros. (566 antes de J. C.)

Durante la dominacion de este rey cruel no hubo tormento que no se ensayara, ni suplicio que dejase de ponerse en práctica para castigar el mas leve defecto, ó á veces, sin que este existiera, por satisfacer su capricho únicamente. Una mirada, un ademan, un gesto del tirano, bastaban para que los verdugos ejerciesen su oficio contra la persona mas humilde é inofensiva. Pero ya se iban gastando y como envejeciendo todas las maneras de hacer sufrir á las criaturas, cuando se presentó á Falaris un hombre extraño y original, poseedor de una inapreciable máquina de muerte.

Périlo, hábil mecánico de Sicilia, habia construido un magnífico toro de bronce, dentro del cual se amoldaba perfectamente el cuerpo de una víctima, la que, privada de movimiento, de defensa, y hasta de voz, exhalaba el último suspiro débil y paulatinamente, merced á un fuego lento que se colocaba entre las extremidades del animal. ¿Podría darse tormento mas horrible?...

Falaris recibió con gran júbilo la obra maestra del artista, y aseguró á este su eterno y bien ostensible agradecimiento. Mas ¿cómo ensayar aquel nuevo prodigio? Casualmente no habia en esta ocasion ni acusado á quien hacer sufrir, ni persona alguna con cuya muerte pudiera deleitarse el tirano. Su impaciencia, sin embargo, no daba espera: hizo una señal, y al punto sus pajes se apoderaron del escultor y le hicieron entrar en el vientre del toro; encendióse la hoguera, y

Falaris se recostó en su lecho para observar tranquilamente los efectos de la experiencia.

Solo un penetrante bramido, que asemejaba completamente al del toro, se escapó de la portentosa máquina durante las horas del espectáculo. Enfriado ya el cuerpo del bruto, Falaris abrió por sí mismo la caja, y, ¡cosa prodigiosa para el tirano! apenas quedaba de Périlo otra señal que una cascarilla delgada adherida al interior del toro. ¡Ni aun habia que limpiarle despues de practicada la operacion!

Desde aquel dia comenzó á funcionar la máquina con exclusion de todo otro suplicio: ninguno habia que reuniera mas ventajas para los verdugos, mas padecimiento para las víctimas, y menos molestias é incomodidades para el Rey. El toro de Falaris diezmaba la poblacion de Agrigento, y aun amenazaba devorar á todos los habitantes de Sicilia. Trabajaba de un modo tan seguro, y conservaba de tal manera sus fuerzas y su brio despues de las campañas, que el tirano tuvo envidia del toro, y á ser posible hubieran trocado sus destinos.

¿Quién podia atajar ya en aquella ocasion los sanguinarios instintos del déspota? Solo la Providencia. Sí, la Providencia, que no permite que se prolonguen los padecimientos humanos mas allá de lo natural y justo; la Providencia, que por la sublevacion de los pueblos esclavos dispone el castigo de los reyes crueles é implacables.

Los súbditos del soberano de Agrigento se levanta-

ron en masa contra su verdugo, y después de una lucha tan desesperada como heróica lograron rendir sus guardias y apoderarse á viva fuerza de su persona. Falaris estaba preso; pero ¿qué castigo podia aplicársele en desagravio de tantos crímines? ¿Qué sufrimientos hubieran bastado para dejar vengada tanta sangre inocente? Ninguno fué el primero en indicarlo: todos á una voz pronunciaron la justísima sentencia, y todos, cada cual por su parte, contribuyeron á ejecutarla. Falaris fué encerrado en el toro; los verdugos pusieron fuego á la hoguera, y todo el pueblo de Sicilia asistió alborozado al achicharramiento del monstruo. Después el toro fué arrojado al mar. La humanidad estaba vengada.

Infinitas personas perecieron dentro del espantoso toro de Falaris; pero si se recorre la lista de ellas, se reconocerá un fenómeno notable: la primera de todas fué el inventor del horrible suplicio; la última, el que lo habia adoptado y héchole funcionar tan despiadadamente. He ahí la mano de la Providencia.



AGUILA DE JUPITER.

(*Mitología fabulosa.*)

De todos los puntos del radiante empíreo habia acudido el glorioso cortejo de los dioses. Atravesando los etéreos espacios, llegaron por la via Láctea para celebrar el aniversario de la derrota de los titanes. Veíanse reunidas, en la corte del poderoso señor del trueno, las divinidades que habitan las heladas regiones del Artico y las que residen en el austro abrasador; las que presiden el nacimiento de la aurora y las que ven extinguirse la llama del ocaso. Vénus habia abandonado las cimas de Idalia, y Neptuno su palacio de nácar y cristal, situado en las profundidades del húmedo elemento. Colocados en el órden designado por el poder supremo, y sobre sillas de esmeraldas y rubíes, los inmortales saboreaban el néctar y la ambrosía, que en una copa de oro les servia la deslumbradora Hebe,

diosa de la juventud y la hermosura, é hija de Júpiter y Juno. Sobre un elevado trono sembrado de estrellas é incrustado de oro y pedrería estaba Júpiter, majestuoso y sublime, como Padre omnipotente de dioses y de hombres. Empuñaba su mano derecha un cetro de diamante; resplandecia en su frente una corona hecha de una piedra desconocida, sacada de las oscuras grutas del Atlántico, y al rededor de su cabeza radiaba una esplendente aureola. El dios del olimpo presidia el banquete; una música deliciosa llenaba las bóvedas sonoras de la morada divina, y mientras duró el festin el gracioso coro de las musas encantó á los convidados con sus acentos armoniosos. Caliope, con la frente ceñida por una corona de inmarcesible laurel, cantaba en versos heróicos el combate de Júpiter con los soberbios hijos de la Tierra; Euterpe y Polimnia, al son de dulces instrumentos, celebraban en meliodosos ditirambos el triunfo del Señor de los dioses. De repente apareció Mercurio con su cadúceo en la mano: habia recogido en la tierra los homenajes de los mortales, y venia á depositarlos á los piés de Júpiter. Alzó la voz y dijo:

—¡Oh Padre, ante quien se prosterna la creacion! yo he cumplido tus órdenes. Por donde quiera la sangre de los hecatombes humea sobre tus altares. Los templos de Dodone, de Ammon y de Trofonio retiemblan con los himnos entonados en tu honor; los humildes mortales invocan tu nombre, humillándose delante de tus estatuas; las cabras, los toros blancos con los cuernos dorados, las ovejas de espeso vellon negro, como

víctimas consagradas á tu culto, caen á millares bajo el cuchillo del sacrificador; el incienso perfuma tu santuario, llenando las bóvedas adornadas con ramas de encina y laurel. El mundo te adora, ¡oh Júpiter!... Pero no: la ciudad á quien la sabia y prudente Minerva ha dado su nombre, Aténas, olvidando tu poderío y tus beneficios, abandona tu culto, y en su locura, dirige sus homenajes y sus votos á un simple mortal, al que proclama Dios.

Un gran rumor interrumpió á Mercurio; las divinidades del olimpo se agitaron en tumulto: Marte, arrojando hácia atrás el broquel que pendia á su costado, hizo temblar la mansion celestial á un golpe de su lanza poderosa; Neptuno asió el tridente; Vulcano, levantándose se dispuso á volver á sus fraguas de Límnos, para forjar nuevos rayos con los cíclopes; Minerva tomó su egida, preparándose á castigar al pueblo que antes protegia. Júpiter impuso silencio con una mirada, y frunciendo las cejas, espantó á la reunion, que, turbada y vacilante, parecia pronta á huir.

—¿Cuál es el nombre,—gritó con pujante voz,—del mortal cuya audacia pretende los honores de la divinidad?

—Perifas,—respondió Mercurio,—el rey que gobierna á los atenienses.

Ya Júpiter alzaba el rayo en su diestra; ya el fuego vengador iba á herir al desgraciado Perifas, cuando el dios del dia, el luminoso Apolo, se levantó á su vez. En su frente estaba retratada la serenidad; flotaba á su espalda su luenga cabellera; adelantóse, dejando tras

sí un rastro de luz, y llegando al pié del trono de Júpiter, dijo:

—¡Oh tú, Señor de lo visible y lo invisible! ¡Tú, que de una sola mirada puedes volver el universo al cáos! ¡Padre omnipotente de cuanto existe, templa un instante los ardores de tu ira; oye la voz de tu hijo! Por todas partes reina la injusticia sobre la tierra; los pueblos gimen en la esclavitud. Hombres infames, encubiertos con el título y el aparato de reyes, oprimen á sus súbditos bajo el peso de la tiranía; durante mi destierro he sido testigo de los crímenes, las venganzas y la mala fe de los príncipes. Uno solo hay justo, uno solo hay clemente, uno solo hay bueno. Para él sus vasallos son hijos á quienes ama como un padre; solo el delincuente le teme. No le conozco un solo vicio que manche sus virtudes. No pasa un dia sin que haga un beneficio. Este mortal es Perifas. No extrañes pues que los habitantes de Aténas le consagren un reconocimiento sin límites, y que en la efusion de sus corazones le consideren como dios. Ellos han creido ¡oh potente Señor del mundo! que tú mismo, tomando forma humana, habias descendido á la tierra. Adorando á su rey creen adorarte á tí; en el frontispicio del templo han inscrito tu nombre; los honores divinos que allí se rinden son á *Júpiter conservador*. Ya lo ves: á sus ojos Perifas es Júpiter; y si Perifas acepta sus adoraciones y sus votos, es para llevarlos hasta tí y depositarlos á los piés de la estatua de oro que te ha levantado y ante la cual se prosterna. Si él se creyera un dios, no se humillaria delante de tí. En este momento

el pueblo entero se apiña en el templo, donde Perifas está sentado en un trono de marfil. Oh tú, Dios de justicia y de clemencia; tú, que solo castigas á los culpables y á los que ultraján tu majestad suprema, abandona un instánte el olimpo, envuélvete en una nube, y permitiéndome que te acompañe, descendamos hasta la tierra donde reina ese justo monarca.

Calló Apolo. Apaciguóse la cólera de los dioses. Las palabras del dios del dia disiparon la tormenta que rugia en la frente de Júpiter. Este quiso convencerse de la verdad de lo que habia oido, tomó una nube, y envuelto en aquel manto trasparente, se dirigió con Apolo hácia el Pireo.

Los sacerdotes, cubiertos de largas túnicas flotantes, adornada la cabeza con cintas y coronas de encina y largos velos sembrados de estrellas de oro, precedian á una muchedumbre inmensa, que llenaba los aires con sus aclamaciones á Perifas y á *Júpiter conservador*. Los dos dioses se mezclaron con la multitud. Llegaron delante de un templo magnífico, rodeado de columnas de bellísimo mármol de Páros; estas columnas sustentaban una bóveda vestida de requísimos tapices; las puertas, de bronce macizo embutidas de láminas de oro, tenian admirables esculturas que representaban las divinidades del olimpo, precedidas por el glorioso hijo de Saturno y de Rhea (Júpiter). Veíase tambien á este dios lanzando sus rayos al monstruo Tifeo, al que aterra y confunde en el monte Etna; mas lejos estaba representado mandando al Océano salir de sus riberas, inundar la tierra y cu-

brir las mas altas montañas; exterminar, en fin, la raza ingrata, soberbia, impía, que habitaba en la tierra después de la guerra con los gigantes, y que mas de una vez habíales ayudado en sus rebeldes alzamientos contra los dioses. Emblemas ingeniosos recordaban la hospitalidad recompensada de Filemon y Baucis, el suplicio de Ixion y el orgulloso Prometeo; Minerva produciendo el primer olivo, símbolo de la paz; Neptuno hiriendo la tierra con el tridente y haciendo brotar de ella un fogoso caballo; el viejo Cáos huyendo ante la voluntad suprema y creadora del Autor de todas las cosas; y por último, Júpiter admitiendo á su mesa y concediendo la inmortalidad á los héroes que mas se habian distinguido en la tierra por sus hazañas ó sus virtudes.

Las puertas del templo se abrieron, y el rey Perifas se adelantó con paso lento y majestuoso. El mismo Júpiter admiró su aspecto grave, bañado de una dignidad sobrehumana. Apolo sonrióse al ver la admiracion del Padre de los dioses. Perifas se habia sentado en un trono de marfil; todos sus súbditos se prosternaron delante de él; corrió la sangre de las víctimas y se quemaron los mas delicados perfumes.

La envidia dominó el corazon de Júpiter, y ya iba á precipitar en los abismos del negro Cocito á aquel mortal, que solo habia cometido el crímen de ser demasiado perfecto; cuando Perifas se levantó é hizo seña que queria hablar. Reinó un profundo silencio.

—Cesad, cesad, hijos mios,—exclamó,—de tributarme honores divinos que no me pertenecen! Yo no soy

mas que un mortal como vosotros. Persistir mas tiempo en vuestras adoraciones seria atraer sobre mí la cólera de los dioses. Esos votos, esos homenajes, esas súplicas que me dirigis, venid conmigo á depositarlas á los piés de la imágen de Aquel que desde el principio de los siglos nos gobierna con admirable sabiduría, recompensando á los buenos y castigando á los malvados.

Diciendo esto, descorrió un velo que ocultaba el santuario á los ojos de los profanos, y descubrió la estatua de oro de Júpiter. Sobrecogidos de un santo respeto, todos pegaron los rostros á la tierra y adoraron. Súbito resonó un espantoso trueno. Iluminó el templo un resplandor divino. Perifas desapareció; y una voz que parecia salir de una nube habló así á los espantados atenienses:

— «¡Pueblo, vuelve en tí! Querias hacer de Perifas un dios; tus deseos se cumplen: yo le doy la inmortalidad.»

Un segundo trueno estremeció las columnas, conmoviendo el templo hasta los cimientos; despues la bóveda se entreabrió.

Júpiter y Apolo, disipando la nube que les ocultaba, ascendian majestuosamente hácia el olimpo. Un águila les seguia: era Perifas.

Desde aquel dia viósela continuamente al lado de Júpiter, para indicar que el poder y la bondad no deben abandonarse jamás.

Cuando Hebe perdió el privilegio de servir el néctar á los dioses, Júpiter encargó al águila que arrebatara al bello Ganimédes estando de caza en el monte Ida, á fin de que le sirviera de escanciador.

Representan al ave divina llevando en las garras un haz de rayos, siempre pronta á presentarlos á Júpiter, que está sentado en un trono de oro, al pié del cual hay dos copas que derraman el bien y el mal. Los romanos la adoptaron como emblema de la fuerza y del valor, y colocaron su imágen en el remate de las banderas. Las águilas romanas extendian sus alas por encima de estas cuatro letras, *S. P. Q. R.*, trazadas en los estandartes, y que eran la abreviatura de esta leyenda: *Senatus Populus Que Romanus*. Así la nacion romana habíase puesto bajo el amparo del mas interno confidente de Júpiter. Este era para el pueblo rey el símbolo de la victoria, el objeto de una veneracion profunda, y su pérdida no solo era considerada como una deshonra, sino como una calamidad.



CABALLOS DE LA BARAJA.

(*Oros, Copas, Espadas y Bastos.*)

En medio de nuestra ilustrada sociedad, á la vista de las autoridades y de los gobiernos, con escándalo de las gentes honradas, y para solaz y satisfaccion de los vagos y truhanes, existe hoy, como existia en otro tiempo, una tropa de bandidos perfectamente organizada, que ejerce por do quiera sus malas artes con la mas espantosa y cínica impunidad. En la plaza pública como en el hogar privado, en el palacio como en la choza, en la corte como en la aldea, en todas partes se presenta armada con sus armas, y pronta á ejercer la rapiña, sin que obstáculos ni diques humanos le intercepten el camino del crímen. Para esta tropa no hay leyes en las *Partidas*, ni artículos en los códigos, ni reglas en las ordenanzas, ni prevenciones en los reglamentos. Ella tala, destroza y saquea, no de otro modo que si la des-

truccion fuera uno de los mas espontáneos é imprescindibles deberes de la humanidad. Esta tropa no tiene ejército que la persiga, ni autoridad que la vigile, ni corchete que la atrape, ni ciudadano pacífico que la denuncie. Y no es que se limite á apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su legítimo dueño, lo cual seria ya bastante reprensible y digno de castigo; sino que, avanzando á mas en sus instintos de perturbacion y ruina, introduce la guerra en el seno de las familias mas dichosas, conturba el corazon del mas morigerado de los hombres, ahuyenta la virtud del alma en donde mas arraigada se sostenia, y conduce precipitada é irremisiblemente á todos los desórdenes, á todos los vicios y á todas las maldades. Ella, después de apoderarse de los intereses materiales que mas necesarios son al hombre, quiere tambien hacerse dueña de su parte moral, y roba, al par del oro, el respeto del hijo para con el padre, el amor del esposo para con la esposa, la generosidad del rico para con el pobre, el desinterés del amigo para con su amigo. Esta tropa inmoral, corruptora, cínica, impudente y malvada, que se introduce en todas las sociedades, que se pone á las órdenes de todas las personas, y que, escudada á veces, ya con el traje de la dama, ya con el manto de los reyes, ya con la armadura del caballero, todo lo invade, y lo trastorna todo; esa tropa, decimos, circula libremente por todas partes, dividida en innumerables grupos de á cuarenta y ocho bandidos, entre los cuales figuran tambien cuatro caballos muy célebres: el de Oros, el de Copas, el de Espadas y el de Bastos.

La antigüedad de los naipes se remonta á épocas fabulosas. Ya en tiempo de los egipcios se conocian las cartas como medio de juego y diversion; pero las extrañas figuras que contenian, y los fines mágicos y cabalísticos á que se destinaban, hicieron que su uso se tuviese en siglos posteriores por endemoniado y misterioso, en términos de que, á mas de disgustar á las personas sensatas y decentes, era universalmente prohibido por los mandatarios. La baraja egipcia no se conservó pues á través de los tiempos en el modo y forma con que existia; y casi puede decirse que se extinguió del todo, en razon á que no ha llegado á nuestros dias relacion alguna de su forma, emblemas y explicaciones. En vista de estos datos, no tememos en afirmar que la baraja, tal como se conoce al presente, es una invencion completamente nueva y original; invencion que reconoce tambien fecha muy remota, y que á pesar de cuanto en diversas ocasiones se ha querido exponer acerca de su orígen, no queda ya duda en que es única y exclusivamente española.

Nicolás Pepin, allá por los años de 1330, inventó la baraja de naipes del modo, forma, valor y nomenclatura que hoy la atribuimos. Cinco siglos de fecha no han sido bastantes á alterar en un ápice los caractéres de este libro descuadernado. Difundidos con pasmosa celeridad los pormenores del invento, se propagó rápidamente la baraja por el territorio español, y saltando sus límites, se derramó por Francia, Italia y Alemania, sin otro intervalo que el necesario para salvar materialmen-

te las distancias. En solo dos años era la baraja de naipes conocida y patrocinada en toda Europa.

La primera combinacion que se hizo de sus piezas fué para ordenar el juego llamado del *hombre;* el mismo que después de diversas modificaciones, se apellidó de *espada y basto*, y que en la actualidad, modificado tambien, conocemos con el nombre de *tresillo*. El agradable entretenimiento que proporcionaba este juego, lo variado y divertido de sus lances, el interés creciente que ofrecia, los esfuerzos de imaginacion á que daba lugar, y sobre todo, el irresistible atractivo que ejercia sobre cuantos llegaban á conocer su marcha, hicieron que la baraja se generalizase con la celeridad del rayo, merced á la influencia del nuevo juego, que bien pronto y con cortas variantes se hizo el pasatiempo universal. Desde entonces acá no ha descendido el tresillo del alto puesto en que su indisputable mérito le colocó; pues, á pesar de los infinitos juegos que se han inventado con posterioridad, muchos de los cuales pretendieron rivalizar con él, el tresillo (dicho sea con perdon de los apasionados del ajedrez) ha conservado el título de *rey de los juegos*. Pero volvamos á los naipes.

La baraja de naipes es, históricamente hablando, un remedo exacto de los antiguos torneos. Dividida en cuatro grupos ó bandos, cada uno de ellos no tiene otro ejercicio que el de combatir encarnizadamente con sus enemigos. A la cabeza de cada seccion se encuentra el caballero ó jefe de la banda, quien solo reconoce por superior al rey, y que, acompañado siempre de la da-

ma, preside y ordena su correspondiente comitiva, alistada por el órden de su valor y número.

Los colores ó divisas de estos bandos tenian tambien su significacion análoga y manifiesta. Los de la *espada*, primer distintivo del guerrero; los del *basto*, baston ó maza empleada asimismo en los combates; los de la *copa*, como señal del festin que sucede al triunfo; y por último, los del *oro*, emblema de los presentes y agasajos propios del triunfador. El nombre de naipes denota ya por sí solo la verdadera alegoría de las cartas: tomada esa palabra de la oriental *nap*, que significa lo mismo que mantenedor, dice lo bastante para caracterizar el ardor belicoso de los cuarenta y ocho guerrilleros. Todas las otras voces que tradicionalmente se conservan en el juego de naipes, explican de la misma manera el fin y objeto á que las cartas se dedican. Los *arrastres*, que constituyen las jugadas mas fuertes en cualquiera partida, son sinónimo de matadores, ó como si dijéramos asaltos certeros en contra de la vida del enemigo; las cartas de mas valor, y por consiguiente de mas fuerza y pujanza en los momentos decisivos, se llaman *mates;* y las de aquel bando que se designa anteriormente como el superior á los otros, y que en todas circunstancias les han de vencer con solo presentarse, se denominan *triunfos*. Pero, ¿qué decimos? Vale mas asomarse á presenciar uno de los espectáculos de naipes, que en él, mejor que en otra explicacion científica podrémos encontrar el parecido.

Establécese el palenque cerrado en donde han de

probar sus fuerzas los gladiadores. Los jueces del campo, representados entonces por la ley, respétanse en todas ocasiones, como el fiel medidor de la justicia que á cada uno de los interesados pueda caberle. Salen á campaña los competidores revueltos y barajados, no de otra manera que si fuesen los mas firmes é inseparables amigos; salúdanse cortesmente al divisarse; todos ignoran quiénes serán vencidos y cuáles resultarán vencedores; quiénes llevarán la palma del triunfo, ó cuáles habrán de limitarse á hacer la contra al adversario comun. Las circunstancias ó la suerte deciden de este albur, y previos los preliminares de ordenanza, comiénzase la lucha, si lenta y paulatina en un principio, enredándose luego paso á paso á medida que mas baza pretende meter alguno de los competidores. A la gritería y algazara propias de todo espectáculo que principia, sucede bien pronto el silencio y la indecision peculiares del interés creciente; agítanse mas tarde los bandos, segun que la campaña toma nueva fuerza, ó que los golpes amenazan mas violentos y mortíferos; empéñase la lucha después, cruel y sanguinaria, á la vista de los grupos, que doblan la hoja bajo el peso de las armas rivales; y por último, la exaltacion y la vehemencia llegan al extremo de que se crea imposible el vaticinar, ni aun por la mas leve muestra, de parte de quién ha de ponerse la victoria. Estos momentos de duda y de zozobra hacen que los contendientes adquieran nuevos brios é imaginen nuevas estrategias con que llegar á vencer á sus contrarios; prodúcese un último y poderoso esfuerzo,

hasta que al fin viene á quedar la arena por el mas sagaz ó mas afortunado. Entonces resuenan los aplausos de la concurrencia; vencedores y vencidos vuelven á confundirse como antes, disputando aun por medio de la razon lo que tienen ya decidido la ley y la justicia. En el semblante de los primeros se retrata la satisfaccion, reprimida apenas por las quejas y sollozos de los que padecen, mientras que estos procuran en vano hacer desaparecer de sus rostros el despecho, la ira ó la vergüenza; la multitud, por último, apostrofa con sarcasmo á los que sucumbieron, y los jueces del campo adjudican el premio al vencedor.

Tal es el juego de naipes: tal era un torneo en el siglo XIV, en que aquellos se inventaron.

De lo dicho se infiere que el Caballo juega en toda la liza un papel muy principal. El es el jefe, mantenedor y vida del torneo; él dirige los bandos, colocado á la cabeza de su falange respectiva; él ocupa en todas ocasiones los principales y mas arriesgados puestos; él, en fin, puede decirse que sirvió de núcleo y como de norma á la primitiva idea de las cartas y á sus posteriores y múltiples aplicaciones: solo el respeto tradicional é hidalgo que merece el Monarca, pudo hacerle ocupar un segundo término en la colocacion de las figuras. Poco habrá que esforzarse, en vista de lo expuesto, para persuadirse de que el Caballo era real y verdaderamente el primero de los naipes ó mantenedores.

Pero ¿qué ha venido á ser con el tiempo de toda aquella grandeza y poderío que representaban por do quiera

los cuarenta y ocho? ¿A qué ha venido á reducirse su importancia y su nombre? ¿Dónde se hallan su antigua significacion y los recuerdos de su noble alcurnia? ¡Prostitucion! ¡Escándalo! Hé aquí en lo que se han convertido los caballeros hidalgos de otros dias.

Ya desde su advenimiento á la escena pública comenzó á distraerse la baraja del primordial objeto á que se destinaba, el cual nunca debió ser otro que la deleitacion y goces del ingenio; ya servia de conducto para adquirir ó perder grandes caudales por medio de combinaciones tan ingeniosas como halagüeñas, y ya se presentian los perniciosos efectos de su propagacion, cuando en el mismo siglo en que aparecieron se instituyó por Alfonso el Onceno, rey á la sazon en Castilla, una órden de caballería, titulada de la *Banda*, cuyos elegidos juraban, al aceptar la insignia, no mezclarse ni contribuir de modo alguno en juego ó pasatiempo por medio de los naipes. Posteriormente los gobiernos y soberanos de otros países prohibieron asimismo el uso de las cartas, no faltando hombres previsores, como en Provenza, que tratando de hacerlas odiosas por medio del escarnio, apellidaban á las sotas *Tuchin*, nombre que se daba en aquella época á una raza de ladrones horriblemente célebre en el país, y para cuya exterminacion tuvieron que predicar los papas una cruzada.

Tambien se han alzado posteriormente cruzadas para exterminio, no solo de las sotas, sino de los caballos, los reyes y su comitiva; pero todo ha sido inútil en los países y tiempos en que se ha intentado. La baraja vive

tan en auge hoy como hace cinco siglos. En lo que ha diferenciado mucho es en la significacion de sus emblemas. Ya sabemos lo que querian decir en otro tiempo las espadas, los bastos, las copas y los oros : valor, arrojo, satisfaccion y premio. La espada era el distintivo del caballero, el basto demostraba los brios del gladiador, en la copa iba envuelta la idea del goce moderado, y con el oro se significaba el premio de la constancia ó de la suerte. Hoy subsisten en pié las mismas divisas; pero ya no las reconoceria Nicolás Pepin si se alzara de entre el polvo de quinientos años que maciza su tumba. Hoy el oro, la copa, basto y espada quieren decir rapiña, desenfreno, traicion y asesinato. La espada de entonces se ha convertido en estoque, el oro en avaricia, la copa en embriaguez y el basto en alevosía.

No es pues extraño que los hombres de corazon y nobleza palidezcan y tiemblen, sin poder reprimir su emocion, al escuchar la frase de *¡Ahí va!* que es el distintivo con que el rey Cárlos VI de Francia señaló en un momento de entusiasmo al caballo de Copas.



FENIX.

(Ave fabulosa del Egipto.)

Corpulenta y airosa como el águila, con las plumas del cuello de oro y carmesí, la cabeza revestida de un vistoso penacho, la cola blanca y los ojos relucientes como el *lucero del alba*, tal representan los egipcios el ave Fénix.

Después de haber vivido de quinientos á seiscientos años en los ardientes oasis de la Arabia, viene á espirar al Egipto para renacer de sus cenizas en Heliópolis, en el templo del Sol, y en el mismo altar donde se tributa holocausto á esta deidad creadora y vivificante. Tan luego como el Fénix ve aproximarse su fin, construye una pira de incienso, canela y casia aromática, en la que, expuesta á los rayos del refulgente astro, se reduce á impalpable y odorífero polvo, cumpliendo así con la ley del destino impuesta á toda la humanidad.

Cual de una fea y centípeda oruga sale la crisálida para trasformarse en voluble mariposa, así de las cenizas del Fénix nace un gusano rojo, del que aparece otro fénix. El primer cuidado del recien nacido es rendir los honores de la sepultura á los inanimados restos de su madre. Al efecto construye con mirra un ataud en forma de huevo, el cual coloca cuidadosamente en su espalda para conducirle y depositarle en las aras del Sol.

Las tradiciones asirias refieren que el Fénix se deja ver poco, y juzgan su vista por un favorable presagio. Efectivamente, la historia de los tiempos llamados por los cronólogos fabulosos y heróicos, solo enumera en sus anales cuatro apariciones del ave Fénix: la primera reinando el gran Sesostris en Egipto, la segunda hácia la época de Amasis, la tercera bajo el gobierno de Ptolomeo, y la cuarta imperando Tiberio I, sucesor de Augusto y predecesor de Calígula. San Gregorio el Teólogo, mas conocido por Nacianceno, y San Ambrosio, autor del *Te-Deum* y de la liturgia ambrosiana de Milan, han embellecido sus tropos con la fábula del Fénix, para enaltecer el gran principio del juicio final.

El *Edda*, ó biblia de los escandinavos, trae una descripcion parecida á la del Fénix, si bien con ella trata de explicar satisfactoriamente el curso del sol, por el cual este astro renace para unos en el instante que espira para otros. Segun los suecos, el ave solo vive trescientos dias, al cabo de los cuales, acompañada de multitud de otras aves de paso, dirige su vuelo á las incultas regiones del Africa central para renacer y tornar de

nuevo al septentrion. Esta fábula no ha podido ser inventada sino por los pueblos glaciales, pues los del sur disfrutan diariamente de la presencia del astro, en tanto que los próximos al polo la gozan durante cierta parte del año, viéndole alejarse después insensiblemente.

El ave Fénix, tan popular por su nombre, aunque muy poco conocida por su significacion, simboliza en la ciencia cuatro grandes principios: en mitología el amor materno, en teología la resurreccion de la carne, en metafísica la inmortalidad del alma, y la revolucion solar en astronomía.

Cuando apenas nacida se dirige al templo de Heliópolis á dar honrosa sepultura á los restos de su madre, pertenece completamente á los mitólogos; cuando renace de sus propias cenizas y torna al estado primitivo sin auxilio de nadie, y como por sola su virtud y poder, sirve de emblema á los propagadores de la ciencia de Dios, revelando el principio del juicio final; cuando persiste con movimiento, vida y sensaciones aun después de la muerte de la materia, es para los metafísicos símbolo del alma inmortal; cuando, por último, aparece y desaparece de tiempo en tiempo con reglas fijas é invariables, y es presagio de felices sucesos, y hermosa de forma y de colores, y relucen sus ojos como luceros, y emprende un largo viaje, del que vuelve después igual é imperecedera, entonces es el mas completo emblema con que los astrólogos pudieran significar el majestuoso, constante y halagüeño curso del astro del dia.



GANSOS DEL CAPITOLIO.

(Historia romana.)

Capitaneados los galos por el famoso Breno, dejaron las riberas del Sena (380 años antes de J. C.), y como un torrente furioso y desbordado inundaron la Italia, talando y saqueando cuanto hallaban á su paso. Un ejército de cuarenta mil romanos salió al encuentro de los bárbaros; dióse la batalla, y nunca las valerosas legiones del pueblo rey sufrieron derrota mas completa. Los fugitivos se desbandaron por todas partes, y los pocos que llegaron á Roma sembraron el desórden y la consternacion en términos de que, en vez de aparejarse los moradores de la ciudad para su defensa, dejaron por espacio de tres dias las puertas abiertas, sin que nadie pensara en cerrarlas, y sin que Breno se atreviese tampoco á traspasar sus umbrales, temiendo una celada estratégica.

Semejante indecision dió tiempo á los romanos para salvar á sus mujeres, sus hijos y lo que tenian de mas precioso, enviándolos á las ciudades vecinas; después encerraron en el Capitolio la flor de la juventud, y los hombres esforzados, provistos de armas y víveres, se dispusieron á la resistencia mas desesperada.

Breno se decidió á entrar; pero sus soldados penetraron con desconfianza por aquellas calles desiertas. Ochenta ancianos, patricios venerables, no quisieron huir, y aguardaron la muerte con ánimo sereno. Revestidos con las insignias de sus dignidades, sentáronse en la plaza en sus sillas de marfil, y esperaron tranquilamente al enemigo. Breno contempló á aquellos barones con respetuosa admiracion. Su aspecto sosegado, su intrepidez, sus magníficas vestiduras, les hacian aparecer como dioses á los ojos de los bárbaros. Suspensos largo tiempo, no osaron acercarse á ellos. Al fin uno de los soldados atrevióse á pasar su mano por la barba de Marco Papirio, el cual indignado de tamaña osadía, golpeó al atrevido galo con su baston de marfil, y esta leve reyerta fué la señal de la matanza: los ochenta patricios murieron degollados.

Apoderado de la ciudad, todos los esfuerzos de Breno se dirigieron desde luego contra la fortaleza que fieramente se le resistia. Asaltóla una y otra vez con encarnizamiento; pero viendo que siempre era rechazado, resolvió tomarla por sorpresa. Una noche oscura y silenciosa Breno se acercó cautelosamente hasta el pié de los muros del Capitolio. Los preparativos del escala-

miento se hicieron con el mayor sigilo, y el éxito parecia seguro, cuando de repente los Gansos consagrados á Juno, y que estaban en el templo, graznaron alborotadamente, alarmando á los centinelas. Manlio fué el primero en despertarse : vuela al peligro y sorprende á un galo colgado del borde de la muralla, que escalaba ; empújale violentamente y le precipita desde lo alto. El bárbaro arrastró en su caida á los que venian detrás, y Breno, que en este último revés vió perdida su última esperanza, se vió forzado á levantar el sitio.

Salvóse el imperio.

Cuando el dictador Camilo, llamado de su destierro, batió á los galos, derrotando su ejército, diéronse recompensas y castigos, segun el comportamiento de cada cual durante la ocupacion de Roma. Manlio, por haber sido el primero en despertarse á los graznidos de los Gansos, obtuvo una morada en la fortaleza y recibió el sobrenombre de *Capitolino* : los Gansos se proclamaron sagrados, y durante tres dias fueron paseados sobre unas angarillas ricamente ataviadas ; en una palabra, participaron del triunfo de Camilo y de Manlio. No fué esto todo : mandóse que en memoria de su vigilancia hubiera siempre en el Capitolio un cierto número de gansos sostenidos á expensas del pueblo. Cuando los censores entraban á ejercer su cargo, su primera obligacion era la de cuidar de la subsistencia de aquellos animales.

La supersticion llegó hasta ofrecer sacrificios á los Gansos como dioses tutelares ; todos los años se lleva-

ban en procesion en una litera lujosamente adornada. Esta ceremonia se practicaba todavía en los tiempos de Nerba y Trajano el año 116 de la era vulgar; lo que quiere decir que la procesion de los Gansos del Capitolio se celebró constantemente en Roma entre las aclamaciones y entusiasmo del pueblo, por espacio de mas de cinco siglos.



CORDERO PASCUAL.

(*Escritura Sagrada.*)

El que haya tenido la desgracia, que tal puede llamarse, de visitar inadvertidamente alguno de esos establecimientos en donde cada dia se inmolan multitud de animales, cuyos cuerpos sirven para saciar el instinto carnívoro del hombre; el que haya presenciado una de esas escenas en las que sayones medio desnudos y de siniestra faz, con sus ropas y cuerpo ensangrentados, su actitud amenazadora, su mirada agresiva y sus descompuestos ademanes, vocean, persiguen y maltratan á las reses mas inofensivas, hasta hacerlas encolerizar y embestir, en cuyo punto las amarran y rinden para hundir después en su garganta la afilada cuchilla, bañarse en su sangre, desollarlas, partirlas y expenderlas en cambio de un mezquino salario; el que haya visto esto, decimos, y meditado profundamente sobre tan in-

humano y bárbaro proceder, sin duda alguna experimentará una penosa sensacion de disgusto al recordar los pormenores de ese atroz sacrificio, que solo la costumbre ha podido hacernos mirar con indiferencia, y aun á las veces con salvaje placer. Pero de todas las mortificaciones que sufre el alma al contemplar el espectáculo que describimos, ninguna tan sensible, ninguna tan intensa y viva como la que produce el sacrificio del cordero en esos inmundos lugares destinados á la lidia y la matanza. Allí el inocente animal penetra, rodeado de sus hermanos, no de otra manera que si asaltase el prado mas fértil y nutrido de yerba; detiénese á la voz de su conductor, déjase asir y volcar sobre la losa sin oponer la mas leve resistencia, permanece inmóbil mientras le amarran bruscamente tres de sus endebles brazuelos; y cuando la planta de su verdugo se fija fuertemente contra su pecho, y su pequeña cabeza se siente oprimida por la nervuda mano del carnicero, y su garganta dilacerada por el cortante cuchillo, entonces lanza apenas un lastimero quejido, que se pierde entre los sarcasmos y maldiciones del verdugo, ó alarga la manecilla que le ha quedado libre, como en demanda de compasion, ó entreabre fatigosamente la boca y lame con suavidad aquella mano que le oprime, le destroza y le mata. Tal es la mansedumbre, tal la humildad, tal la pureza del animal llamado á todas voces *el inocente*.

Pues bien; cuando el Hijo de Dios se propuso librar al hombre de la ominosa esclavitud que debia arrastrar

eternamente bajo el yugo del pecado, estableció la ley antigua ó de Moisés, con su templo, su altar, sus ceremonias y sacrificios. Las víctimas que se inmolasen debian ser animales mundos ó limpios, entre los cuales se comprendian todos aquellos que tenian un solo órden de dentadura y la pezuña hendida y abierta, tales como las palomas, tórtolas, becerros, bueyes, chivos y corderos; los que eran ofrecidos en holocausto, y aceptados por el Omnipotente, en justa confirmacion de su mandato supremo. La justicia divina exigia efusion de sangre, y de sangre inocente, aunque solo por un tiempo limitado, y hasta que llegase el dia del cruento sacrificio que habia de consumar la obra, dejando competentemente garantidos los derechos de la humanidad.

Entre todos los animales limpios no hubo ninguno mas grato y aceptable á los ojos de Dios que el cordero; así es que Moisés, por inspiracion divina, ordenó que cada familia inmolase un cordero macho (palabras de la Escritura) de un año y sin mancha, y estableció en este sacrificio la primera de las festividades israelitas, conocida por la Pascua. De aquí el nombre de Cordero Pascual.

El Cordero Pascual no era otra cosa que la imágen del mismo Dios-Hombre: su mansedumbre, la mansedumbre del Hijo del Verbo; su sacrificio, el sacrificio de Jesus. Aquella sangre inocente, derramada por órden de Moisés, era el presagio de la sangre inocente que habia de derramarse en la eminencia del Gólgota. Y sucedió como estaba escrito. Los sacrificios cesaron cuando la

mayor de las víctimas fué á ofrecerse á su eterno Padre, segun la prediccion de los profetas; cuando Jesucristo se presentó, y sin abrir su boca, ni lamentarse, ni tomar armas, ni usar de su derecho, marchó á ser inmolado en una cruz con la misma humildad que el cordero se entrega á la cuchilla del sacrificador. ¿Comprendeis ahora la semejanza?

El Hijo de Dios penetró en la casa de los que, llamándose sus jueces, habian de convertirse en sus verdugos, no de otro modo que si pisara los umbrales de su divina gloria; confesó sencilla y claramente su supuesto crímen; dejóse denostar y maldecir, sin despegar los labios en su defensa; soportó con santa impasibilidad las ligaduras y los golpes de los sayones; y cuando la férrea mano del verdugo enclavaba sus miembros en un madero, y cuando los tiros de la lanza dilaceraban sus carnes, y cuando brotaba de su frente la preciosa sangre á impulsos de las punzantes espinas, entonces exhala apenas un suspiro, que es en memoria de su afligida Madre, ó atrae al seno de los justos al hombre endurecido que padece á su lado, ó eleva las manos al cielo demandando compasion y gracia para los que tan bárbaramente le oprimen, en aquellas santas y sublimes palabras: *Perdonadlos, Señor; que no saben lo que se hacen.*

Hé ahí la semejanza entre ambos sacrificios; hé ahí la humildad, la mansedumbre, la pureza del Cordero inmaculado; hé ahí por qué el Dios de las alturas ordenaba el derramamiento de la sangre inocente; hé ahí por qué Moisés ofrecia el sacrificio del cordero como el

mas aceptable y grato á los ojos del Criador; hé ahí por qué el Bautista, cuando predicaba en el desierto y vió venir á su Maestro, dijo: «Mirad el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo;» hé ahí, en fin, por qué la imágen de Jesucristo está representada en el Cordero Pascual.



LEON DE ANDROCLES.

(*Tradicion romana.*)

I.

Las vastas provincias del imperio romano estaban gobernadas por procónsules nombrados por el Senado y que gozaban de una autoridad casi ilimitada. Administraban justicia, tenian el derecho de vida y muerte, mandaban el ejército que guarnecia la provincia, y á semejanza de los césares, marchaban precedidos siempre por los lictores.

Uno de estos procónsules, gobernador del Africa, hombre duro y feroz, tenia entre sus esclavos uno llamado Androcles, á quien trataba á cada momento del modo mas injusto y bárbaro. Este infeliz fué en una ocasion condenado á tormento por una ligerísima falta; y como debia sufrir el castigo al dia siguiente de la sentencia, resolvió sustraerse á él por medio de la fuga.

Protegido por las sombras de la noche, puso en práctica su proyecto; burló la vigilancia de los guardias y se franqueó las puertas de la ciudad. Una vez en el campo, el miedo le prestó alas, y corrió sin descansar hasta que los ardores del sol le obligaron á buscar un asilo. Se encontraba en los arenales del desierto, en medio de una soledad espantosa; volvió á todas partes sus anhelantes ojos, descubrió una caverna profunda y tenebrosa, y pareciéndole refugio seguro, se ocultó en ella; pero apenas habia entrado, cuando vió que se le acercaba un leon de extraordinaria magnitud. Androcles creyó su muerte cierta. El antro retemblaba con los horrorosos rugidos del leon, que andaba con dificultad, sintiéndose dolorosamente de una pata que brotaba una sangre negruzca. El pobre fugitivo quedó inmóbil y pálido como la muerte. Pero ¡cuál fué su sorpresa cuando vió al animal acercársele con dulzura y enseñarle la pata herida, mirándolo con un aire que parecia implorar piedad! Algo repuesto Androcles, le alzó la pata, examinóla, y descubrió una gruesa espina clavada entre las garras. Se la arrancó, estrujando la llaga y haciendo salir la sangre corrompida, y ya completamente tranquilizado, limpiósela cuidadosamente. Entonces, aliviado el leon de los horribles tormentos que sufriera, puso su pata entre las manos de Androcles, recostó la cabeza en sus rodillas y se durmió dulcemente. Al despertarse alzó la cabeza hácia su bienhechor, levantóse, lamióle las manos y dejó oir un ligero rugido; pero era un rugido con el que manifestaba su reconocimiento. Algu-

nos instantes después se alejó de la caverna; mas su ausencia no fué muy larga: al poco tiempo volvió trayendo en la boca una presa, que depositó á los piés de Androcles, invitándole á tomar parte en el banquete.

Desde aquel dia reinó la mas grande intimidad entre el hombre y el leon, viviendo tres años juntos en la caverna. El animal era el encargado de la provision de víveres, y llevaba á su compañero los mejores despojos de las presas que devoraba, los cuales tostaba Androcles exponiéndolos á los ardientes rayos del sol. Pero la sociedad del leon y aquel género de vida cansaron al fugitivo, quien trató de ponerles término. Un dia mientras que el animal estaba de caza, Androcles abandonó la caverna y se internó en los arenales; divisó un bosque y se refugió en su espesura. Allí vivió alimentándose de frutas silvestres, y bien pronto comenzó á sentir el abandono de su primer retiro. Continuamente escuchaba los aullidos de los animales salvajes, sin que su amigo estuviera con él para defenderle. Subido en lo mas alto de los árboles para salvar su vida, apenas se atrevia á bajar para proveer á su sustento. ¡Oh, cómo echaba de menos su tenebrosa morada y la sociedad protectora del generoso y reconocido animal que el cielo le habia dado por compañero! ¡Ay, cuánto lloraba aquel solitario refugio donde sus dias pasaban tranquilos, sin temer el doloroso aguijon del hambre! Un dia que pálido y descarnado, se ocupaba en recoger algunas frutas, oyó de repente un ruido extraordinario á través de la espesura; volvió la turbada vista, y un tigre atra-

vesado por una flecha vino á caer á sus piés. Androcles, helado por el terror, contemplaba las últimas convulsiones del fiero animal, cuando se halló rodeado por una turba de soldados. ¡Eran romanos y pertenecian á la guardia del Procónsul! Al punto fué reconocido, amarrado y conducido como un criminal al palacio de su señor.

Este exclamó al verle:

— ¡Esclavo, has querido escapar del castigo que te habia impuesto mi justicia; un suplicio mas rigoroso te espera! ¡Soldados! cargadle de cadenas y conducidle á Roma. Yo le condeno á las fieras del Circo.

II.

El pueblo romano, ese pueblo tan pomposamente llamado el pueblo rey, llegó bajo el despotismo de los emperadores á tal punto de abyeccion y envilecimiento, que olvidando sus pasadas glorias, solo arrojaba un grito: *Pan y fiestas*. ¿Qué le importaba su libertad hollada, la vida de los mas ilustres ciudadanos juguete de los caprichos del déspota? Tenia los combates de los gladiadores y las fieras, y esto le bastaba. Mientras que la sangre regara la arena del Circo, estaba contento y aplaudia estrepitosamente.

El Circo habia sido construido por Tarquino el viejo, quinto rey de Roma, y posteriormente fué adornado y embellecido en diferentes épocas. Estaba situado entre

los montes Palatino y Aventino; su forma era ovalada; tenia seiscientos metros de longitud y ciento veinte pasos de anchura. Su recinto estaba rodeado de asientos llamados *fori* ó *spectacula*, colocados en forma de gradería. Los senadores y caballeros tenian sus asientos privilegiados. Asegúrase que el circo romano era capaz de contener trescientos ochenta mil espectadores. Tenia una milla de circúito, y rodeábalo un foso de diez piés de profundidad y un pórtico con tres órdenes de elevados arcos, hechos por Julio César.

Habia en este soberbio edificio diferentes puertas que permitian al pueblo entrar y salir sin confusion. En un extremo estaban las aberturas (*ostia*) por donde salian los carros, los caballos ó las bestias feroces. A la entrada dos pequeñas estatuas de Mercurio tenian en la mano una cadena ó cuerda que servia de meta en las carreras de caballos. El extremo opuesto, de forma semicircular, mostraba tres balcones ó galerias abiertas, una en medio y dos á los lados. La destinada al Emperador elevábase como un tribunal, y coronábala un dosel en figura de pabellon. El lugar designado á las vestales distinguíase con otro pabellon igual. El suelo donde luchaban los gladiadores y las fieras estaba cubierto de menuda arena. Calígula lo embaldosó con piedras de bermellon soldadas con oro, y después Heliogábalo añadióle limaduras de plata. El Circo estaba adornado con obeliscos y columnas de mármol, representando figuras jeroglíficas: el emperador Claudio doró la mayor parte de las columnas y obeliscos. Al rededor de la arena

una muralla, coronada por una balaustrada (*podium*) y reforzada por un parapeto, aseguraba á los espectadores de los asaltos de las bestias feroces; además rodeábala una reja de hierro.

Tenian cojines los asientos de los senadores y caballeros, y por todo el anfiteatro tubos ocultos derramaban perfumes sobre la muchedumbre. Las galerías estaban adornadas con imágenes de dioses y despojos de los enemigos vencidos. En fin, cuando llovia ó el calor era excesivo tendíanse lienzos que resguardaran á los espectadores: al efecto habíanse practicado agujeros en la muralla exterior y en ellos habia largas pértigas á las que se ataba aquella especie de toldo.

Los hombres que combatian con las bestias feroces llamábanse bestiarios. Los unos eran condenados judicialmente: suplicio impuesto con frecuencia á los primeros cristianos; los otros abrazaban aquella profesion, ya por un instinto de ferocidad natural, ya por el interés de un salario mezquino. Si los espectadores querian salvar alguna de las víctimas, cerraban el pulgar; si querian que muriese, lo extendian.

Vino un dia en que el pueblo iba á gozar el espectáculo de un combate de fieras preparado con el mas suntuoso aparato; las bestias y las víctimas eran numerosas, la fiesta podia durar todo el dia y toda la noche. Siguiendo la costumbre, ya se habian llevado en procesion sobre andas y carros las estatuas de los dioses, rodeadas de un inmenso séquito, del que formaban parte los gladiadores, los bestiarios y los músicos. El Emperador, los

cónsules y los sacerdotes habian celebrado los sagrados ritos, y Roma entera se apretaba en el Circo. El Emperador ocupó el trono, y la trompeta dió la señal. Empezaron los combates de los gladiadores: apenas estos salieron, invadió la arena una turba de animales rugiendo, sedientos de sangre, monstruos horribles, de magnitud y ferocidad espantosas. Salieron leones de prodigiosa corpulencia, pero uno solo atrajo todas las miradas: su enorme talla, sus vigorosos miembros, sus robustos músculos, su crin erizada y flotante, sus rugidos roncos y terribles, estremecieron la apiñada multitud. Abrióse una puerta, y los infelices condenados á disputar su vida á la rabia de las fieras salieron á la arena; á cada uno de ellos dióseles una espada y dos dardos. La lucha comenzó. Pronto se vieron volar los girones de carne, y una lluvia de sangre mojó á los espectadores mas cercanos. Solo uno de los bestiarios vivia aun; medio muerto de espanto, tendido en la arena y cerrados los ojos, aguardaba ser despedazado por los monstruos que rugian á su alrededor. El pueblo, que ansiaba la lucha, y que allí veia la muerte sufrida y paciente, se puso furioso y gritó: *¡A la cruz, á la cruz!* De repente el leon de que ya hemos hablado divisó al esclavo, avanzó lentamente hácia él, arrugando los pliegues de su larga faz y barriendo la tierra con su cola; luego dió un salto prodigioso y fué á caer al lado del hombre; y cuando la muchedumbre esperaba ver al leon despedazar á su víctima, quedóse atónita de sorpresa y admiracion. ¡Oh prodigio! El terrible animal ha depuesto su ferocidad; acércase al es-

clavo con un aire dulce, ruge de alegría, y agita la cola de una manera sumisa, como el perro que acaricia á su dueño; oprime blandamente el cuerpo casi inanimado del miserable bestiario, y lame con ternura sus piés y sus manos. El condenado se reanima, entreabre sus moribundos ojos, y sus miradas hallan las del leon. ¡Vierais allí al hombre y al animal dar las mas vivas pruebas de alegría, como si volvieran á encontrarse después de una larga ausencia!

A este espectáculo Roma entera lanzó un solo grito: *¡Gracia!* El Emperador se levantó y dobló su dedo pulgar; el esclavo estaba salvado. Aquel esclavo era Androcles, aquel leon era al que habia curado la herida y vivido con él tres años. Retiráronse las fieras de la arena, y el César hizo venir á Androcles:

— ¿Por qué, — le dijo, — tú solo has sido respetado por ese monstruo?

Androcles refirió su aventura, repitiósela palabra por palabra al pueblo, que pasando por una de esas transiciones tan comunes á las masas, de la extrema crueldad á la clemencia extrema, pidió la libertad de Androcles; era poco la vida. Los senadores y los caballeros le arrojaron monedas de oro y plata, las mujeres sus coronas de flores, y el Emperador le regaló el leon.

Algun tiempo después veíase á Androcles, llevando á su libertador atado con una endeble correa, atravesar las calles y plazas de Roma, recogiendo los dones del pueblo, que exclamaba:

—¡Hé aquí al hombre que ha curado á un leon, y al leon que ha dado hospitalidad á un hombre!

Esta aventura nos ha sido trasmitida por Appion, apellidado Plistónico, que pretende haber sido testigo de ella.



CAN-CERBERO.

(*Trabajos de Hércules.*)

I.

Antes de exponer la reseña histórica del animal cuyo bosquejo presentamos á la cabeza de este artículo, necesario será que hagamos una breve excursion al campo de la historia mitológica en busca de los datos mas principales de la vida de Hércules, para que su conocimiento nos facilite el de los célebres animales á que hacen referencia sus no menos célebres trabajos.

Si para conseguir este fin nos valiéramos de todos los escritos y observaciones que acerca de la vida del héroe nos han legado los sabios, es probable que no llegásemos á alcanzarlo, segun las anomalías, contradicciones y absurdos que de la comparacion de semejantes apuntes resulta. Monsieur Bouillet solo distingue un Hércules dios y otro Hércules hombre; pero Diodoro de Si-

cilia descubre tres, Ciceron hace subir su número hasta seis, Publio Terencio cuenta cuarenta y cuatro; y es posible que algun otro autor de los que no hemos consultado prolongue la lista hasta el infinito, ó que algun sabio de los mas profundos nos afirme, después de claras y patentes observaciones, que el tal Hércules no ha existido.

Para evitar pues este fracaso, que por el pronto privaria á nuestra coleccion de algunos animales célebres, nos desentenderémos de las opiniones de los sabios en la parte que tienen de contradictorias, y expondrémos únicamente aquellas noticias en que la historia mitológica se halla conforme. Advertimos que el Hércules á que hacemos referencia es el honrado por griegos y romanos, el hijo de Júpiter y de Almena, mujer de Anfitrion.

La noche en que Hércules fué concebido duró el espacio de tres; pero como el órden de los tiempos no podia alterarse, fueron mas cortas las noches sucesivas. El dia de su nacimiento se hizo oir el trueno repetidas veces en Tébas, y muchos otros prodigios anunciaron la gloria del hijo de Júpiter. Almena parió dos niños, Isiclos y Hércules. Queriendo saber Anfitrion cuál de los dos era su hijo, envió cerca de sus cunas dos formidables serpientes: Isiclos, lleno de pavor, quiso huir; mas su hermano extranguló á las serpientes con sus delicadas manos, y demostró de este modo que era digno de tener á Júpiter por padre.

Hércules creció prodigiosamente, revelando á medida que adelantaba en edad los altos fines á que habia

sido destinado. Su extraordinaria estatura, sus fuerzas colosales y la arrogancia indómita de que se hallaba poseido, le hicieron demostrar bien pronto todo lo que iba á ser con el tiempo. Muy jóven todavía manejaba perfectamente el arco y las flechas, en cuyo ejercicio le habian iniciado Radamanto y Euriso, sus preceptores. Castor le enseñó á tirar las armas, Chiron le instruyó en las ciencias médicas y astronómicas, y Lino le dió lecciones de música, aunque con notable perjuicio de su persona, pues que un dia en que reprendió á su discípulo por lo mucho que desafinaba en la ejecucion de una tocata, Hércules, enfurecido, arrojó el instrumento (especie de violin) á la cabeza de su preceptor, el cual quedó muerto en el acto.

Hércules era tan bebedor y gastrónomo como forzudo y altanero. Un dia que viajaba, hostigado del hambre, se acercó á un infeliz carretero en demanda de víveres con que saciar su apetito; mas como el pobre labrador no llevase provision alguna, Hércules desunció uno de los bueyes que iban amarrados á la carreta, y después de inmolarlo á los dioses, se lo engulló de una sola sentada. Esta voracidad canina le acompañó hasta el cielo, pues Calímaco aconsejó á Diana que adquiriese javalíes y toros, que no liebres, porque Hércules no habia perdido su apetito. En cuanto á su aficion por los líquidos, bastará decir que desocupaba del primer tiron su enorme cuba, la cual, aunque provista de muchas cántaras de vino, reponia y vaciaba casi con la misma frecuencia que facilidad.

Cuando Hércules llegó á la edad viril salió á un lugar retirado, segun refiere Jenofonte, para pensar sobre el género de vida que deberia seguir. Entonces se le aparecieron dos mujeres de grande estatura : la una, bella, de majestuoso rostro, de apacible y digno continente, revelaba en sus pudorosos ojos, en la modestia de sus acciones y en la blanca y sencilla túnica que la cubria, que era la Virtud. La otra se llamaba Molicie ó Voluptuosidad : iba magníficamente engalanada, y en sus robustos y contorneados miembros, que procuraba descubrir ; en sus libres miradas y en la color encendida de su rostro, manifestaba bien el emblema que representaba. Cada cual de las dos mujeres trató de conquistar á Hércules con sus halagos y promesas ; pero él, desentendiéndose de la Molicie, se decidió á seguir el partido del valor, que es en este caso sinónimo de virtud.

Habiendo pues abrazado Hércules por propia voluntad un género de vida duro y laborioso, fuése á presentar á Euristeo, cuyas órdenes debia obedecer, segun la suerte de su nacimiento ; y este monarca, deseoso de proporcionar al jóven guerrero la gloria de los héroes, le ordenó que se sujetase á sus mandatos por espacio de doce años, durante los cuales debia acometer las mas arduas y difíciles empresas. A esas memorables hazañas, en que figuran célebres animales, es á lo que los mitólogos han dado el nombre de *Trabajos de Hércules*.

Fueron estos en número de doce, y comprendieron las siguientes proezas: ahogar al Leon del bosque de

Nemea, concluir con la Hidra de Lerna, apresar vivo al Javalí de Erimanto, alcanzar en la carrera á la Cierva de los piés de oro, destruir las hediondas aves del lago Stinfalo, limpiar los establos de Augias, vencer al Toro de Creta, apoderarse de las Yeguas de Diómedes, apresar el Centauro de la amazona Hipólita, sustraer las Vacas de Gerion, arrancar al Cerbero de las puertas del infierno, y dar muerte al Dragon del jardin de las Hespérides.

Pero no son estas doce las únicas empresas que se atribuyen al héroe de la fábula : cada país, y casi todas las ciudades de Grecia, se disputan el honor de haber presenciado alguna de sus mas importantes hazañas. El quitó de la tierra á un sinnúmero de tiranos, libró á Prometeo del águila que le comia el hígado, alivió á Atlas del peso de los cielos, que agoviaba sus espaldas; separó los dos montes que se llamaron luego Columnas de Hércules, y después de trabajos y proezas sin cuento, combatió hasta con los mismos dioses.

Homero dice que para vengarse Hércules de las persecuciones de Juno, asestó á esta diosa una flecha de tres puntas con tal violencia, que su herida se creyó por mucho tiempo incurable. El mismo poeta añade que Pluton sufrió un flechazo en las espaldas, de cuyas resultas tuvo que acudir al cielo para que le curase el médico de los dioses.

Un dia que Hércules se incomodó con los ardores del sol, aprestó su arco contra el rey del dia ; pero el astro, admirado de aquel valor, léjos de seguir moles-

tándole, le regaló una gran cuba de oro, que después le servia de embarcacion. Por último, habiéndose presentado Hércules en los juegos olímpicos á disputar el premio, nadie osó combatir con él; hasta que el mismo Júpiter, queriendo luchar con su hijo, tomó la figura de atleta y después de un largo combate, en el que la victoria quedó indecisa, se dió á conocer tal como era, para mejor poder felicitar al héroe por su extraordinaria fuerza é incomparable valor.

Hércules tuvo muchas mujeres y gran número de queridas; su historia, sin embargo, debe quedar velada en este punto, pues que en el tiempo presente pasarian por desórdenes incalificables lo que en sus dias constituyó uno de sus mas célebres trabajos.

Tamañas empresas, sin embargo, fueron la causa de su muerte. Dejanira, una de sus mujeres propias, concibió los celos mas ardientes al tener noticia de unos nuevos amores de su marido; y queriendo vengarse de aquella accion, le envió una túnica teñida en sangre del centauro Nesos, creyendo que su uso le impediria el amar á otras mujeres; mas apenas vistió Hércules la fatal túnica, el veneno de que estaba infestada se infiltró en las venas del héroe, y penetrando hasta la médula de sus huesos, comenzó á devorarle de la manera mas cruel. Hércules, apercibido de tan negra traicion, intentó arrancar de su cuerpo aquella horrible vestidura; pero se habia adherido tan fuertemente á la piel, que á medida que la rompia se desgarraban tambien su cútis y su carne. Los gritos mas terribles y las mas es-

pantosas imprecaciones contra su pérfida esposa demostraban todo el padecimiento y la desesperacion que se habian apoderado del hijo de Júpiter. Viendo ya su cuerpo destrozado, y su fin aproximarse por momentos, construyó una hoguera en el monte Oeta, tendió sobre ella la piel del Leon de Nemea, que llevaba siempre consigo, se recostó encima, y poniendo por cabecera su enorme maza, dió órden á uno que le seguia de prender fuego á la pira: Filocteto lo ejecutó así, y en el momento un rayo que descendió de improviso lo redujo todo á cenizas. Hércules dejó de existir. Júpiter entonces le envió al cielo y quiso agregarle al colegio de los dioses; pero el héroe rehusó tan grande honra, y se contentó con el rango de semidios.

Filocteto, para reverenciar la memoria de su amigo, levantó un cenotafio en el lugar donde se habia entregado á las llamas, y bien pronto se ofrecieron en aquel lugar sacrificios y adoraciones al nuevo dios. Los tebanos y los griegos, testigos de sus mas portentosas acciones, le erigieron templos y altares; y su culto fué trasportado en poco tiempo á Roma, á las Galias y á España.

Hércules tuvo muchos templos en Roma; entre otros el que estaba inmediato al circo de los flámines, llamado *templo del grande Hércules guardian del Circo*, y el que estaba en el mercado de los bueyes, donde no entraban ni perros ni moscas, conforme lo habia solicitado Hércules del dios Miagros. Tambien en Cádiz tuvo un famoso templo, en el cual se veian las Columnas.

Un antiguo autor pinta á Hércules excesivamente

musculoso, alto, cargado de espaldas, color negruzco, nariz aguileña, hermosos ojos, barba espesa y cabellos crespos y muy enredados. En los monumentos se le representa ordinariamente bajo la forma de un hombre fuerte y robusto, la maza en las manos y armado de los despojos del Leon de Nemea.

La mas bella de todas las estatuas de Hércules que nos quedan es el Hércules Farnesio, obra maestra del arte, trabajada por el escultor ateniense Glicon. El héroe está representado en esta estatua reposando sobre su maza y revestido de la piel del Leon.

La maza de Hércules era de olivo: después de su muerte se fijó en la tierra, y segun pretenden algunos, echó raíces y se convirtió en un árbol.

Hasta aquí todo lo mas importante respecto á la vida del héroe de la antigüedad. Conocida su historia, fácil nos será ya apreciar la de los mas célebres animales que tienen relacion con sus trabajos.

II.

Uno de los mas renombrados, y acaso el primero entre los muchos que consiguió llevar á feliz término, fué la rendicion de Cerbero. Euristeo ordenó á Hércules que descendiese hasta la profundidad de los abismos, y que no tornase á su presencia sin traer amarrado al guardian del palacio de Pluton.

Sabido es de todos que al término de la laguna Estigia, y en las mismas puertas de la mansion de los réprobos, habia colocado el monarca infernal al Can-Cerbero de centinela vigilante para que favoreciese la entrada y evitase á todo trance la salida.

Cerbero, nacido del gigante Tifon y del monstruo Echidna, era un enorme perro de tres cabezas, cuyo cuerpo, en lugar de piel, estaba cubierto y erizado de serpientes. Su horrible dentadura, compuesta de negros y puntiagudos colmillos, heria de tal manera al afianzarse en los miembros de las víctimas, que penetrando hasta la médula de los huesos, causaba un dolor vivísimo, capaz por sí solo de producir instantáneamente la muerte. Acostado en una cueva á orillas de la Estigia, adonde estaba atado con ligaduras formadas de venenosos reptiles, el Can-Cerbero guardaba cuidadosamente de dia y de noche las puertas del infierno y la entrada del palacio de Pluton. Su oficio consistia en acariciar y lamer á las sombras conducidas por Caron en su barca, para hacerlas entrar sin recelo en las mansiones infernales, y en amenazar con enormes ladridos ó destrozar con los hierros de sus tres bocas á los que intentasen abandonar aquellos dominios.

Sin embargo, Cerbero, el mas poderoso, el mas dañino, el mas terrible de todos los espíritus diabólicos, fué vencido alternativamente por las gracias, por la ciencia y por el valor. Una mujer fué la primera que engañó á Cerbero, después fué burlado por un hombre, y en último término vino á ser apresado por un semidios.

La Sibila que condujo á Enéas al infierno hizo comer á su guardian de una torta amasada con miel y adormideras, á cuyo influjo se adormeció Cerbero, dejando á la ninfa en libertad de poder hacer salir después á su héroe ; Orfeo consiguió asimismo adormecer al perro por medio de los sones de su lira, dando lugar á que Eurídice se sustrajese á los tormentos del antro ; y por último, Hércules, después de haber sacado á Alcéstes de los infiernos, encadenó y venció á su vigilante en fuerza de arrojo y heroismo.

La lucha entre Hércules y Cerbero fué todo lo encarnizada y viva que de ambos campeones podia esperarse. El guardian del palacio, que no habia conseguido ahuyentar al invasor con sus roncos y atronadores ladridos, arrojóse á él con las bocas abiertas, en las que se descubrian seis filas de dientes afilados y agudos, dispuestos siempre á atormentar y deshacer con solo acercarse al cuerpo de la víctima ; por otra parte, la multitud de serpientes y dañinos reptiles que cubrian el cuerpo del monstruo preparábanse á vomitar veneno sobre la persona del osado agresor que tan encarnizada y violentamente les acometia. Pero el hijo de Júpiter, nervudo y fuerte como un guerrero, atrevido y pertinaz como un héroe, é invulnerable y repercusivo como un dios, arremetia á la fiera y la acosaba y hacia retroceder, burlándose de sus ladridos, sus dientes y su veneno ; hasta que, después de haberla acorralado por muchas veces, dióse Cerbero á huir, y Hércules entonces, que le seguia con furia, asaltó el palacio de Pluton y

fué á encadenar á su adversario tras el trono del monarca infernal, adonde el vencido creyó encontrar refugio. Cerbero, encolerizado de rabia, tuvo que resignarse á seguir al héroe, el cual, vencedor y triunfante, salió á la tierra por la caverna de Tenaro (en Laconia), que le habia servido de entrada, y marchó á presentar á Euristeo las conquistas de su importante y valeroso trabajo. Esta es la historia del Can-Cerbero.

Semejante fábula, así como casi todas las que nos cuentan los mitólogos, no es otra cosa que una alegoría. Quién ha querido ver en ella la antigua costumbre egipcia de hacer guardar las tumbas por los perros; quién juzga que Cerbero significa lo mismo que guardian de un tesoro, de donde deduce que la historia de Hércules y del perro de tres cabezas no es mas que una alusion poética que representa á la avaricia despojada de sus acumulados bienes, vueltos al tráfico por la fuerza, y distribuidos entre los ciudadanos por una política saludable; otros muchos sabios, en fin, pretenden justificar de un modo mas ó menos ingenioso el fundamento de la fábula de Cerbero; pero dejando á un lado por prolijas tantas opiniones diversas, dirémos con un filósofo francés, que este monstruo, persiguiendo constantemente á los difuntos, es el emblema de la disolucion que se verifica en la tumba; y que si Hércules le venció después de haber encadenado á la misma muerte, es porque las grandes acciones del héroe, salvando su nombre del olvido, le hicieron inmortal.

Muchos son los monumentos, medallas y pinturas que

se conservan alusivos á la historia del Cerbero. En la imposibilidad de hacer mencion circunstanciada de estos recuerdos, por considerarlo tarea ajena de nuestro propósito, describirémos únicamente el fragmento de una piedra preciosa (especie de ágata) que posee la corona de Prusia, en el cual aparece Hércules atando entre sus rodillas las cabezas de Cerbero después del combate. El perro, magullado y rendido, introduce sin embargo sus uñas en la carne del héroe, quien, desentendiéndose de tamaña mortificacion, apoya fuertemente uno de sus piés contra una roca para comprimir y estrujar mejor el indomable cuerpo del bruto.

Este fragmento es obra del célebre escultor Dioscoride, que floreció en Roma en tiempo de Augusto, y está tan perfectamente trabajado, que todos los artistas que con posterioridad han querido aludir á esa parte de la fábula en sus creaciones, han tenido que apelar unánimemente al modelo romano para perpetuar la historia del Can-Cerbero.



TORO DE CRETA.

(Trabajos de Hércules.)

Si de importancia fué la comision dada á Hércules por Euristeo para que venciese y arrancase de las puertas de los infiernos al monstruo de las tres cabezas, no le quedaba atrás en valía la que le impuso posteriormente, encaminada á sustraer al Toro de Creta.

Mínos, rey de esta famosa isla, acostumbraba á sacrificar cada año en honor de Neptuno el mas bello toro que pacia entre sus ganados. Recorriendo en una ocasion las vacadas todas con el fin de escoger el animal mas á propósito para el sacrificio, se ofreció á la vista del rey un toro blanco de sin igual belleza, el cual parecia destinado para servir de ofrenda al dios de las aguas; pero Mínos se prendó de la hermosura del animal, y juzgando que el dios agradeceria lo mismo el sacrificio de alguna otra res menos favorecida por las gracias,

sustituyó el Toro blanco con otro de menos valor, y reservó para su recreo el hermoso animal objeto de las miradas de toda su corte. Neptuno, que, aunque colocado en el rango de los dioses, no por esto se hallaba exento de las comunes debilidades que aquejan á la especie humana, vió amenguada su dignidad y rebajado su merecimiento en aquella especulativa sustitucion; y para vengarse de una ofensa que tanto mortificaba su amor propio, concibió una diabólica idea, susceptible solo de asaltar la imaginacion de un dios de la fábula. El Toro de Creta debia ocupar el lugar de Mínos en la corte del poderoso rey; lo que quiere decir que Pasifá, reina de Creta, debia concebir una pasion desusada por el Toro blanco. Así sucedió en efecto: Pasifá vivió en la mejor armonía con el Rey y con su toro, hasta que al cabo de algun tiempo dió á luz un monstruo horrible, que en razon á sus cualidades exteriores recibió el nombre de Minotauro.

El Minotauro sacó, como no podia menos de suceder, el carácter de un rey de Creta y los instintos de un toro; así es que se alimentaba solo de carne humana. Dédalo, célebre arquitecto y estatuario de aquella época, construyó por entonces el famoso laberinto llamado de Creta para que sirviese de encierro al monstruo; y los atenienses, vencidos poco hacia por los habitantes de la isla, quedaron obligados á satisfacer un tributo anual de siete jóvenes de ambos sexos para que sirviesen de alimento al hijo de Pasifá. Este tributo fué pagado tres veces; pero Teseo, no pudiendo soportar con paciencia

la onerosa y sacrílega carga impuesta á sus conciudanos, se encargó de hacerla desaparecer, á cuyo efecto penetró en la isla de Creta, asaltó el laberinto, y después de una lucha desesperada concluyó con la vida del Minotauro.

¿Puede haberse inventado fábula mas grosera?

Veamos si todas estas patrañas constituyen una alegoría ingeniosa para encubrir hasta cierto punto la verdad.

Mínos, rey de Creta, enamorado en otro tiempo de su esposa, habia concebido posteriormente una acendrada pasion por otra mujer mas bella: Pasifá, indignada de esta mudanza, y no pudiendo atraer á su esposo por medios honestos y pacíficos, se decidió á entregar su corazon á otro hombre, en desagravio de los desdenes que recibia. El afortunado amante sustituto del Rey fué un general cretense de gran fama y arrogante figura, llamado Toro. Algun tiempo después Pasifá dió á luz un infante, y ¡cosa rara! tanto se parecia el recien nacido al rey de Creta como al general vencedor de los atenienses: los cortesanos, en vista de tan extraña coincidencia, pusieron al niño el nombre de Minotauro. ¿Será esto mas verosímil?

Mínos, irritado, quiso en el primer momento dar la muerte al hijo de su esposa; pero hablando después en su alma el amor paternal, por aquello de que el infante se le parecia á medias, segun el parecer de cuantos le miraban, mandó á Dédalo construir el famoso laberinto de Creta para que en él quedase encubierto aquel semi-

padron de afrenta que tanto lastimaba su dignidad de esposo. Minotauro fué encerrado en el laberinto ; pero el ateniense Teseo , que deseaba vengar á su patria de los ultrajes recibidos en la guerra con los cretenses , y que en la muerte de Minotauro veia la ocasion de ofender al Rey y al General, penetró en el intrincado encierro construido por Dédalo, mató al hijo de Pasifá, y logró después hallar salida, hasta volver intacto á su país. Esta es la version mas verosímil, y la que historiadores respetables reconocen por exacta y valedera.

Mas volvamos por un momento los ojos á la fábula para terminar nuestro relato. Euristeo ordenó á Hércules que atravesara los mares y llegase á Creta en busca del Toro blanco de que se habia prendado Pasifá. Hércules obedeció al momento, y en breves dias surcó las aguas en busca de su nuevo trabajo. El Toro de Creta era fuerte y poderoso cual convenia al enemigo que acababa de aparecérsele : Hércules esquivó sus embestidas, burló sus asaltos y paró con la mayor habilidad sus golpes. Cansado ya de aquella lidia, á que no estaba acostumbrado, arrojóse sobre el fiero animal, asióle con ambas manos sus cuernos, y dándole una media vuelta , echó á tierra al rival de Mínos con la misma facilidad que si volcase á una cabra : el animal estaba vencido.

Poco tiempo después llegaba Hércules á presencia de Euristeo con un toro vivo á la espalda : era el Toro de Creta.



BUCÉFALO.

(Caballo de Alejandro.)

I.

A corta distancia de Pella, capital de la Macedonia, y en una extensa llanura, se hallaba reunida al rededor de Filipo toda la corte de este poderoso rey. Tratábase de una solemnidad extraordinaria.

El tesaliano Filónico de Farsalia apareció llevando por la brida un soberbio caballo, y llegó hasta el pié del estrado donde sentado estaba el rey de Macedonia, teniendo al lado á su hijo Alejandro, jóven entonces de unos diez y seis años.

— ¡Príncipe! — dijo el tesaliano arrodillándose, — entre cuantos corceles han producido las yeguadas de Tesalia, no hay uno mejor que este; y como no conozco en el mundo príncipe mas ilustre que Filipo, he creido

que te pertenece de derecho. Yo te lo ofrezco por la cantidad de diez y seis talentos.

En efecto, hubiera sido difícil encontrar un animal mas hermoso. Erguia fieramente la cabeza, é hiriendo la tierra con el casco, estremecia el aire con sus relinchos. Una cabeza de buey que perfectamente figurada tenia en el lomo, hizo que le dieran el nombre de *Bucéfalo*.

— Acepto el caballo, — dijo Filipo, — siempre que sea digno del elogio que acabas de hacerle. Quiero que lo prueben.

A estas palabras muchos escuderos se aproximaron al caballo, disponiéndose á montarlo; pero el noble animal se estremeció, encabritóse, y revolviéndose con ímpetu, derribó á cuantos intentaron ponerle el freno. Era menester abandonar la empresa; los mas atrevidos declararon que el animal era indomable, y por su ferocidad salvaje, incapaz de servir. Ya Filipo habia dado órden de volvérselo al tesaliano, cuando Alejandro exclamó :

— ¡ Oh dioses ! ¡ Rechazan un excelente caballo porque les faltan destreza y valor para manejarlo !

Pareció que Filipo no hizo alto en las palabras de su hijo ; mas este repitiólas muchas veces, hasta que su padre le dijo :

— Te burlas de hombres que tienen mas edad y mas experiencia que tú ; ¿acaso tendrás la presuncion de creerte mas hábil que ellos ? ¿ Imaginas saber sujetar tú un caballo mejor que los que lo han intentado?

— Sí. Yo manejaré ese corcel mejor que los que han querido hacerlo.

— Y si no lo consigues, — replicó Filipo, — ¿qué pagarás en castigo de tu temeridad?

— El valor del caballo, — prorumpió Alejandro.

Esta respuesta provocó la risa de los espectadores, quienes calificando de presuntuosa audacia la arrogante confianza del futuro conquistador de la India, no dudaron un momento del éxito de la apuesta.

Alejandro se acercó al caballo, quien al verle relinchó de una manera singular, alzando una nube de polvo al escarbar el suelo. El jóven Príncipe, sin inmutarse, cogió la brida con mano firme, y volviendo la cabeza del caballo hácia el sol, porque habia notado que una de las principales causas de la agitacion del animal era el espanto que le infundia su misma sombra al repetir cada uno de sus movimientos, acaricióle con la voz y con la mano, hasta que le vió deponer el coraje, y dejando caer el manto, saltó con ligereza sobre la espalda del feroz corcel. Bucéfalo comenzó á cocear y á sacudir la cabeza. Alejandro reprimió la rienda; el caballo resistia el freno haciendo varios esfuerzos para escaparse. Cuando húbose amansado algo su ardor, Alejandro aflojó la brida, y espoleándole, dejóle ir rápido como el torbellino. Fatigado al fin, el caballo quiso pararse, pero el Príncipe forzóle á correr mas aun, hasta verle bañado de sudor y falto de aliento.

Filipo miraba á su hijo con silenciosa inquietud; mas luego que le vió llegar al término de su carrera y volver con el ardiente bruto completamente domado, llanto de alegría regó sus mejillas, y los cortesanos llenaron

el viento con sus aclamaciones. Cuando Alejandro, alegre y orgulloso con su triunfo, hubo echado pié á tierra, su padre corrió á él, y gritó estrechándole en sus brazos :

— ¡Oh hijo mio! ¡Forzoso es buscar un reino digno de tí! ¡La Macedonia es pequeña para contenerte!

Desde aquel dia Bucéfalo en pelo dejábase fácilmente manejar por el escudero que de él cuidaba; pero cuando estaba ensillado y dispuesto para cabalgar, no sufria otro jinete que Alejandro, ante el cual se arrodillaba para recibirle.

II.

Las palabras de Filipo : «¡Oh hijo mio! ¡Forzoso es buscar un reino digno de tí! ¡La Macedonia es pequeña para contenerte!» tuvieron mucho de proféticas. Ascendido Alejandro al trono por haber sido su padre asesinado por Pausanias (el año 336 antes de J. C.), resolvió conquistar el Asia y se puso en marcha á la cabeza de treinta mil infantes y cinco mil caballos. Atravesó el Helesponto, y poco tiempo después el Gránico, donde corrió grave riesgo de perder la vida. Salvóse por el vigor de su caballo Bucéfalo, que le llevó á nado hasta la opuesta orilla, y por el socorro de uno de su capitanes, que paró un hachazo que le dirigia Spitridates, jefe de los mas principales en el ejército persa. Desde entonces

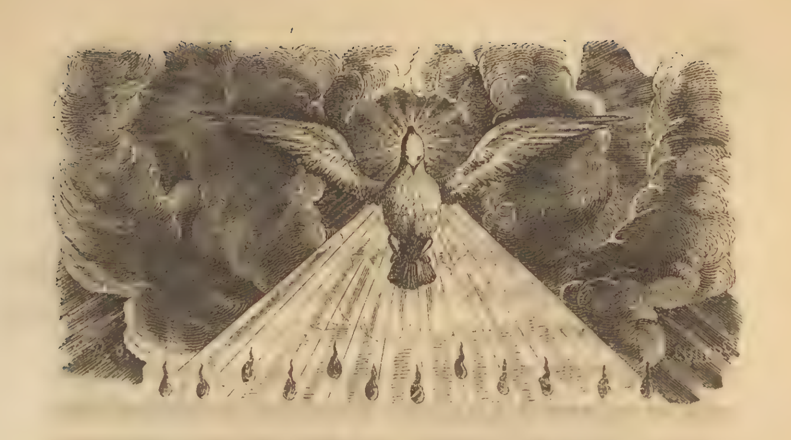
la marcha de Alejandro á través del Asia fué una serie no interrumpida de triunfos. Señor absoluto del imperio persa después de la muerte de Darío, llegó al país de los hypareanos. Allí brilló en todo su esplendor el mérito de su caballo de batalla. Un dia que los escuderos conducian á Bucéfalo al campo, una turba de bárbaros cayó de improviso sobre ellos, y apoderándose del arrogante corcel, le hicieron prisionero de guerra. Al saber tal noticia Alejandro montó en cólera y expidió un heraldo á todos los jefes del país, anunciándoles que si el caballo no le era entregado al punto, haria pasar á cuchillo hasta á las mujeres y los niños. Temerosos de la amenaza, los bárbaros se apresuraron á devolverle á Bucéfalo, y para mas aplacar el enojo del conquistador, le entregaron sus ciudades y plazas fuertes. Pero Alejandro apenas divisó á su corcel sano y salvo, amainó notablemente su cólera, y para manifestar á los bárbaros la satisfaccion que sentia por el hallazgo, les otorgó su perdon, enviándolos cargados de presentes.

El noble animal era acreedor al vivo cariño que le profesaba el conquistador macedoniano.

Ya en el sitio de Tébas, antes de la expedicion del Asia, á pesar de estar herido, no pudo sufrir que Alejandro montase otro caballo mas que á él. Desde que el conquistador habia salido de Macedonia, el caballo participaba de todas las victorias de su dueño, librándole de una infinidad de peligros. Su muerte, acaecida después de la célebre batalla dada contra Pórus, puso fin á sus gloriosos servicios. Alejandro persiguió al enemigo

en medio de los dardos y las flechas que de todas partes le asestaban los indios. Acribillado á golpes, el soberbio caballo sintióse desfallecer y se dejó caer blandamente, como si temiera herir á su valiente caballero. Bucéfalo espiró.

Segun Plutarco, sintió Alejandro un dolor tan grande cual si hubiera perdido su mas íntimo amigo. Tributóle los honores fúnebres, y en la ribera del rio Hydarpe, en el mismo sitio donde el caballo fué enterrado, levantó una ciudad, á la que en memoria del arrogante corcel apellidó *Bucefalia*.



PALOMA BLANCA.

(*Espíritu Santo.*)

El año décimo quinto del imperio de Tiberio César (29 de la era vulgar), hallándose reunidos una mañana del mes de mayo en el lugar donde Jesucristo celebró su última cena, la Madre de Jesus, sus apóstoles y algunos otros de sus discípulos, entregados todos á la oracion y otros ejercicios santos, dejóse oir un espantoso ruido como el que produce el huracan desencadenado; rasgáronse los cielos, y apareció suspendida en los espacios una Paloma Blanca cerniéndose en las nubes, precedida de lenguas de vivísimo fuego; cuyo prodigio no pudo menos de sobrecoger y aterrar santamente á cuantos en aquel instante participaron de su vista.

Era el Espíritu Santo, que descendia sobre los apóstoles, segun la sagrada promesa que el Hijo de Dios habia hecho á sus discípulos diez dias antes, en el momento

en que dejó la tierra para restituirse á su divina morada.

Doce miserables pescadores, tan pobres de entendimiento como humildes de condicion, habian sido los escogidos por Dios para predicar y difundir por la tierra la ley del Crucificado. Aquellas vulgares criaturas, si dóciles desde un principio á las palabras de su Maestro, poco dispuestas y organizadas para comprenderlas en toda su extension y hacerlas fructificar derramándolas por los ámbitos del mundo; aquellas vulgares criaturas, decimos, entregábanse asiduamente uno y otro dia á la contemplacion y al ejercicio de las cosas santas, mortificábanse con ayunos y silicios, pronunciaban edificantes discursos; pero sin que ninguna de estas prácticas salvadoras traspasase los reducidos umbrales del Cenáculo adonde se habian retirado después de la muerte del Salvador. Faltábales ciencia para discurrir sobre las verdades reveladas, valor para arrostrar los peligros á que su propagacion les exponia, elocuencia para persuadir y convencer á los incrédulos, animacion y estímulo para lanzarse á regiones ignotas; en una palabra, faltábales la inspiracion divina, sin la cual, la obra del hombre no puede menos de ser miserable, infecunda y perecedera.

Todos los discípulos del Salvador se sienten de improviso asaltados de ideas luminosas que hasta entonces jamás habian pasado por su débil cerebro; todos experimentan de súbito una conmocion santa y consoladora, por la cual se les aparece sencillo lo difícil, aceptable lo

ingrato, fecundo lo estéril, realizable lo imposible; todos participan á un tiempo de la sagrada ciencia, que, como si de golpe hubiérales brotado, comienza á manifestarles clara y distintamente cuanto veian poco há oscuro y tenebroso; todos se hallan poseidos de arrojo y de valor bastantes á desafiar los peligros y á buscarlos de frente, seguros de poder contrarestar su poder con la vehemencia de los héroes ó la resignacion de los mártires; todos, en fin, se hallan inspirados de la divina gracia, porque el Espíritu Santo ha descendido sobre ellos é infundídoles dentro del alma los dones celestiales de que antes carecian.

¡Admirable Paloma, que obra tan inmensos prodigios y que verifica tan grandes y sublimes trasformaciones! Sí, una Paloma Blanca ha cambiado la faz de aquellos discípulos escogidos, y bien pronto va á alterar asimismo la faz del universo entero. Y ¿por qué una Paloma?

Porque es el emblema de la pureza y de la fe; porque es un ave *cándida* y *simple*, como la ha llamado un profeta; porque es inocente y pacífica cual ninguno de los seres creados; y como la mision que está llamada á ejercer sobre la tierra es arrancar del hombre el instinto perverso de la soberbia, que le destruye y le pierde, por eso se necesita oponer á la altivez la humildad, al orgullo la modestia, á la agresion la paz, á la incredulidad la fe. ¿No recordais que ya en el principio del mundo, cuando Noé hizo salir del arca un cuervo y una paloma para que explorasen la tierra y le advirtiesen del flujo de las aguas; no recordais que el cuervo ape-

nas se vió libre, huyó del sagrado refugio que le habia resguardado de la muerte, mientras que la paloma, cándida y agradecida, volvió á su encierro trayendo un ramo de olivo en su pequeña boca? Pues bien; ese cuervo habia de ser con el tiempo representacion del hombre corrompido y falaz, y esa paloma habia de enseñarle á seguir la senda de la virtud y la justicia.

Pero estudiad otra rara coincidencia. Por el mismo tiempo en que la Paloma Blanca descendia de los cielos y venia á infundir el aliento en los humildes escogidos del Señor, otra ave no menos renombrada, un águila, se cernia sobre las cabezas de los hombres mas altivos y poderosos, é infundia en sus corazones el instinto feroz que conduce á todos los crímenes y á todas las maldades. . . . .

El Aguila Romana, aquella enseña de los emperadores y los césares, se habia hecho dueña del mundo y derramado por todo él la semilla que únicamente podia contener dentro sus garras. El Aguila y la Paloma se encontraron: ya sabeis lo que es esta última; recordad lo que distingue á la primera.

El águila por solo su poder y fuerza es aclamada reina de las aves; elévase desmesuradamente por el espacio, y clava su vista inalterable sobre el sol, demostrando una osadía de que carecen los demás animales; si desciende á la tierra, es para cebar su pico en las carnes, ya sanas ó corrompidas, de otros seres; si usa de las garras es para destrozar el cuerpo de algun ave inocente que se deja engañar por la figura de su raptor;

y para decirlo de una vez, cuando aparece, asusta; cuando se acerca, mata. La paloma por el contrario, es una perfecta imágen de la paz: modesta en sus acciones, delicada en sus formas, ni se remonta por las nubes, ni desafia á los astros; salta de rama en rama con pacífico vuelo en busca de algunas semillas con qué alimentarse, ó arrulla blandamente al rededor de sus compañeras, ó permanece dias y noches inmóbil, cubriendo con sus alas la pequeña cria, á quien dedica todo su amor y todos sus cuidados.

Tales son el águila y la paloma. Pues á pesar de todo, el Aguila Romana y la Paloma Blanca se declararon guerra; una y otra disponian de sus armas naturales; ¿cuál llevaba la peor parte en la contienda? Nuestras palabras anteriores lo han decidido ya.

El Aguila dirigiendo su vuelo sobre las cabezas de los reyes, cebaba sus garras en las coronas, rompia los cetros, aprisionaba á los hombres, hacia esclavos á los pueblos mas libres, y arrastraba hácia el Capitolio á la humanidad entera, en fuerza de exterminio y matanza. Sus palabras eran rugidos, sus frases amenazas, sus discursos la asolacion y la muerte. Proclamaba la esclavitud universal, las glorias de un solo hombre, la grandeza de un emperador, el capricho de un déspota. La Paloma en tanto extendia sus alas tambien por toda la superficie de la tierra, inspirando no á legiones armadas y poderosas, no á aguerridos y feroces soldados, sino á unos pobres y humildes pescadores, que llevaban por todas armas su mansedumbre y su bondad, su báculo y

su palabra. Ella proclamaba la libertad de los hombres, la gloria de Dios, la grandeza de la creacion, los goces de las criaturas. Sus palabras eran palabras de consuelo, sus frases de caridad, sus predicaciones el mutuo amor, la virtud y la justicia. Y ¿qué vino á suceder? El Aguila Romana, que avasallaba á los hombres y subyugaba á los estados, que se hacia cada vez mas poderosa y fuerte, que volvia cargada de trofeos y riquezas, y por último, que todo lo abarcaba, mientras la Paloma Blanca solo encontraba desprecios que sufrir, cárceles en que padecer y hogueras que abrasasen sus entrañas; el Aguila Romana, decimos, con todo su poder, toda su fuerza y su prestigio todo, vino á caer, por uno de aquellos accidentes incomprensibles que solo explicaria el dedo de la Providencia; vino á caer en manos de la Paloma y á romper sus garras contra el báculo de los pescadores. El Aguila se hundió; la Paloma quedó triunfante. Dejó de adorarse el Capitolio y se adoró el Calvario.

Hé ahí un fenómeno que se reproduce constantemente, sin que tratemos nunca de investigar su orígen. La bondad de la causa suple en último término la falta de fuerzas del contendiente mas justificado y recto.

Desde el dia en que la Paloma Blanca apareció sobre los aires, enviada por Dios para infundir aliento en los propagadores de su fe; desde aquel dia se la considera no solo como una parte integrante de la Divinidad, sino como el faro salvador que ilumina la inteligencia humana. Ella es de las Tres Personas la que viene siem-

pre en ayuda del hombre cuando su fe vacila ó su ardor enflaquece; á ella invoca en los instantes en que ha menester el don de la persuasion y del convencimiento; por ella y con su influjo han sacado los sabios la luz de las tinieblas, la verdad del error; ella, en fin, se ha hecho dueña del mundo como el Aguila lo fué algun dia, con la diferencia sin embargo, de que su reinado será constante é imperecedero, porque el Aguila representaba la soberbia, el terror y la esclavitud, mientras que la Paloma Blanca representa la mansedumbre, el amor y la libertad.



PEGASO.

(*Historia poética de Grecia.*)

Vosotros, los que os cerneis muellemente al blando arrullo de las olas, los que, recostados en el verde follaje, aspirais la vivificadora brisa, los que tejeis guirnaldas en la floresta umbría, los que parlais en solitario albergue con el arroyuelo murmurador; vosotros, los que soñais á la mujer con el cuello de cisne, la dentadura de perlas, los labios de coral, los cabellos de oro y el pecho de alabastro; y vosotros tambien, los que, desentendiéndoos de manoseadas puerilidades, cantais el triunfo de los héroes, la gloria de los mártires y cuanto de grande y sublime existe bajo la capa de la creacion: ¿habeis meditado alguna vez con calma sobre el mezquino orígen de vuestra divina ciencia? Habeis reflexionado un momento acerca de las causas á que la historia antigua atribuye vuestra inspiracion y vuestro nú-

men? Pues si lo habeis meditado, si vuestras reflexiones han llegado hasta allí, ¿cómo consentis que circule por mas tiempo una tan grosera explicacion, vosotros, que todo lo adornais, todo lo enalteceis, y que mentis de todo con tan admirable y pasmosa desenvoltura? ¿Quereis volver á oir la breve historia de vuestro noble orígen?

La Gorgona Medusa habitaba cerca del jardin de las Hespérides en compañía de sus hermanas Stena y Euriala. Con decir que solo disponian de un diente y un ojo para las tres se habrá encomiado hasta lo sumo la horrible fealdad de estas desdichadas mujeres. Sin embargo, Medusa tenia una cosa de notable: sus largos y abundantes cabellos, cuya hermosura ha llegado proverbialmente hasta nosotros, adornaban una gentil cabeza, capaz de inspirar celos aun á los mismos dioses. Y así sucedió en efecto, pues Minerva, irritada de la presuntuosa rivalidad de la Gorgona, convirtió sus cabellos en espantosas serpientes, é hizo tronchar aquella cabeza para colocarla por trofeo en su egida y escudo.

La sangre derramada en esta ocasion no fué de todo punto infructuosa : si Vénus nació de la espuma del mar, el Caballo alado brotó de la sangre de Medusa. Hé ahí el orígen de Pegaso.

Pegaso es un nombre fenicio equivalente á *caballo enfrenado.* Entre los fenicios pues debemos hallar el orígen de esta fábula, que la cosmogonía griega ha legado á la posteridad. Perseo tenia unos caballos tan ligeros y veloces en la carrera, que aventajaban con mucho á

aquellos otros *céleres* de que nos habla la historia romana, y que formaban el cuerpo de caballería escogitado por Rómulo para guarda de su persona. La ligereza de los caballos de Perseo ha dado márgen para que algunas veces se represente al héroe griego con alas en los piés, á semejanza de Mercurio, mensajero de los dioses del paganismo.

La ligereza y velocidad de Pegaso, bien que consistiese en las alas que se le atribuyen, bien que esas mismas alas la revelen y simbolicen, ello es que le daban cualidades de anfibio, aunque de una manera desconocida por los sabios. Pegaso recorria los montes, andaba sobre el agua y hendia los aires con sus alas.

Belerofon se sirvió de este caballo para combatir á la Chimera, monstruo de tres cabezas leoninas, cuerpo de cabra y extremidades de dragon. Preto, corrido de celos por las condescendencias que su esposa Stenobea permitia á Belerofon, ordenó á este jóven que combatiese con el monstruo para hacerle perecer en la lucha; pero el mancebo, ayudado de Pegaso, no tan solo venció á la Chimera, sino que dió muerte á los soldados aprestados para asesinarle á su regreso del combate. Tambien Júpiter fulminó sus rayos contra el jóven para impedir que escalase el olimpo con Pegaso.

Con no menos éxito que Belerofon, se valió Peneo del Caballo alado para librar á Andrómeda de las garras de un monstruo marino á que se veia expuesta por la imprudencia de su madre, que quiso sostener la superioridad de su hija contra las Nereidas, hijas de Neptuno,

dios de las aguas. El héroe griego obtuvo, en recompensa de su pujanza y valor, la mano de la presunta heredera de Etiopía, tan milagrosamente salvada en aquella ocasion, gracias á las rarísimas prendas del caballo que montaba Peneo.

Mas no fué ninguna de estas la hazaña que habia de inmortalizar á Pegaso; su mision era mas elevada, y los resultados vinieron á justificarlo cumplidamente.

Un dia que vagaba por las escarpadas sierras de Beocia, asestó tan terrible patada á una de las rocas del monte Helicon, que destrozada esta dió paso á un manantial de agua cristalina, del cual nació la fuente Castalia llamada Pegasa por Strabon, é Hipocrena (fuente del caballo) por los griegos. Esta fuente fué consagrada á Apolo, y á ella se supone que acudian los antiguos poetas á beber sus inspiraciones, por mas que Penio y Propenio aseguran que jamás probaron tan milagrosas aguas. La fuente Castalia, decimos, estaba consagrada á Apolo, inventor del soneto y á las nueve musas Clio, Talía, Melpómene, Erato, Calíope, Urano, Polimnia, Terpsícore y Euterpe, símbolos sucesivamente de la historia, comedia, tragedia, poesía erótica, epopeya, astronomía, de la elocuencia y de la música.

¡Todos los dones y todas las galas de la ciencia producto de la coz de un caballo! ¿Puede haberse inventado fábula que mas os deshonre, ni artificio que mas distante se halle de una explicacion decorosa? Con que si de una coz hizo brotar el Caballo los gérmenes de todo lo agradable, de todo lo tierno, de todo lo subli-

me, ¿qué hubiera resultado de un relincho del preciado animal?

Sí, poetas: vuestra alcurnia está señalada con una coz, que no por descender del Olimpo deja de ser producto de un caballo salvaje. Meditad bien sobre lo repugnante y grosero de este orígen, que tanto ofende á la mision consoladora que ejerceis; templad el laud, pulsadle con bravura, y ya que en ocasiones mil habeis malgastado vuestro precioso tiempo en amorcillos tomillescos y en canciones bucólicas y extravagantes, acometed la empresa de vuestra regeneracion fundamental, exponed en armoniosos acentos el verdadero orígen de vuestra ciencia, y cread por medio de un poema que aun no existe, la verdadera procedencia de vuestra divina inspiracion, para que de hoy en mas desaparezca de la historia la risible cuanto grosera coz del caballo Pegaso.



AJAX.

(*Elefante de Poro.*)

Señor de los vastos estados que se extienden á la izquierda del Hidaspe, en el territorio que al presente forma el reino de Lahora, era Poro, y estaba considerado como uno de los mas poderosos reyes de la India, cuando el vencedor de Darío quiso añadir á sus conquistas el dominio del suelo índico.

Distinguíase Poro de los otros reyes de aquellas comarcas, no solo por la extension de su reino, sino tambien por su valor y generosidad. Muchos historiadores refieren que estaba dotado de un arrojo extraordinario y de una robustez física admirable. Diodoro de Sicilia asegura que tenia cinco codos de alto, el pecho dos veces mas ancho que el de otro hombre, y que lanzaba un

dardo con tanta violencia como una batería. Su corte deslumbraba por el lujo y magnificencia.

Recostado en una litera de oro guarnecida de perlas, y envuelto en un manto de lino bordado de púrpura, escuchaba Poro el relato que hacia un indio, testigo de las empresas de Alejandro, refiriendo la sumision que habian rendido al conquistador los príncipes Taxilo y Abisaro, enemigo el uno, y fiel aliado de Poro el otro; cuando de pronto uno de los guardias de palacio anunció que un extranjero enviado de Alejandro pretendia ser introducido. Poro hizo señal de que entrase, y en el mismo instante apareció Cleocharés, oficial macedonio. Cuando estuvo cerca de la real litera el embajador, dijo alzando la voz:

—¡Príncipe! El Rey mi señor, cuyas hazañas habrán llegado á tu noticia, me envia para hacerte presente que, á semejanza de Taxilo y Abisaro, debes pagarle tributo, y salir hasta las fronteras de tu reino á rendirle tus homenajes.

Cleocharés calló. Poro tomó la palabra y respondió con fiereza:

—Vé, y di á tu señor que todos los reyes de la India no son como Taxilo y Abisaro; yo no pago tributo al que es igual á mí. En cuanto á lo de salir á mis fronteras, saldré, sí, saldré; pero será al frente de un ejército. Saldré, y verémos de quién es la humillacion. He dicho.

Despidió á Cleocharés, y comenzó los aprestos para la guerra. Ya se ponia en marcha un ejército compuesto de

treinta mil peones y cuatrocientos caballos, reforzado por trescientos carros armados y doscientos elefantes, cuando arrodillándose un indio delante de Poro, y presentándole un hermoso elefante, exclamó:

—¡Príncipe! Nada puede compararse con la inteligencia y fidelidad de este animal, á quien yo mismo he criado; dígnate aceptarlo, y prométeme que te servirá de montura, porque es digno de tal honor.

A estas palabras hizo una señal al elefante, y este se hincó de rodillas, como invitando á su amo á que subiera sobre el lomo.

Prendado Poro de la hermosura del bruto, adoptólo para cabalgadura, recompensando al indio con largueza.

El ejército indio acampó en la margen oriental del Hidaspe, rio caudaloso, que si hemos de creer á Quinto Curcio, tenia mas de dos mil piés de ancho; en la opuesta orilla estaban las fuerzas de Alejandro, que apenas llegarian á diez y ocho mil hombres.

El primer cuidado de Poro fué colocar á los elefantes á lo largo de la ribera, porque allí, como centinelas avanzados, estaban prontos á caer sobre el primero de los enemigos que intentase atravesar el rio. El paso del Hidaspe se tenia por imposible. Alejandro envió exploradores, los cuáles descubrieron como á dos leguas de distancia un sitio donde estrechándose el cauce del rio, y cortado además por multitud de isletas, ofrecia menos dificultades para el paso del ejército. Púsose inmediatamente en marcha, y á favor de la oscuridad de una no-

che tormentosa, cruzó la corriente con cinco mil caballos y seis mil infantes de lo mas escogido.

Salvado de esta manera el Hidaspe, el choque se hizo inevitable y sangriento. Poro puso los elefantes al frente de las tropas. Los macedonios quedaron suspensos á la vista de aquellos animales, que se movian en medio de las legiones como torres ambulantes; el asombro creció al ver la talla prodigiosa del rey de la India. Su corpulencia era mas respetable, unida á la magnitud del elefante, que sobrepujaba á los demás de su especie tanto como el jinete excedia á los otros hombres.

Alejandro contempló á Poro, y exclamó con ardimiento:

—Al fin encontré un peligro proporcionado á mi aliento; hoy probaré que mi valor no cede ante los hombres ni los monstruos.

Se trabó el combate: Poro y su elefante peleaban delante de todos con una fiereza digna de mejor suerte. El ala derecha de los indios fué arrollada y puesta en huida; Alejandro embistió el ala izquierda, y á pesar de una vigorosa resistencia, acosado el enemigo por todas partes, cundió el desórden en sus filas. Los que no sucumbieron al hierro macedonio, se dispersaron por la llanura ó buscaban su salvacion detrás de los elefantes, que Poro habia mandado avanzar de nuevo. Estos animales causaron un grande espanto; sus bramidos aterraron, no solo á los caballos, sino á los soldados, que victoriosos un momento antes, ya no pensaban mas que en la fuga. Y en verdad que era horroroso ver á aquellos

animales coger á los hombres, levantarlos en alto con la trompa, y entregarlos al furor de los guerreros que llevaban á lomo.

La victoria estuvo indecisa una gran parte del dia, y no hubiera sido el triunfo de los macedonios, á no haber hecho uso de afiladísimas hachas y sables en forma de guadañas, que á prevencion llevaban, con los que desjarretaban á los elefantes y les cortaban las trompas. Atormentados los animales con las heridas, derribaban á sus conductores, atropellando indistintamente á amigos y enemigos, y estrujándolos con el peso de su formidable cuerpo.

Viéndose entonces Poro abandonado de gran parte de los suyos, arremetió á los contrarios que le rodeaban, arrojándoles dardos desde lo alto del elefante; pero de todas partes llovian sobre él los golpes, y atravesado con nueve heridas y extenuado con la pérdida de la sangre, sus fuerzas desfallecieron y sus manos dejaron caer los dardos al suelo. El elefante notó aquella debilidad de su señor, y como si conociera todo el valor de su carga, atravesó los grupos enemigos, destrozando cuanto encontraba. Alejandro mandó seguirlo, y envió al hermano de Taxilo para que disuadiera á Poro de continuar en su vana resistencia. Aunque ya casi moribundo, el valeroso Monarca exclamó, reanimándose al oir aquella voz conocida:

—¿Es el hermano de Taxilo quien me habla?... ¿El hermano de ese traidor que ha vendido el imperio?

Y lanzándole el único dardo que por casualidad le

quedaba, atravesólo de parte á parte. Después de este último acto de vigor, huyó con mas ardor; pero su vida se extinguia por momentos; el elefante se paró, y temiendo que el Rey viniese á tierra, arrodillóse blandamente, y dejó caer con dulzura el casi inanimado cuerpo de su señor; en seguida comenzó con la trompa á arrancar con precaucion las flechas y dardos que atormentaban al rey de la India.

Creyéndole muerto, mandó Alejandro que despojasen el cadaver, y cumpliendo con la órden, iban á quitarle la coraza; mas el animal tomó la defensa de su dueño, maltrató á los que se le acercaban, y cogiendo con la trompa al Monarca, se lo subió en la espalda; pero el Ajax fué bien pronto rendido, y Poro llevado en un carro á la presencia de Alejandro.

—¿Cómo quieres que te trate?—dijo el vencedor.

—Como rey,—contestó el vencido.

Esta noble respuesta agradó tanto á Alejandro, que mandó se le curase esmeradamente, y le devolvió sus estados, dándoles mayor extension y haciéndole el monarca mas poderoso de la India. No tuvo lugar el gran conquistador de arrepentirse de su generosidad: Poro le siguió después en su carrera de gloria, jurándole una fidelidad nunca violada.

En cuanto al elefante, admirado Alejandro de su hermosura y de la adhesion que habia manifestado á su señor, quiso perpetuar su recuerdo por medio de un acto solemne. Dió el nombre de Ajax al soberbio cuadrúpedo, y le consagró al sol. Hízole cubrir después de pa-

ramentos magníficos, y le ciñó á los colmillos unos círculos de oro, en donde se leia esta inscripcion :

ALEJANDRO, HIJO DE JÚPITER,
OFRECE AL SOL,
ESTE ELEFANTE.

Filostrato dice que Ajax vivió cuatrocientos años después de la muerte de Poro.

PERRO DE ALCIBIADES.

(*Historia griega.*)

El nombre de Alcibiades ha pasado á la posteridad entre los mas distinguidos de la historia antigua, merced á los esclarecidos talentos y acciones heróicas del personaje á quien servia de distintivo. Casi con la misma celebridad que el guerrero ateniense, ha llegado hasta nosotros la memoria de su perro, trasmitida desde siglos remotos por filósofos é historiadores. Plutarco, Tito Livio, Cornelio Nepote y otros muchos dedican un lugar preferente en la vida del héroe para decir algunas palabras de su pobre perro. En fin, *la cola del perro de Alcibiades* es hoy una frase tan popular como lo era hace veinte siglos.

Alcibiades, nacido en Aténas, de una familia tan ilustre como poderosa, comenzó desde sus primeros años á revelar las cualidades que habian de hacerle notable

en la historia del mundo. Compañero y discípulo de Sócrates, no parecia sino que desde su cuna era ya un filósofo completo, segun los dichos agudos, admirables sentencias y pasmosas acciones que los atenienses le conocieron, aun en los dias mas torpes de su infancia. Algunos rasgos aislados nos retratarán cumplidamente su carácter.

Riñendo un dia con otro muchacho de mas edad y mayor corpulencia, conoció que las fuerzas le faltaban, cuando aun no le habian abandonado ni la rabia ni el deseo de una justa reparacion. Hizo esfuerzos increibles por triunfar de su potente adversario; pero viéndose perdido y próximo á sucumbir, apeló al recurso de morder con fiereza los brazos de su enemigo, á cuya accion no pudo menos de ceder el que poco antes cantaba la victoria.

—¡Infame!—gritó el muchacho herido,—muerdes como una mujer.

—Te engañas,—contestó Alcibiades,—muerdo como un leon.

Otro dia se hallaba adiestrando en el ejercicio de la guerra á unos chicuelos de su edad, cuando acertó á pasar, por el camino que ocupaban, un trajinero con su carro. Alcibiades mandó á aquel hombre que se detuviera hasta haber concluido de formar sus tropas; pero como el carretero se mofase de semejante órden y prosiguiese su camino, el jóven guerrero volvió á intimar su mandato con algo de aspereza, hasta que contemplándose desobedecido, se arrojó con furia á los piés de

su compañero. Alcibiades, sin embargo, fué injusto con su querido amigo, como con él lo fueron mas tarde sus compatriotas. Una mañana amaneció el perro de Alcibiades con la cola cortada; aquella accion habia de convertirse en instrumento de la mas trascendental y sabia política. Pero ¿cómo?

Los atenienses se preocupaban demasiado á la sazon con los negocios públicos. La seguridad del Estado, la independencia de Aténas y la tranquilidad y el acierto de los gobernantes estaban comprometidos quizás por las indiscreciones del pueblo, murmurador y entrometido entonces. Hacíase necesario un nuevo asunto que distrajese la atencion de las masas, y este nuevo asunto fué, por inspiracion de Alcibiades, la cola de su perro.

La popularidad del animal, su hermosura, el grande aprecio en que su amo le tenia, las alabanzas que por todas partes se le habian prodigado; estas circunstancias unidas á otras muchas que habian contribuido á realzar el mérito del perro, cosas eran todas que embargaban la imaginacion de la generalidad al discurrir sobre las causas de aquella extraña y lastimosa mutilacion. ¿Por qué habia privado Alcibiades á su perro de lo mas agradable á los ojos de todos? Por qué tratar de un modo tan cruel al inofensivo y noble animal? ¿Qué podria significar aquella cola cortada, que tantos habian alabado cuando estaba entera y cumplida?

Los amigos del filósofo guerrero le motejaban cada dia por accion tan universalmente reprobada y de que

ninguno creyó excusado ocuparse. Alcibiades les dió por respuesta:

—He logrado mi intento: mientras los atenienses se ocupen de la cola de mi perro, no se entrometerán en los negocios del Estado ni comentarán calumniosamente mis disposiciones militares.

Así sucedió en efecto, aunque con fines muy extraños y dignos de notarse: los atenienses siguieron criticando la mutilacion del perro, y comenzaron á alejarse de Alcibiades; mientras que el gallardo animal, que era el verdaderamente ofendido, seguia prestando fidelidad y cariño á su señor.

Un dia que el perro iba en busca de su amo, saliéronle al encuentro algunos hombres con ánimo de robarle un precioso collar de oro que constantemente llevaba al cuello: el lebrel, viéndose cogido, probó con extraordinarios esfuerzos á desasirse de sus raptores; pero como estos no cejasen en su propósito, el perro comenzó á ladrar, y arañándoles y mordiéndoles con la furia mas desesperada, puso fuera de combate y en vergonzosa huida á cuatro de los que le asediaban. El quinto de ellos, que era el mas próximo al cuello del animal, y el mas culpable por consiguiente á los ojos de este, no pudo desprenderse de sus garras á pesar de los violentos empujes que daba para conseguirlo; porque el perro, asido de su traje y aun á alguna parte de su cuerpo, le zarandeaba y oprimia de tal modo, que el ladron se vió en el caso de capitular. Sujeto por el traje, como llevamos dicho, y desgarrado y sangriento por la lucha,

el bandido tuvo que seguir al perro, quien sin soltarlo voló en busca de su señor. Alcibiades cobró con este nuevo rasgo doble cariño á su compañero, y desde entonces decidió no separarle jamás de su persona.

Y lo verificó tal como lo habia pensado. Ni en sus épocas de bonanza, ni en sus campañas, ni en sus soledades, ni en sus destierros, se apartaron ambos amigos, tributándose cada dia nuevas muestras de adhesion y confianza recíprocas. Sobre todo en los momentos de mayor desgracia, Alcibiades no tenia otro consuelo que su perro.

Las ingratitudes humanas habian relegado al olvido al héroe ateniense, quien para salvar la vida habíase visto precisado á ocultarse en una pequeña aldea del imperio persa, abandonado de sus hermanos, de sus guerreros y de sus discípulos. Allí vivia en compañía de su amado lebrel, cuando supo que su espada era reclamada en Aténas por amigos y adversarios. Noble siempre en los impulsos de su corazon, determinó volar en socorro de su patria, olvidándose de pasados desdenes; pero los tiranos de Aténas, celosos de la gloria que aguardaba al héroe, mandaron cerca de su persona asesinos que le hicieran imposible la vuelta. Muchos eran los que intentaron apoderarse de Alcibiades; pero la fama y el valor del guerrero eran tan grandes, que los vándalos no se determinaron á atacarle de frente; cercaron la cabaña que habitaba, amontonaron en su alrededor haces de troncos y ramas secas, y como si se tratara de acabar con un monstruo, prendieron fuego á

aquella mansion. Alcibiades, apercibido de lo que pasaba, saltó repentinamente del lecho en que estaba echado, y se preparó á acometer á sus verdugos. Con el manto arrollado en la mano izquierda y blandiendo en la derecha su formidable espada, pasó con la mayor intrepidez por encima del fuego, y con solo presentarse dispersó á los sicarios que rodeaban la choza ; mas estos, que veian frustrada su empresa y que temian la venganza del héroe, comenzaron á arrojarle dardos y flechas desde léjos, con cuya agresion lograron impedir la defensa del que á poco trabajo les hubiera vencido cara á cara.

El perro, mientras tanto que, tendido á los piés de su dueño al comenzar el incendio, habia volado á abrir calle por las llamas como buscando salida para su bienhechor, presentóse entonces en la escena chamuscado, molido y medio sofocado por el humo ; los gritos de los asesinos y la expresion desfalleciente de su amo moribundo advirtieron al animal de todo cuanto sucedia. Su primer impulso fué el de arrojarse á los que tan villanamente acometian á Alcibiades ; pero el cuerpo de este, acribillado á flechazos, exigia por parte del perro una atencion preferente sobre las demás : dedicóse con ansia á arrancar los dardos que laceraban las carnes de su dueño querido, y lamiéndole y acariciándole en medio de los mas lastimeros aullidos, apenas se cuidaba de las flechas que sin cesar llovian sobre él, á quien entonces habian dirigido sus tiros los sitiadores.

Sobre un monton de ruinas candentes, perseguido,

achicharrado y cubierto de heridas, pereció Alcibiades á manos de sus compatriotas; de aquellos atenienses á quienes tantas y tan repetidas veces habia salvado del hambre, de la invasion y de la esclavitud. Sobre un monton de ruinas tambien, perseguido, achicharrado y cubierto de heridas, espiró el pobre perro de la cola cortada, posando su boca sobre las manos de su dueño y con la vista clavada en sus ojos, como si hasta el último instante hubiera esperado las órdenes del que una vez juró por compañero, por amigo y por protector.

¡Maldicion sobre los atenienses!... ¡Loor al perro de Alcibiades!!!



ASPID DE CLEOPATRA.

(Historia romana.)

Cuando Marco Antonio, uno de los triunviros de Roma, intentó hacer la guerra á los partos, hizo venir á su presencia á Cleopatra, reina de Egipto, para exigirle satisfaccion por los auxilios que habia prestado á sus contrarios.

Cualquiera otra mujer que no hubiera sido la célebre gitana de la antigüedad, habríase anonadado ante las encubiertas amenazas del poderoso guerrero; pero Cleopatra, que conocia bien el carácter ardiente y apasionado de Antonio, y que confiaba no sin fundamento en los dones y gracias de que la habia dotado la naturaleza, preparóse á comparecer en los reales del conquistador con todo el predominio y ascendiente de la mas bella conquistadora.

No era Cleopatra, como generalmente se cree, la mujer mas hermosa de aquellos tiempos, ni llegaba con mucho á poseer el mérito de algunas menos renombradas ó totalmente desconocidas: la reina de Egipto, á pesar de su fama, era solo una mujer de agradable presencia y delicado rostro, cuyos atractivos, mas que naturales, habíanse formado á expensas del talento, de la coquetería y de la liviandad.

Si todos los artificiosos encantos que ponen en juego las damas de nuestros dias las hacen parecer hermosas, aun sin contar muchas de ellas con cualidades físicas dignas de notarse, calcúlese cuál seria el mérito ficticio de Cleopatra, jóven, de belleza notoria, reina poseedora de bienes inmensos, mujer altiva, voluptuosa y amante; gitana, en fin, locuaz, traviesa y encantadora. Agréguense á estas cualidades su liberalidad, su magnificencia y su refinado gusto en todo cuanto hacia relacion con su persona, y se comprenderá la repentina pasion de Marco Antonio por aquella embriagadora sirena.

Una galera con la popa de oro, remos de plata y velas de púrpura, adornada con todo cuanto de mas rico y costoso habíase conocido hasta allí, conducia á la reina de Egipto por el rio Cidno cuando marchaba en busca del triunviro romano. Sentada bajo un dosel de oro, y ataviada con el traje de Vénus, Cleopatra iba asistida por hermosas doncellas en traje de gracias y nereidas, acompañada además de preciosos niños que, vestidos de amores, blandian aéreos abanicos de pluma en torno de la Diosa, y derramaban en abundancia polvos de oro,

flores y perfumes. Una música armoniosa y suave, en consonancia con los movimientos de la barca, contribuia á prestar voluptuosidad y encantos á aquel celestial cortejo, que acompañaban en confuso y delirante tropel poblaciones y comarcas enteras del Egipto. De tal manera se presentó la graciosa gitana á su ceñudo huésped.

Marco Antonio no tuvo desde aquel dia otro pensamiento, otra voluntad, ni otro designio que los que Cleopatra era servida de imponerle. Dueña de sus acciones y sus deseos, le hizo romper ostensiblemente con su esposa Octavia, hermana de Augusto, de cuya separacion nacieron todos los males y las desdichas todas que aquejaron al triunviro durante el resto de sus dias. Entrometido en guerras que organizaba y dirigia Cleopatra, apartado otras veces del gobierno para arrojarse en brazos del placer y la orgía, disipando caudales inmensos y captándose la animadversion hasta de sus mas fieles partidarios, Antonio, de revés en revés, de torpeza en torpeza y de desórden en desórden, vino á caer en manos de sus rivales y enemigos.

La batalla de Accio habia decidido los destinos del mundo. Vencido Antonio, huyó de su dichoso rival y se dió la muerte. Cleopatra, temerosa de la venganza de Augusto, resolvió tambien quitarse la vida. Pero la voluptuosa reina de Egipto no queria una muerte dolorosa, llena de sufrimientos terribles y crueles angustias; queria un fin lento, suave, dulce. Buscó todos los venenos capaces de cegar las fuentes de la vida de una manera blanda y casi insensible; ensayólos en los crimi-

nales encerrados en las prisiones, y bien pronto se convenció de que los venenos cuya accion era rápida y enérgica no mataban sino haciendo sufrir tormentos horrorosos, y que aquellos cuyos efectos eran lentos y dulces no tenian bastante actividad para matar á un hombre. Ensayó las picaduras de las serpientes, y no halló ninguna mas á propósito que la del áspid, que sin el menor asomo de dolor, solo produce una gran pesadez en la cabeza, una soñolencia invencible, y amortiguando poco á poco los sentidos, extingue la vida, sin que en el paciente aparezca mas indicio de sufrimiento que un ligero sudor que le brota del rostro.

Esta manera de morir fué la que eligió.

Antes de darse la muerte probó á seducir á Augusto con el poder de sus encantos; pero el vencedor se mostró insensible. Cleopatra debia servir para aumentar el esplendor del triunfo, y la orgullosa Reina no titubeó entre la muerte y la vergüenza. Hacia largo tiempo que habia hecho construir dos magníficos sepulcros divididos en suntuosos departamentos. Hizo traer sus tesoros, los riquísimos muebles de los reyes sus predecesores, el oro, la plata, las esmeraldas, las perlas, los adornos de ébano y marfil, los perfumes, cuanto de mas precioso tenia en su palacio; y bien decidida á no sobrevivir á su derrota, se encerró en una de aquellas sepulturas.

Mandó preparar un baño, y entre tanto hízose servir un espléndido almuerzo. Mientras comia se presentó un campesino con un canastillo de frutas. Los guardias, creyendo que era simplemente un presente de uvas y

de higos, no pusieron obstáculo á su entrada. Entre aquellas frutas iba un áspid que Cleopatra habia mandado al hombre aquel que la llevase.

Cleopatra puso el áspid en un vaso, y concluyó la comida; después mandó que todos salieran del monumento funerario, excepto dos mujeres: Jray y Charmion. Así que estuvo sola vistióse el traje real, ciñó su frente con la diadema, y se recostó en un lecho de oro. Luego hizo que Jray la llevase el vaso que contenia el áspid: sacó al animal, colocóselo en el seno, y provocó su rabia con un huso de oro. La serpiente, irritada, picó; los ojos de Cleopatra se cerraron, y en breves momentos dejó de existir.

Cuando César mandó abrir las puertas de aquella sala, Cleopatra estaba muerta, Jray yacia sin vida á los piés de la Reina, y solo Charmion respiraba aun. Uno de los soldados acercóse á ella, y la dijo apostrofándola:

— ¡Hermosa muerte, á fe mia! ¿Qué te parece, Charmion?

— ¡Oh! hermosa y digna de una princesa descendiente de tantos reyes!

Y doblándose hasta llegar dulcemente al suelo, espiró tambien.

Cleopatra murió á los treinta y nueve años de edad, después de haber reinado veinte y cuatro; treinta años antes de J. C., y setecientos veinte y cuatro después de la fundacion de Roma.

PERROS DE ENRIQUE III.

(*Tradicion francesa.*)

Costumbre ha sido de los monarcas el distraer sus ratos de ocio con entretenimientos pueriles y aun extravagantes, como si por este medio quisieran contrastar las graves y penosas atenciones que reclama el servicio de los estados. Mas ningunos como los reyes de Francia en esto de satisfacer caprichos y nimiedades : llenas están las historias de rasgos de este género, y mucho tiempo y espacio necesitariamos para referirlos. Baste saber que, entre otros, el buen rey Enrique III consumia una gran parte de los caudales públicos en la compra y manutencion de animales de todas clases, á los cuales miraba como el mayor tesoro de su reino.

Pájaros, perros, caballos, fieras, cuanto de variado y rico ostenta el reino de la naturaleza en su parte animada é irracional, todo era gusto del Monarca, todo contribuia á su deleite, en todo empleaba sus riquezas.

Un solo bicho habia exceptuado de los honores de la holganza, y este era el gato. Enrique III odiaba tan de corazon á este género de animales, que su figura, su color, sus mañas, todo le era igualmente repugnante y aborrecido. Jamás les habia dado entrada en su palacio ni en sus caballerizas ni en sus graneros; la presencia de un gato bastaba para ponerle de mal humor por todo un dia; si en alguna ocasion habíase deslizado alguno á su vista, un estremecimiento nervioso le avisaba de aquella aparicion; pero ¿qué mas? Cuando sospechaba que en el punto adonde se dirigia podia hallarse inesperadamente con un gato, mandaba delante de sí emisarios de su servidumbre para que le evitaran el encuentro con semejante animal, cuyo solo olor le hacia desesperar de rabia.

Toda esta ojeriza que el rey Enrique III profesaba á los gatos se convertia en cariño y predileccion para con los perros. Pachones, galgos, mastines, falderos, todos le proporcionaban placer y entretenimiento en las largas horas que pasaba en su compañía. Pero del sinnúmero de lebreles que su aficion perruna le habia acarreado en torno de sí, á ningunos estimaba en tan alto grado ni dispensaba mayores atenciones que á tres pequeños animales mandados traer ex-profeso de Smirna, en fuerza de gastos y dispendios considerables.

Eran estos perritos de una belleza extremada y tan pequeños y bien formados, que todos tres cabian en una preciosa cesta, hecha de intento, la cual, pendiente de una cinta, servia comunmente de condecoracion ó

adorno al pecho del Monarca. Nada es comparable al cariño de Enrique hácia esta monada de la naturaleza; y en verdad que tenia razon el Rey, porque, si bellos y graciosos parecian, su instinto y penetracion corrian parejas con su hermosura.

Entre otras habilidades que el Rey habia hecho aprender á sus perrillos, distinguíase por su singularidad la de hacer el servicio de guardias de corps ínterin su majestad se entregaba al descanso. La cesta-habitacion de los perros quedaba pendiente cada noche de la cabecera de la cama del Rey; allí inmóbiles aquellos tres animalitos, parecia como que excusaban hasta la respiracion por no alterar el reposo de su dueño; y lo mas particular del caso consiste en que no todos ellos dormian á la par del Monarca. Un reloj colocado á corta distancia del lecho, cuyas tenues campanadas comprendian los perros perfectamente, marcábales las horas de centinela. En el momento en que la vibracion se dejaba sentir, el animalito que estaba despierto, apoyando las manillas en el borde de la cesta, tiraba con precaucion de la oreja á su vecino, el cual, despertando, venia á ocupar el puesto de su antecesor hasta que un nuevo sonido de la campana le advertia que era llegada la hora de ser relevado por su tercer compañero. Así alternativamente y sin interrupcion, sin ruido y sin quimeras, hacian aquellos animales el servicio de guardia durante la noche, velando cual pudieran haberlo hecho los mas activos servidores, por la seguridad de su señor. ¡Ay del que hubiera osado acercarse á la persona del Rey

en aquellos momentos! Los perritos no hubieran podido vencer ni despedazar al culpable, pero sus penetrantes y agudas voces bien habrian sublevado á todos los dependientes del alcázar.

Hé aquí lo que sucedió una mañana: Enrique III se hallaba en su palacio de Saint-Cloud, cuando fué avisado de que un monje venido de Paris solicitaba una entrevista con su rey. El hombre que deseaba hablar al Monarca era un jóven sacerdote de aspecto humilde y bondadoso, y se llamaba Jacobo Clemente. Enrique le mandó entrar.

Hallábase á la sazon entretenido con sus perritos, y tal vez esta circunstancia le tenia placentero hasta el punto de permitir audiencia á un desconocido. Jacobo Clemente fué entonces á dirigir al Rey algunas palabras, cuando los perros que estaban en la cesta volvieron la vista hácia el sacerdote y comenzaron á ladrar desesperadamente: era aquella quizá la primera vez que lo hacian. Enrique les mandó callar; pero no obedecieron; acariciólos con dulzura, y sus caricias pasaron desapercibidas; impúsoles silencio con amenazas, y los perros seguian ladrando en direccion del siniestro personaje; el Rey, por último, vióse precisado á hacer alejar los perros de su lado para poder comprender las palabras del recien venido.

Calmado el tumulto, Jacobo Clemente no habló: hizo ademan de entregar un pliego á Enrique, y al mismo tiempo asestóle una puñalada en el vientre, dejándole tendido en tierra y revolcándose en su sangre.

Cuando el Rey luchaba con su agonía aun se dejaban oir con fuerza los aullidos de los tres perritos que tan injustamente habian sido castigados por su desprevenido señor.

El instinto de aquellos tiernos animales ¿habria alcanzado hasta percibir la traicion y el crímen en el rostro del asesino!



LEONA DE BUENOS-AIRES.

(Tradicion americana.)

Si pudiera dudarse de que eso que se ha llamado instinto en los animales era una cosa muy parecida á lo que con el nombre de inteligencia designamos en nosotros mismos, los frecuentes ejemplos que la historia y la tradicion nos suministran en el curso de la presente obra, bastarian para comprobarlo evidentemente. Pero es de tal naturaleza la semejanza que existe entre nuestra manera de proceder y la que emplean en circunstancias dadas los animales desprovistos de razon, que no parece sino que, abundando en nuestras mismas ideas, participan tambien de nuestras debilidades, de nuestras aspiraciones, y hasta de nuestros sentimientos. Hé aquí una prueba palpable de esta verdad:

En 1555 los españoles, que anteriormente se habian visto obligados á abandonar el Paraguay, volvieron con

fuerzas mas considerables y fundaron á Buenos-Aires. Bien pronto faltaron los víveres en la nueva colonia. Todos los que se atrevian á salir en busca de provisiones eran degollados por los salvajes, y hubo necesidad de prohibir, pena de la vida, que ninguno saliera del recinto del nuevo establecimiento.

Una mujer, á quien el hambre sin duda habia dado el valor de arrostrar la muerte, burló la vigilancia de los guardias que velaban al rededor de la colonia para preservarla de los peligros á que la exponia el hambre. Maldonada, que este era el nombre de la fugitiva, después de andar errante por desconocidos y desiertos caminos, entró en una caverna para descansar de su fatiga, y ¡cuál fué su terror y su sorpresa cuando vió á una leona formidable aproximársele y comenzar á acariciarla, lamiéndola las manos y lanzando dolorosos rugidos, mas propios para conmover que para espantar! La española conoció que la leona estaba embarazada, y que sus gemidos eran el lenguaje de una madre que reclama socorros al dar á luz á su hijo. Maldonada cobró valor, y ayudó á la naturaleza en aquel trance doloroso.

Verificado felizmente el alumbramiento, la leona salió, volviendo con un alimento abundante, que depositó á los piés de su bienhechora. Los cachorrillos nacidos por la asistencia de la mujer, y criándose con ella, parecian manifestarla con sus juegos y mordeduras inocentes su reconocimiento por un beneficio que pagaba su madre con la mas tierna solicitud. Pero cuando la edad húboles dado el instinto y la fuerza para ir á buscar las

presas y devorarlas, los leoncillos se dispersaron por el bosque, y la madre, á quien ya no sujetaba el maternal cariño, se huyó á un desierto lejano, teatro de sus carnicerías.

Maldonada, sola, sin subsistencia, vióse obligada á abandonar aquella caverna, que hubiera sido espantosa para otros, y que á ella le habia servido de refugio. La pobre mujer anduvo largo tiempo sin caer en las manos de los indios salvajes; pero andando el tiempo, fué hallada por sus compatriotas, quienes la condujeron á Buenos-Aires. Una leona habíala alimentado, y dos hombres la hicieron esclava.

El comandante de las tropas, mas feroz que los leones y los salvajes, no creyendo á la mujer bastante castigada por su evasion con todos los males y peligros que habia sufrido, dió la bárbara órden de que fuese atada á un árbol en medio de una selva, para dejarla allí morir de hambre, ó que sirviera de pasto á los monstruos sanguinarios.

Dos dias después algunos soldados fueron á saber la suerte de aquella desgraciada víctima. Halláronla viva y rodeada por una multitud de tigres, que abriendo la boca y olfateando su presa, no osaban acercarse á ella por respeto á una leona que con sus leoncillos estaba recostada á los piés de la mujer. Este espectáculo sobrecogió á los soldados, llenándolos de lástima y horror. Al verlos la leona, se apartó del árbol, como dando á entender que les dejaba espacio para que pudiesen libertar á su bienhechora; y cuando vió que se llevaban á

Maldonada, el animal vino á confirmar con sus caricias y dulces rugidos los prodigios de reconocimiento que la infeliz mujer referia á sus libertadores.

La leona y sus leoncillos siguieron largo tiempo las huellas de Maldonada, dando las muestras de sentimiento y verdadero dolor que manifiesta una familia cuando acompaña á un padre ó á un hijo querido al puerto donde se embarca para el Nuevo-Mundo, de donde tal vez no volverá.

Los soldados contaron el suceso al Comandante, y este, aprendiendo de las bestias salvajes los sentimientos de humanidad que faltaban en su fiero corazon, concedió la vida á una mujer tan visiblemente protegida por el cielo.

LEON DE FLORENCIA.

(*Tradicion italiana.*)

El lápiz y el buril han hecho sobremanera popular la memoria del hermoso leon objeto de estas líneas. Su historia, sin embargo, es muy breve, aunque en cambio tiene mucho de notable.

A fines del siglo XVIII se escapó un leon de la casa de fieras del gran duque de Florencia. El formidable animal recorrió la ciudad en todas direcciones, sembrando la consternacion y el espanto por donde quiera que pasaba.

Una mujer que llevaba á su hijo en los brazos se encontró al leon en su camino; quiso huir, pero el terror clavó sus piés á la tierra; quiso gritar, pero la voz se ahogó en su garganta; la terrible fiera mientras tanto se acercaba á sus víctimas, como ansiosa de devorar la presa que se le presentaba. La pobre mujer dirigió la

vista á su hijo, é inspirada por un sentimiento maternal, hizo un esfuerzo desesperado; echó á correr, mas tan azorada y torpemente, que vino á dar en tierra con la dulce carga que intentaba salvar. El leon dió un salto y cogió al niño con la boca. Entonces la madre se arrojó de rodillas delante del animal, y con gritos delirantes, desgarradores, le pidió á su hijo. En aquel instante sucedió una cosa prodigiosa : el leon se paró, miró fijamente á la mujer, y dejó en tierra al infante, sin causarle el menor daño; después, azotando sus ijares con la cola, se alejó majestuosamente, mientras que la mujer, helada aun por el miedo, apretaba convulsamente al hijo contra su pecho.

El leon de Florencia ha logrado por este hecho conquistar las simpatías de todas las madres é inspirar á los chiquitines cierto respeto muy parecido al miedo.



BUEY APIS.

(Divinidad egipcia.)

El poderoso señor del imperio persa, el gran Darío, habíase apoderado de la soberbia Babilonia después de veinte meses de sitio. Por todas partes resonaban aclamaciones de alegría y gritos de victoria: el vencedor se presentó en Ménfis rodeado de la fastuosa pompa triunfal, cuando de repente un lúgubre clamor llenó los espacios; y hombres, mujeres y niños, rapándose el cabello, se revolcaban sobre la ceniza: el dios que fertilizaba los campos y daba perfumes á las flores y dulce murmullo á las fuentes, el Buey Apis, irritado por la tibieza de los homenajes que se le tributaban, estaba á punto de abandonar á sus protegidos; habia llegado al término de su vida. Veinte y cinco años habian trascurrido desde su instalacion en el templo, y ya era preciso buscarle un sucesor. El estupor se veia pintado en todos los

semblantes, el miedo reinaba en los corazones; el Egipto entero estaba consternado.

Darío prometió cien talentos de recompensa al que, encontrando un nuevo dios, enjugase el llanto del pueblo. Para esto era indispensable un milagro, porque Apis no nacia segun las leyes ordinarias de la naturaleza; su concepcion era sobrenatural, pues hacíase preciso que la luz fecundante de la luna, cayendo desde el cielo sobre una becerra, la hiciese madre, y que el animal sagrado viniese al mundo en medio del rugir del huracan y del fragor del trueno. Además su piel debia representar las diferentes fases de la luna por medio de signos simbólicos : sus manchas blancas denotaban el momento en que la reina de la noche luce su disco luminoso en medio de un cielo limpio, y las negras el en que oculta su luminosa faz tras de la atmósfera nebulosa; debia ser, en fin, enteramente igual á su predecesor. Negro como el ébano, en su frente habia de tener un cuadrito blanco como la nieve, en el costado derecho un círculo figurando la luna en creciente, sobre la espalda la imágen de un águila, bajo la lengua un nudo semejando un escarabajo; por último, las cerdas de la cola debian ser duplicadas. Hé aquí el raro animal cuya venida invocaba el Egipto.

En el entretanto los sacerdotes celebraban las ceremonias fúnebres que constituian los funerales del dios. Apis fué sacado del templo. Ya sus ojos no brillaban, sus piernas perezosas doblábanse sin poder soportar el peso del cuerpo; su boca, entreabierta, dejaba colgar los

labios flojos; veíase claramente que se extinguia su vida. En tal estado fué conducido, adornado de flores, al borde de la fuente sagrada, y precipitado en las aguas que tantas veces le habian servido de baño.

El llanto y los gemidos de la multitud aterrorizada respondieron á la voz sepulcral de los sacerdotes, cuando con tono lamentable exclamaron :

—¡Desgracia sobre nosotros, egipcios, desgracia sobre nosotros! ¡El buey Apis se ha ahogado en el Nilo al tomar un baño; acaba de abandonarnos!

El cadáver fué extraido del agua y cuidadosamente embalsamado; encerrósele en una urna incrustada de oro y pedrería, y durante muchos dias estuvo en el peristilo del templo, expuesto á las adoraciones del pueblo atribulado.

Los sacerdotes, cubiertos de pieles, gritaban como bacantes; las misteriosas puertas del Leteo y del Cocito giraron sobre sus goznes con estrépito horrible, y se abrió el santuario de Serápis, inaccesible aun para los sacerdotes en las circunstancias normales. Las solemnidades del entierro vinieron después.

El cuerpo del dios fué trasladado, del lugar que ocupaba en los pórticos, á una barca sagrada, donde se le condujo al sitio de su sepultura; era esta un sarcófago de alabastro, adornado de columnas, molduras y jeroglíficos, que atestiguaban los principales acontecimientos que habian señalado el período de la existencia del dios.

Corrieron así muchos dias, y el silencio y la desolacion cubrian la tierra de los Faraones.

Al fin, un egipcio se presentó á reclamar la recompensa prometida por Darío. Extendióse al punto la noticia de que una vaca, fecundada por el fuego celeste, habia dado al mundo el animal digno de las adoraciones de los mortales. Los escribas sagrados, versados en la oculta ciencia de los santuarios, fueron enviados para reconocer al dios que acababa de nacer. Proclamaron su carácter divino, y anunciaron á los egipcios abundantes cosechas y toda suerte de prosperidades.

Entonces al dolor y al espanto sucedió el júbilo mas estrepitoso. Comenzaron las ceremonias que debian presidir á la instalacion de la nueva divinidad, y en el mismo lugar en que habia nacido Apis se construyó un edificio, cuyo fróntis miraba hácia el oriente. El recien nacido debia ser alimentado por su madre durante cuatro meses.

Pasado este tiempo, á la vuelta de la luna nueva, los escribas sagrados y los profetas corrieron á prosternarse delante del ídolo; luego le colocaron en la barca sagrada, cubierta de dorados y de telas riquísimas; lo condujeron á la ciudad del sol, y allí, por espacio de cuarenta dias, estuvo confiado á los cuidados de los sacerdotes de Heliópolis. Espiró la cuarentena, y Apis fué conducido á Ménfis. Cubria sus lomos una manta azul celeste, sembrada de puntos rojos; encima de los cuernos veíase el disco lunar, coronado por dos plumas de avestruz, y sobre ellos el *flabellum*, insignia de su poder. Una multitud inmensa se precipitaba á su encuentro, ansiosa por aspirar su aliento; porque aquel cuyo

rostro fuese bañado por el aliento de Apis quedaba iluminado y podia predecir el porvenir.

Apis fué conducido en medio de los cánticos sagrados al templo que le estaba destinado, cerca del de Vulcano. Este templo, decorado con estatuas colosales, de doce codos de altura, las cuales sostenian las dobles bóvedas, adornadas de preciosas esculturas, estaba rodeado de un extenso patio, destinado á los paseos del dios. Dentro del templo habia dos naves ó capillas, dedicadas la una á Osíris, personificacion del bien, y la otra á Tifon, que representaba el mal. ¿En cuál penetraria Apis? Si en la una, era un presagio feliz; si en la otra, este presagio era calamitoso y fatal. Apis se dirigió á la capilla consagrada á Osíris. Allí los sacerdotes le ofrecieron yerbas frescas en un dornajo de marfil, y diéronle á beber en un cubo de oro agua del Nilo, mezclada con harina de maíz. El dios aceptó los alimentos, y el Egipto estaba ebrio de alegría. Habia encontrado á su dios, y el cielo se declaraba en su favor.

Tales eran las ceremonias que practicaban los egipcios en la muerte y nacimiento de un dios.

Los sacerdotes ejecutaban en el templo de Apis las danzas astronómicas. Cada uno de ellos representaba uno de los doce signos del zodiaco, los siete planetas y las constelaciones entonces conocidas. En el medio del templo estaba colocado un sol, al rededor del cual gravitaban meteoros de rara especie, que imitaban en lo posible con sus giros las revoluciones de los cuerpos celestes. Las fiestas de Apis duraban anualmente siete dias.

Luego que el Nilo, desbordándose, comenzaba á inundar los campos, arrojaban á las aguas un vaso de oro, que decian llevaba la virtud de alejar los cocodrilos de la ribera.

Apis predecia el porvenir. Sus movimientos eran signos con los cuales trazaba las respuestas, que interpretaban después los sacerdotes. Si rechazaba ó admitia los alimentos, era señal de que ó amenazaban al Estado graves peligros ó se preparaban faustos sucesos. Cuenta Plinio que Apis rehusó el alimento que le ofrecia Germánico, y que este héroe murió al poco tiempo. El astrónomo Eudoxio fué á Egipto para instruirse en las ciencias sacerdotales, y como un dia notasen los sacerdotes que Apis le lamia el manto, al punto le predijeron al astrónomo una gran celebridad.

Los reyes de Egipto recibian en el templo de Apis la uncion religiosa. La historia nos cuenta que el hijo de aquel Darío que ofreció cien *talentos* al que descubriese al buey sagrado, dió fin á la existencia y culto de aquella divinidad. Cambíses, después de haber intentado inútilmente la destruccion del templo de Júpiter-Ammon, quiso vengar este revés en los etíopes, y al efecto marchó contra ellos á la cabeza de un formidable ejército; pero un hambre horrible, que los forzó á comerse unos á otros, obligólos á retroceder. Ardiendo en ira, reconquistó el Egipto y sembró por todas partes el espanto y la desolacion. Saqueó y puso fuego á todos los templos de Tébas; por último, llegó á Ménfis. El pueblo adoraba á su dios, el incienso humeaba, los sacer-

dotes hacian sacrificios. Cambíses creyó que estas fiestas celebraban su pasada desgracia; irritado por la insolencia de aquellos hombres, puso mano á su acero; se lanzó en el templo al frente de algunos soldados, penetró en el santuario, mandó degollar á todos los sacerdotes, y él mismo atravesó con su espada un costado del animal objeto de las adoraciones. Un mugido terrible conmovió el templo, y Apis cayó sin vida sobre el pavimento. Pero el rayo no hirió al sacrílego; el cielo no obró, en su cólera, ningun prodigio; el pueblo se desbandó en silencio, y comenzó á dudar del poder de su dios. Desde entonces disminuyó el número de adoradores, y aunque el culto de Apis continuó algun tiempo después, no era mas que una pálida luz que arrojaba sus últimos reflejos.

Apis, que estaba consagrado á la luna, era considerado como la encarnacion del alma de Osíris, la mas célebre de las divinidades egipcias.



OSO DE DON FAVILA.

(*Historia de España.*)

Desde los tiempos mas remotos ha sido la montería objeto de señalada predileccion para los príncipes y grandes señores. Imágen fiel y exacta de la guerra, la caza mayor era considerada como el mas excelente aprendizaje de la estrategia militar y el elemento mas poderoso del desarrollo físico y moral del individuo. La inclemencia de los tiempos, el constante ejercicio, la agitacion continuada, el deber de provocar el ataque, la necesidad de atender á la defensa, todo contribuia á ejercitar las fuerzas del ser menos robusto y á infundir vigorosos alientos en el mas tímido ó menos arrojado. Esto de acechar continuamente al enemigo, buscarle en sus guaridas, sacarle al campo en ademan de ofenderle, trabar la lucha, y contar con una muerte cierta en caso

de que las fuerzas vacilen ó el ánimo se turbe ante el poder de su adversario; esto, decimos, bastaba por sí solo para hacer un guerrero de un príncipe, siquiera su extremada juventud ó excesiva debilidad le alejasen de las tiendas y los campamentos.

Pero si la caza de montería proporcionaba ventajas á los mozos y goces ejemplares para los varones esforzados, tambien en cambio producia desgracias y catástrofes tan horribles ó aun mas que las de la misma guerra. Y no se crea que de la lucha con los habitantes de los bosques salian perjudicados únicamente los servidores y asistentes que en gran número acudian á este singular espectáculo, sino que los mismos señores, los príncipes, los monarcas, sucumbieron mas de una vez á las arremetidas de una fiera, sin que la estrategia, el valor ni el auxilio de sus monteros pudiesen evitarlo. Llenas están las historias de casos de este género: el emperador Adriano se rompió una pierna en la caza de los montes; D. Dionís de Portugal estuvo á pique de ser destrozado por un oso; á Felipe el Hermoso de Francia le mató un jabalí; D. Juan I de Aragon pereció en la caza de los lobos; el infante D. Sancho, hijo de D. Fernando II, rey de Leon, fué muerto por un oso; y por último, D. Favila, rey de España, el trigésimosexto de la línea de los godos, pereció tambien entre las garras de un oso, víctima de su aficion por la caza y del ardimiento é impetuosidad de sus pocos años.

En el principado de Astúrias, concejo de Cangas de Onís, y cerca de la iglesia de Santa Cruz, se eleva una

altísima sierra que, poblada de árboles y maleza por los años del Señor 739, abundaba en caza de todo género, y muy especialmente en corpulentas y terribles piezas de montería. Aquel era el lugar elegido por D. Favila para ejercitar sus fuerzas y su brio en las largas horas que una paz aparente le dejaba libres.

Favila era hijo de D. Pelayo. Muerto este invicto guerrero en la villa de Cangas el año 737, los grandes y los estados de su reino acordaron elegir por soberano á su hijo Favila para mejor honrar las hazañas del libertador de la monarquía, y perpetuar así en aquella raza de héroes los inmarcesibles lauros del caudillo de Covadonga. Dos años llevaba de reinado Favila, sin que los moros hubieran molestado á su ejército, temerosos de encontrar en el nuevo rey un azote tan cruel como lo habia sido el de su padre; cuando el jóven monarca, ardiendo en deseos de probar sus fuerzas con enemigos dignos de su pujanza, se dedicó asiduamente á la caza de los montes. Favila era mozo, pero fuerte; su corpulenta estatura, sus grandes y vigorosos miembros, su prodigiosa fuerza, y el ánimo y espíritu que le habia legado Pelayo, todo parecia anunciarle que el ejercicio de la caza era, á falta de otra ocupacion guerrera, el único aliciente que podia ofrecer á la ociosidad de su brazo.

Una mañana, cáminando en compañía de sus gentes y monteros por las crestas de aquella montaña, á que tanta aficion manifestaba, hallóse frente á frente con un oso de gran corpulencia y de fiereza suma, el cual á la vista del Rey, parece como que pretendia lidiar con él,

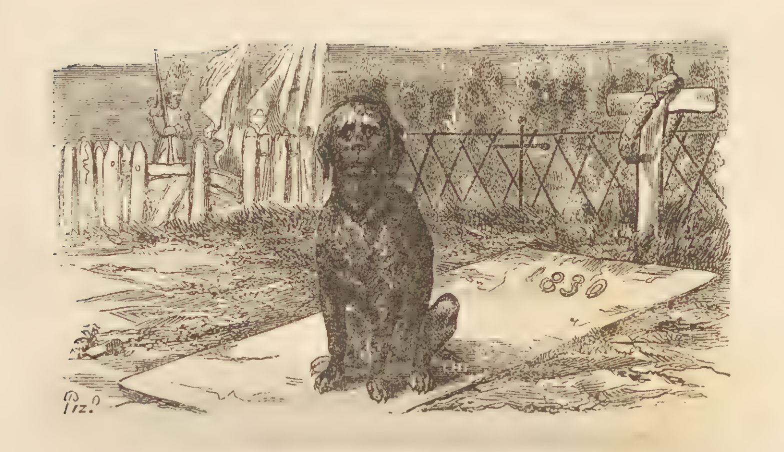
aun á despecho de los muchos servidores de que estaba rodeado. El oso, hostigado por los perros y por las gentes de caza, apenas se cuidaba de acometer á los unos ni á los otros: fija su mirada en la persona del Rey, limitábase á desperdigar con violentas sacudidas á los que reiteradamente se le abalanzaban, y como á aguardar á que el jefe de aquella tropa viniese á acometerle cara á cara. Favila, que no cedia á ninguno en valor y coraje, comprendió que él era el llamado por la fiera en aquella ocasion: deseoso de justificar su nombre, y bien seguro de la pujanza de su brazo, mandó apartar á todos los suyos, y se dispuso á lanzear cuerpo á cuerpo con la fiera. Esta, que, merced á sus años y pasadas experiencias, no cedia en estratégico instinto á los mas acreditados monteros, comenzó á cejar, como acobardada y temerosa, hasta la concavidad de una peña, tras de la cual intentaba defenderse. Furioso ya el jóven Rey, y necesitando dar expansion á su implacable deseo de vencer, picó el acicate á su caballo y se arrojó sobre el oso, hundiendo su poderosa lanza en las carnes del jadeante bruto: un poco de acierto mas, y la victoria era completa; pero la herida causada al oso, aunque profunda, no habia afectado instantáneamente su existencia; y exacerbadas las fuerzas del potente animal, arremetió sobre el Rey con tal presteza, que le asió y arrancó del caballo, cortándole toda accion y desarmándole en menos tiempo del que los monteros necesitaron para gritar. El valeroso monarca no desfalleció aun: desmontado, herido, sin lanza, sin auxilio, probó á defenderse del

monstruo con sus brazos, como si las armas fueran iguales y el arrojo bastase para hacer frente á las embestidas de un oso maltratado en el monte. Favila sucumbió: cuando los servidores y gentes de caza pudieron abalanzarse al vengativo animal, no quedaba del Rey otra cosa que algunos restos ensangrentados y palpitantes, que el oso se disponia á devorar.

¿Qué explicacion podrá darse á un hecho tan extraño como el que acabamos de referir?

La tradicion dice que aquel oso habia presenciado en otra montería la muerte de dos de sus cachorros causada por la lanza del Rey. Todo es posible.

D. Favila está enterrado en la iglesia de Santa Cruz, cerca de la villa de Cangas de Onís. La muerte de este rey, segun un autor respetable, se halla dibujada en un arco sobre la puerta del convento de Villanueva, en el concejo de Cangas de Onís, fundacion de D. Alonso el Católico, cuñado de Favila. El monasterio de Villanueva, obra del año 777, es el monumento mas antiguo de España desde la invasion de los moros.



PERRO DEL LOUVRE (*).

(*Revolucion francesa*, 1830.)

¡Descubrid vuestra frente, pasajeros!
¡Dormidos para siempre en esa tumba
Muchos bravos están!
¡Para el mártir del Louvre tristes flores,
Para su fiel amigo una caricia
Y un pedazo de pan!

(*) A la amistad que nos une con el Sr. D. Antonio de Trueba y la Quintana debemos la traduccion en versos españoles de la bellísima poesía que el célebre Casimiro Delavigne dedicó al perro de la revolucion de julio.

¿Qué podriamos añadir nosotros, para recuerdo de este notable animal, á los bellísimos conceptos del poeta francés autor de *Los hijos de Eduardo*, tan admirablemente interpretados por el poeta español autor de *El libro de los Cantares*?

¡Era el sangriento dia del combate!
Al arrostrar el bravo la metralla,
Su perro le siguió,
Y ¡ambos cayeron por el plomo heridos!...
¿Cuál de los dos merece ser llorado?
¡El perro no murió!

—

Se apoya cabizbajo sobre el héroe;
Desconsolado, á su querido amigo
Llama el pobre animal,
Y le inunda de lágrimas y sangre,
Con su cabeza cana acariciándole
Compasivo y leal.

—

Acércase la fúnebre carroza;
El perro, á quien la multitud respeta,
Su puesto ocupa ya;
Y silencioso, dolorido, triste,
Precediendo al cortejo funerario,
Como un hermano va.

—

¡No le detiene su dolor acerbo!
Arrástrase cojeando hasta la fosa,
Donde arroja en monton
La gloria á tantos héroes sin nombrarlos
Ni conocerlos; ¡que para eso muchos
Esos mártires son!

Constante salvaguardia de la tumba.
Ningun placer consigue distraerle
De su pesar cruel;
Si alguna mano acariciarle intenta,
Parece que murmura al esquivarla:
—¡No es la suya; no es él!—

—

Cuando la luz del alba, del rocío
Que pende de las tristes siemprevivas
Dobla la brillantez,
Reanimados sus ojos, se incorpora
Quizá con la esperanza de que su amo
Le acaricie á su vez.

—

Cuando se agita al viento de la noche
La corona de flores, suspendida
Del signo de la fe,
Se esfuerza el pobre porque le oiga su amo,
Y ladra y llora porque la nocturna
Despedida le dé.

—

Si el cierzo sopla, y á cubrir empieza
Silenciosa la nieve de anchos copos
La losa sepulcral,
Exhala un grito cariñoso y triste,
Y se echa, á fin de guarecer á su amo
Del relente glacial.

Antes que el sueño su pupila vele,
Se esfuerza por alzar la fria losa;
¡Mas vano su afan es!
—Si despierta, se dice resignado,
Me llamará y ahuyentará mi sueño;—
Y se duerme después.

—

Sueña con las sangrientas barricadas,
Y á su amo ve en la lid todo cubierto
De sangre y de sudor;
Le oye después silbar allá en la sombra,
Y se lanza en su busca dando un grito
De impaciencia y dolor.

—

Héle esperando aun sobre la losa.
Donde llora, donde ama, donde sufre,
Donde al fin morirá.
¿Cuál es su nombre? ¡No lo sabe nadie!
¡Jamás la voz que tan querida le era
Su nombre nos dirá!

—

¡Descubrid vuestra frente, pasajeros!
¡Dormidos para siempre en esa tumba
Muchos bravos están!
¡Para el mártir del Louvre tristes flores,
Para su fiel amigo una caricia
Y un pedazo de pan!



MARGARITA.

(Urraca ladrona.)

I.

Remontemonos á la mitad del siglo XVIII. Estamos en Palaiseau (Francia), á tres leguas de Versalles; torzamos un poco á la derecha, y descansemos un momento. ¿Veis allá abajo, en el valle, aquella graciosa casita caprichosamente ceñida de yedra y madreselva, y rodeada de lozanos árboles frutales, asemejándose á un ramillete de verdura en medio de un jardin? Es la morada de Gervasio, el arrendatario mas honrado y mas rico de la comarca. Hoy es dia de gran fiesta para los moradores de aquella casita: todos ellos van, vienen, corren, y llevan una mesa á la sombra del robusto nogal que hay en la puerta. El labrador aguarda á su hijo, que debe volver del ejército, y los parientes quieren celebrar su regreso. Allí salen dos mujeres: acerquémonos poquito á poco y escuchemos su conversacion.

—Anita, ¿has dado de comer á la Urraca? Ya que todo el mundo se regocija, que goce tambien la pobre Margarita.

—Sí, sí, Señora, miradla vos misma; ved cómo saca la cabeza por los hierros de la jaula.

—¡Anita!... Anita!—gritó la Urraca.

—¡Pobrecilla! Quiere salir.

—Bien, ábrele; todos los dias la soltamos, y vuela en las ramas de los árboles, recorre los tejados, se posa en el campanario de la iglesia, y á la noche vuelve otra vez sin faltar.

—Es que el otro dia un gato á poco le retuerce el cuello.

—¡Anita!... Anita!...—gritó la Urraca nuevamente.

—Abrele, ábrele; ¿no oyes cómo te llama? Si algun enemigo la ataca, uñas y pico tiene para defenderse.

—Vos lo quereis, abriré; pero me temo que va á suceder alguna desgracia.

La muchacha abrió la jaula, y la Urraca se puso de un vuelo en las ramas del nogal.

Alejóse la arrendadora, y al poco tiempo volvió trayendo un cesto lleno de cubiertos de plata.

—Anita, hé aquí los cubiertos; pero falta un tenedor, el que se perdió últimamente el dia de San Claudio. ¡Fuerte cosa es no haberlo podido hallar!

—No habrá sido por falta de diligencia.

—¡Bah!... Pues yo estoy segura de que no se ha perdido. ¿Quién lo hubiera podido robar?

—¡Anita! Anita!—clamó la maldita Urraca.

La jóven se estremeció, y un observador atento hubiera notado la mirada que, sospechosa y á hurtadillas, la dirigió la labradora.

— ¿Qué tienes, Anita?...

— Nada, Señora... ¡Como Margarita pronunciaba mi nombre!

— ¡Bueno, bueno! Cuida hoy de los cubiertos y que ninguno falte.

— ¡Qué tono usais! Diríase que sospechais de mí.

— Yo de nadie sospecho; pero...

De repente se abrió la verja que daba entrada al patio, y multitud de personas entraron en tropel: entre ellos venia un militar, el cual echó á correr apenas hubo pasado el umbral. La arrendadora conoció á su hijo, precipitóse á él, y un estrecho abrazo unió sus corazones. Todos los de la quinta rodearon al jóven soldado, y este, después de abrazarlos, pidió noticias de los vecinos.

— Míralos, — exclamó la madre, estrechándolo de nuevo, — míralos, que vienen á participar de nuestra alegría. ¡A la mesa, señores, á la mesa!

Efectivamente, los convidados habian llegado ya, y empezó la comida. Circularon las copas; el soldado contó sus campañas, y la mesa no se abandonó hasta el anochecer. Entonces la madre cogió á su hijo del brazo, y acompañada por su marido, fué á pasearse por la villa de Palaiseau: ¡tan orgullosa estaba con su hijo la buena mujer!... La reunion se deshizo, todos marcharon, y Anita quedó sola. Su primer cuidado fué recoger la plata: contó los cubiertos, y la docena estaba completa á

excepcion del trinchante perdido. Cuando los hubo colocado en el cesto, dejólos en una esquina de la mesa, tomó los platos vacíos y las sillas, y se entró en la casa; luego llevó el cesto á un aparador, le encerró, guardó la llave en el pecho, y bien segura de que nada faltaba, esperó tranquilamente la vuelta de sus amos.

— ¿Qué me resta que hacer? — Se dijo á sí misma. — Nada... ¡Ah! Me olvidaba de la Urraca... ¡Margarita!... Margarita!... ¿Dónde andará ese maldito pajarraco?

Margarita no respondia á los gritos de la criada. Al fin apareció volando con rapidez. ¿De dónde venia? Poco se inquietaba por ello la buena Anita; encerró al ave en la jaula y se durmió profundamente.

II.

A la mañana siguiente notábase una agitacion extraordinaria en el interior de la alquería; pero no era, como en la víspera, la agitacion del placer, no se notaba en los semblantes el aire de fiesta y confianza, veíaseles una extraña mezcla de inquietud y de tristeza, de cólera y asombro. La voz de la arrendadora se alzaba mas alta que las demás :

— ¡Me han robado!... Me han robado!... Pero esta vez no se escapará el ladron como la otra. El otro dia un tenedor, ayer una cuchara; á este paso, ¡adios docena de cubiertos! Veamos quién de vosotros es el ladron.

— Sosiégate, mujer, — repuso el arrendador, — aquí

no hay ladron alguno; la cuchara estará por ahí, ella parecerá.

— Sí, como el tenedor. Vamos, Anita, ¿qué respondes?

— Os juro, Señora, — dijo la criada trémula y bajando los ojos; — os juro que yo los conté ayer, y la cuchara estaba. Yo recogí los cubiertos, los puse en el cestillo, lo encerré en el aparador, y me guardé la llave.

— Es preciso que la verdad aparezca; que venga el Bailío, interrogue á todo el mundo, y tanto peor para aquel ó aquella... yo me entiendo... ¡Que vayan á buscar al Bailío!

En aquella época se daba el nombre de bailío al magistrado que administraba justicia en un distrito limitado, al que llamaban bailiato.

El Bailío tardó algun tiempo en llegar, y en el entretanto el arrendador y su hijo trataron de que la arrendadora desistiera de su propósito; pero todos sus esfuerzos se estrellaron en la obstinacion de la irritada mujer.

— Que se me vuelva mi cubierto, ó se castigue al ladron, — era su única respuesta.

Al fin apareció el Bailío seguido de un escribano; la arrendadora le explicó el hecho, y al punto las sospechas del magistrado recayeron en la sirvienta. Todas las apariencias estaban contra ella. Además, una circunstancia, bastante indiferente en sí misma, vino á aumentar la mala predisposicion del juez.

— Aquí todos aparecen culpables, — dijo con voz severa, — solo un hecho está fuera de duda, y es la des-

aparicion, con quince dias de intervalo, de un trinchante y una cuchara: ¿quién de vosotros los ha tomado?

—¡Anita! Anita! —gritó la Urraca, como gritaba la vez que se suscitó la primera cuestion.

—¿Ois? Ese animal os acusa, —exclamó el Bailío.

Anita no respondió: pálida, anegada en llanto, sofocada por los sollozos, cayó moribunda á los piés del juez, quien, tomando aquel desvanecimiento por una confesion del crímen, mandó conducir á la pobre niña á una prision.

III.

Era llegado el dia del juicio; todos los habitantes de Palaiseau veíanse apiñados en la sala de la audiencia. Comenzó el interrogatorio con esa solemnidad y esas fórmulas judiciales qne llevan la turbacion y el frio al corazon del acusado. Anita persistió con energía en sus negativas, protestando de su inocencia, y poniendo á Dios por testigo de la injusticia con que se la acusaba.

Esta firmeza admiró al juez; pero las prevenciones dominaron su espíritu, y mandó ponerla á prueba de tormento.

¡El tormento! suplicio horrible, costumbre bárbara que Luis XVI se empeñó en abolir al ascender al trono; ¡uso impío y sacrílego, que arrancaba casi siempre de la boca del inocente una confesion falsa para librarse de los horrorosos dolores que sufria! Y el que se admire de estas confesiones falsas, el que extrañe que los acusa-

dos no tuvieran bastante fuerza de voluntad, bastante vigor de alma para resistir la violencia de los tormentos, que lea y juzgue.

El infeliz era conducido á la sala de tortura, y allí juraba decir verdad, extendiendo la mano sobre una página del Evangelio; sentábanlo en un banquillo rodeado de los instrumentos del suplicio, y empezaba el interrogatorio; concluido este, se le hacia firmar... En seguida le colocaban á lo largo de las desnudas piernas cuatro tablas de encina de dos piés de longitud y uno de grueso, que oprimian desde los piés hasta cuatro dedos mas arriba de las rodillas; las tablas tenian cuatro agujeros cada una, y por ellos pasaba el verdugo unos cordeles que apretaba con la mayor fuerza posible; después, á favor de un mazo, introducia siete cuñas entre las tablas y las rodillas, y otra mas en los tobillos. Las cuñas se introducian sucesivamente, y á cada nuevo martillazo el juez dirigia preguntas al torturado, que era sostenido por un hombre colocado á su espalda.

Anita no pudo sufrir hasta el fin aquel dolor atroz. Cuando vió sus carnes amoratadas desgarrarse, cuando sintió sus huesos crujir y romperse, cuando la sangre saltó á borbotones á través de las tablas mal unidas, una fiebre ardiente la asaltó, sus ojos se cerraron, sus labios se entreabrieron como queriendo hablar. El juez mandó suspender el suplicio.

—¿Confesais el crímen de que se os acusa?—dijo con ahuecada y severa voz.

—¡Soy inocente!—murmuró la desdichada.

— ¡ Ajustad otra cuña !

El verdugo obedeció. Los huesos chasquearon de nuevo, y la carne escapó por las aberturas; Anita lanzó un grito desgarrador.

— ¡ Todo lo confieso ! — suspiró, cayendo desfallecida. Entonces le quitaron las ligaduras, y después de prodigarle los socorros necesarios, fué conducida de nuevo al tribunal. Leyóse el proceso en la audiencia, y la pobre niña, convicta y confesa de robo doméstico, fué condenada á sufrir muerte de horca antes de veinte y cuatro horas en la plaza pública de Palaiseau. Decia la sentencia : «Este castigo se ejecuta para espanto y ejemplar de los que fueren tentados á robar á sus señores.»

IV.

Seis meses eran corridos, y ya comenzaba á borrarse el recuerdo de aquella catástrofe, cuando vino á reanimarlo una circunstancia verdaderamente extraordinaria. Gervasio pagó á uno de sus criados el salario del año trascurrido, y el hombre fué gozoso á contar el dinero al pié del nogal que sombreaba la puerta. A medida que los escudos de seis libras pasaban por su mano, íbalos poniendo á un lado en el suelo; Margarita descendió sigilosamente de una rama, cogió uno en el pico y huyó con su presa. El labriego vió la maniobra, intentó seguir á la Urraca para recobrar el escudo; pero el ave remontó el vuelo y fué á esconderse en el cam-

panario de la iglesia. El hombre no la perdió de vista, y viéndola meterse en un agujero de la techumbre hácia uno de los ángulos que amenazaba ruina, llamó á algunos compañeros, refirióles el suceso, y les rogó que lo acompañasen á la torre y le ayudaran en sus investigaciones. Entre tanto Margarita volvió con el pico vacío á posarse sobre las ramas del nogal, arrojando gritos semejantes á carcajadas.

—Creo á fe mia que se burla de nosotros.

—Esto es gracioso; hace ni mas ni menos lo mismo que hacia cuando el juez interrogaba á la desdichada Anita.

—¡Tú estás loco!—clamó la arrendadora, en quien toda alusion al proceso de la muchacha producia el efecto de una injuria.

—Loco ó no loco, es sin embargo la verdad.

—Vamos, basta de charlar. ¡A la torre!... A la torre!... Y busquemos el escudo que me ha llevado ese maldito avechucho.

Todos se encaminaron á la iglesia. Aun no habian corrido diez minutos cuando se les vió llegar en confuso desórden y profiriendo gritos de terror y espanto.

—¡Anita!... ¡Pobre Anita!... ¡La ahorcaron, y estaba inocente!

—¡Anita era inocente!

Y este grito corrió de la iglesia á la poblacion, y halló eco en todos los corazones, y cundió de boca en boca. Apiñóse la gente al rededor del labriego, ansiando oir la historia de lo ocurrido; todos preguntaban á un tiem-

po, y el buen hombre dijo, alzando la mano en que llevaba el cubierto:

—Mis compañeros y yo subimos á la torre, registramos por todas partes, escudriñamos hasta la mas pequeña rendija, y figuráos mi asombro cuando meto la mano en un agujero, y ¿qué diréis que saqué? Primero un trinchante, luego una cuchara, y por último mi escudo... ¡Pobre Anita!... ¡La Urraca era la culpable, y la niña sufrió el tormento y la muerte!...

Esta noticia fué un rayo para Gervasio y su mujer: su estancia en Palaiseau se hizo odiosa; los remordimientos los acosaban, y tuvieron que trasladarse á Paris. Una vez en aquella ciudad, la arrendadora, para sosegar la agitacion de su conciencia, instituyó en la iglesia de San Juan de Grève una misa anual por el descanso del alma de la ajusticiada. Esta misa, que se celebró hasta la revolucion, se llamaba *la misa de la Urraca*. «El alma de los jueces,—dice Mercier en su *Cuadro de Paris*;—el alma de los jueces era quien tenia necesidad de misas y de indulgencias.»



ORELIA.

(*Caballo de Don Rodrigo.*)

I.

Orillas del Guadalete, no léjos de la magnífica y ruinosa cartuja de Jerez de la Frontera, hay una vega triste é infecunda, donde ni la yerba nace ni los árboles prevalecen. La aridez de este campo forma un raro contraste con la fertilidad y lozanía de los que le rodean; diríase que la maldicion del cielo ha caido sobre él. Si el aspecto melancólico de aquellos lugares ha impresionado vuestras almas, y sois amigos de tradiciones é historias viejas, preguntad á los campesinos de los cortijos inmediatos, y ellos os dirán á su modo la razon de aquel abandono del cielo y de los hombres; ellos os dirán por qué en medio de aquella fértil comarca, donde la agricultura no ha querido perder un pié de tierra, existe un inmenso llano abandonado y estéril. Pero no es ne-

cesario que os cuenten la conseja ; su nombre solo os lo explicará mejor que cuanto puedan deciros : aquel llano se llama *La vega de Don Rodrigo*. Allí tuvo su fin el imperio de los godos, allí comenzó aquella lucha terrible que habia de durar siete siglos, allí los que humillaron á Roma fueron á su vez humillados por las valientes y salvajes tribus del desierto, que elevaron la media luna sobre los sangrientos jirones del pendon de la Cruz; allí Rodrigo, caballero en su gallardo Orelia, hizo el último esfuerzo por salvar su honor y su reino; y los ferrados cascos del valiente animal hollaron aquella tierra sembrada de cadáveres, arrastrando tal vez por ella el mutilado cadáver de su dueño.

La historia de este caballo está ligada con la de aquellos grandes acontecimientos que cambiaron la faz del mundo, y como la de ellos, tiene un no sé qué de misterioso y fantástico. Los últimos sucesos del imperio godo, si exceptuamos la catástrofe del Guadalete, se hallan de tal suerte envueltos en tinieblas y extravagantes fábulas, que apenas es posible distinguir á través de ellas lo verdadero de lo falso. Las aventuras de la cueva de Hércules y del castillo misterioso, los amores de Florinda y Rodrigo, la traicion del conde Don Julian, mas parecen cuentos inventados por el terror y la credulidad del vulgo, que sucesos reales y verdaderos. Sin embargo, á falta de noticias mas fidedignas, habrémos de contentarnos con las que la tradicion nos ha trasmitido. Pocos son los datos que acerca de Orelia hemos podido encontrar, por mas que hayamos revuelto mu-

chos cronicones que de aquellos tiempos se escribieron; y hubiéramos renunciado á darle un lugar en esta obra, si la consideracion de que es el símbolo de la pérdida de España no se lo diera de suyo.

Habia no léjos de Toledo, segun la tradicion popular, un castillo de extraña y exótica arquitectura, que los habitantes de la ciudad y los campos inmediatos conocian con el nombre de *castillo misterioso*. Constantemente cerrado, sabíase que el rey que intentara pasar sus umbrales encontraria allí una exacta relacion de su porvenir; pero que tal vez perderia vida y reinos en castigo de su arrojo; por lo que, tan luego como un príncipe ceñia la corona, mandaba echar un candado á aquella fatídica puerta, que ya contaba tantos como monarcas el imperio de los godos. Rodrigo subió al trono; pero, jóven y disipado, no se acordó de cumplir la obligacion que sus antepasados se impusieran, y viviendo solo para el amor y los festines, dejó al castillo encantado sin la nueva cerradura que debia asegurar su dominacion en España. Deshonrada por él Florinda, y retraido de la corte con hostiles apariencias su noble padre el conde Don Julian, gobernador de Ceuta, se alzó por todo el reino un vago rumor de alarma, que, recorriendo villas y ciudades, llegó hasta el real palacio donde Rodrigo se entregaba á los placeres, olvidado de las cosas del Gobierno. A la noticia de que su trono estaba en peligro, el Rey, jóven é impetuoso, quiso saber lo que le estaba reservado, y á pesar de los ruegos y lágrimas de sus vasallos y cortesanos, que de rodillas en su trán-

sito le suplicaban que desistiese de aquel propósito, se encaminó una tarde solo y tranquilo hácia el terrible castillo de los encantos.

Pronto se halló en el campo mustio y sin flores que lo circundaba; llanura agreste y solitaria, donde pocas veces humano pié osó estampar su huella. El crepúsculo alumbraba débilmente la arábiga y misteriosa fortaleza, comunicando á sus elevadas torres un aspecto mas fantástico aun del que de ordinario solian tener. Cuando Rodrigo con ánimo firme y corazon entero heria con el cuento de su lanza aquella puerta que tantas generaciones respetaron, un rumor sordo, lúgubre y lastimero como el último quejido de un moribundo, respondió á su llamada. El Rey, sin intimidarse por esto, dió otro golpe mas fuerte aun, y vió con admiracion que las hojas se abrian por sí mismas, presentando á sus ojos un oscuro y estrecho corredor que terminaba en una escalera. Sin vacilar un momento lanzóse Rodrigo á él, y poco después se hallaba en el piso principal de la torre.

Respecto á lo que en ella vió andan discordes las historias. Dicen unas que halló grandes lienzos en que estaban representadas horribles batallas, donde los godos y el mismo Rey sucumbian al poder de un ejército extraño, cuyas raras y extravagantes vestiduras nunca vieron los ojos ni forjó la mente. Cuentan otras que el asombrado monarca fué acometido del sueño al llegar á aquel sitio, y en él presenció esta misma batalla, y se sintió herido por una lanza enemiga. Pero sea de ello lo que quiera, Rodrigo salió del castillo trémulo y desen-

cajado, no sabiendo adónde encaminar sus pasos. Al poner el pié fuera del umbral, los cimientos de la fortaleza comenzaron á crujir, las torres principiaron á desmoronarse, y por puertas y ventanas salian rios de fuego, amenazando poner fin á la vida del infeliz Rodrigo, el cual, parado á pocos pasos, contemplaba estático aquella horrible escena. Iba á morir: las ennegrecidas almenas caian á sus plantas lanzadas con una fuerza extraordinaria; quiso correr, pero sus piés, atados por el miedo, no obedecian á la voluntad; no habia la mas mínima esperanza de salvacion. De repente un hermoso caballo blanco, de raza árabe, suelta la larga crin al viento, aparece á su vista; Rodrigo salta sobre él, y sin volver atrás el rostro, toma á escape el camino de Toledo.

—Con él te salvas y con él te perderás, — creyó que le gritaba una voz sorda desde el castillo; pero, como el terror no le dejaba alientos para escuchar, pensó que sus sentidos le habian engañado.

Cuando estuvo en su palacio mandó que se buscase al amo de aquel caballo que tan gran servicio acababa de prestarle, con intento de adquirir á cualquiera costa el animal; mas, á pesar del mucho valor de este, nadie se presentó á reclamarlo. Tal vez cuando, espantado por el incendio de la torre, corria hácia Don Rodrigo, acababa de tirar á su dueño, que moriria abandonado en aquellas soledades; tal vez nunca lo tuvo. Lo cierto es que Orelia fué desde aquella tarde funesta el caballo favorito del rey de los godos.

Toda la noche estuvo la capital alumbrada por el ro-

jizo resplandor de un incendio. Al dia siguiente el castillo encantado habia desaparecido.

II.

Han pasado algunos meses. Los sarracenos, que al mando de Tarif entraron en España por traicion del conde Don Julian, después de rendir á Gibraltar y derrotar algunos generales de Don Rodrigo, se adelantaban hácia el Guadalete. El Rey, rodeado de cuantos españoles podian empuñar la espada, le salió al encuentro, decidido á vencer ó morir en la demanda. Orillas del funesto rio se encontraron ambos ejércitos. ¡Mucha sangre debió correr por aquellos campos en los ocho dias que duró la batalla! ¡Muy subido debió ser el color de las aguas que el Guadalete dió á la mar durante este plazo!

Sentado en su carro de marfil, con su corona, cetro y manto real, Rodrigo vió caer á su alrededor con rostro sereno y corazon oprimido sus mas valientes y leales servidores. ¡Pobre rey! Aquella batalla, indecisa por un espacio de que no hay memoria en el mundo, aquella terrible incertidumbre, en que pasó tantas y tan amargas horas, debió ser para él mas terrible que la derrota misma.

Pero llegó el octavo dia, y por un momento pareció que el cielo estaba de parte de los cristianos. Rodrigo se habia calzado los borceguíes de oro que los reyes sus antecesores usaban para los combates, en señal de que no querian huir; montó en su magnífico carro tirado

por cuatro caballos ricamente enjaezados, y tomando su espada y haciendo que dos palafreneros condujesen á Orelia de la brida á corta distancia de él, se lanzó en lo mas sangriento de la batalla. Suya era la victoria: los sectarios de Mahoma estaban próximos á sucumbir; un momento mas, y aquella hermosa España se habia salvado. Pero no lo quiso Dios. Cuando las huestes agarenas comenzaban á desbandarse, cuando los godos llevaban la muerte y el exterminio hasta el centro de sus filas, el obispo Don Opas, hermano de Don Julian y tio de la deshonrada Florinda, á quien el pueblo ha dado el afrentoso nombre de la Cava, se pasó al campo enemigo con toda la derecha del ejército cristiano, que estaba encomendada á su mando. Desde entonces el aspecto del combate varió enteramente. Dispersos los godos, y temerosos de una nueva traicion, huyeron por todas partes: aquello no era ya batalla; era solo una horrenda matanza. Loco de dolor Don Rodrigo viendo perdido su ejército y su reino cuando mas seguro lo creia, bajó de su carro de rey y saltó sobre Orelia para combatir como un simple caballero, para buscar la muerte como un valiente. . . . .

Lo que en aquellos supremos instantes hizo el desgraciado monarca nadie lo sabe, aunque algunos cuentan que vino á tierra poco después á un bote de la lanza de Tarif. Otros quieren que muriese proscripto en Portugal años después, fundándose en un epitafio descubierto no hace mucho; los mas aseguran que acabó en las aguas del Guadalete. Pero en lo que están todos con-

formes, es en que á la mañana siguiente hallaron los moros sobre la húmeda arena, en el lugar que hemos descrito anteriormente, la corona, el cetro y el manto real del último rey de los godos, y en que se vió á Orelia moribundo, luchando en vano con la corriente, caminar rio abajo en medio de un sinnúmero de cadáveres y despojos. Tal vez rey y caballo, arrastrados por el agua, fueron á hallar un sepulcro en el inmenso seno de los mares, y no pudieron oir el terrible alarido de guerra que lanzó Pelayo en Covadonga poco después, para oponer á un combate de ocho dias una lucha de siete siglos.



CIERVA

DE GENOVEVA DE BRABANTE.

(*Tradicion alemana.*)

I.

Cuando la religion cristiana comenzaba á ejercer su saludable influencia en Alemania, disipando las tinieblas del paganismo, vivia en uno de los estados de aquel país cierto duque de Brabante, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Este señor tenia una hija, á la cual amaba con delirio, porque á las mas puras virtudes unia la belleza mas encantadora y angelical. Llamábase Genoveva.

El conde Sigifredo, jóven y valiente caballero, habia salvado la vida al duque de Brabante en una reñidísima batalla; la mano de Genoveva fué la recompensa de esta accion, y los jóvenes esposos fuéronse á habitar un soberbio castillo situado en las orillas del Rin, donde vivieron felices y gozosos algun tiempo, hasta que el grito

de guerra, que habia resonado en el país, obligó al conde Sigifredo á tomar las armas en defensa de sus propiedades y territorio. Antes de partir el noble y enamorado caballero, hizo á su jóven esposa las mayores prevenciones respecto á su seguridad, y dejó encomendada su custodia y cuidados á un mayordomo, llamado Golo, en el cual tenia depositada su confianza de muy antiguo.

Pasado algun tiempo, el miserable mayordomo, aprovechando la ausencia de su señor, hizo los mas torpes y criminales esfuerzos para triunfar de la virtud de Genoveva; pero ella rechazó con horror sus infames proposiciones. Enfurecido Golo, mandó encerrar á la infortunada Condesa en un oscuro calabozo, y escribió al mismo tiempo al conde Sigifredo acusando á la noble dama del crímen de adulterio. Genoveva dió á luz en su prision un niño, al cual puso por nombre *Benoni*. Poco tiempo después llegó la respuesta de Sigifredo: era la sentencia de muerte para la Condesa y su hijo.

Una mañana la puerta del calabozo se abrió con estrépito, y dos hombres aparecieron en el umbral. Ordenaron á la Condesa que los siguiera, y ella obedeció. Condujéronla á lo mas enmarañado de una selva; allí se detuvieron, y uno de ellos, tirando de la espada, iba á herir á Benoni, cuando la pobre madre, precipitándose de rodillas á los piés de los verdugos, y deshaciéndose en lágrimas, imploró su compasion con tan dolorosas súplicas, que al fin logró enternecerlos.

— ¡No! — exclamaron, — no mancharémos nuestras manos en la sangre del inocente. Vivid, Señora, vivid

vos y vuestro hijo; pero juradnos que nunca os presentaréis en el castillo, porque os va en ello la vida.

Genoveva juró, y los hombres se alejaron, dejando á la Condesa desmayada al pié de un negro abeto. Cuando ella recobró el conocimiento el cielo estaba nublado; estalló un huracan violento, la tempestad rugia con furor. Genoveva buscó con ansiosa mirada un refugio donde guarecerse, y apercibió una profunda caverna, en la cual penetró con su hijo.

El hambre, la horrible hambre, no tardó en hacerse sentir con sus crueles tormentos: el niño empezó á llorar.

—¡Dios mio! Dios mio! — exclamó la pobre madre pálida y casi moribunda, arrodillándose al lado de su hijo. — Vuestra providencia, que se extiende hasta el mas miserable insecto, ¿nos abandonará en esta situacion desesperada? ¿Nos dejaréis morir así?

Al acabar esta invocacion, oyóse un ligero ruido, y de repente apareció una Cierva á la puerta de la gruta. La presencia de Genoveva no la espantó; antes bien, acercándose á ella y mirándola, parecia como que esperaba sus caricias. La Condesa, en efecto, acarició con sus manos al noble animal, y notando que tenia los pechos llenos de leche; cogiólos y acercó uno á los labios de su hijo. La hermosa cuanto pacífica Cierva permaneció inmóbil hasta que, satisfecho el niño, quedóse dormido. Entonces pensó Genoveva en ella misma; salió de la caverna, cogió una calabaza, que ahuecó como pudo, y lavó en una fuente cercana. Al volver halló á la

Cierva recostada cerca del niño; la Condesa la presentó un puñado de yerba fresca, que el animal comió de su propia mano, y levantándose después, dejóse ordeñar tranquilamente.

—¡Gracias, Dios mio!—gritó Genoveva, después de beber la leche.—¡Gracias! porque vos sin duda habeis enviado aquí á este animal bienhechor.

En seguida la Condesa se arregló un lecho con musgo y yerbas secas, y en él colocó una grosera cruz hecha con dos trozos de ramas; después, sentándose en aquella cama miserable y solitaria, no tardó en gozar el mas dulce sueño que desde mucho tiempo habia conciliado. Su hijo dormia sobre su corazon, y la fiel Cierva, que desde aquel dia no la volvió á abandonar, se extendió dulcemente á sus piés.

II.

Siete años pasaron para la infeliz madre en medio de las mas horribles privaciones; Benoni habia crecido, y bello y robusto, era el vivo retrato de su padre. Su cabellera, negra como la noche, caia en ondulantes rizos sobre su espalda, era su frente espaciosa y noble, sus ojos brillaban con ardiente resplandor, su boca era dulcísima, y su nariz aguileña como la de una estatua griega; pero la pobre Genoveva estaba desconocida, pálida y demacrada, las sombras de la muerte se extendian sobre sus facciones, en otro tiempo tan hermosas y frescas.

— ¡Señor, tened piedad de mí! — decia. — Si yo sucumbo en esta soledad, ¿qué será de mi pobre hijo?

El tiempo habia roto en pedazos sus vestidos, y la Condesa habíase cubierto, lo mismo que á su hijo, con la piel de un carnero degollado por un lobo; el cual, perseguido sin duda por los cazadores, habíase visto forzado á dejar su presa.

Un dia que, triste y abatida, se hallaba Genoveva recostada en su mezquino lecho, resonó de repente en el bosque el alegre sonido del cuerno de caza, y al mismo tiempo la fiel Cierva se precipitó jadeante en la caverna. El suelo estaba cubierto de nieve, y la trailla seguia el rastro de la Cierva. La Condesa se levantó, pero vino al suelo abrumada de emocion y debilidad, porque á la entrada de la cueva vió á un cazador que, bajando del caballo, se disponia á entrar en aquel santo asilo. Pero el hombre se quedó inmóbil de asombro y sorpresa al ver una figura humana pálida y descarnada como la muerte.

— ¡Oh tú, quién quiera que seas, y de donde quiera que vengas, — dijo el cazador. — si eres una criatura humana, muéstrate á la luz del sol!

Genoveva obedeció; adelantóse cubierta con la piel, desnudos los brazos y los piés, temblando de frio y de espanto. El cazador retrocedió al mirarla. Entre tanto la Condesa se atrevió á levantar los ojos; estremecióse y arrojó un grito.

— ¡Sigifredo...! — Y cayó desvanecida.

El caballero era en efecto el Conde, que, devorado por

los remordimientos después de su regreso, pretendia aturdirse entregándose á frecuentes partidas de caza con sus amigos y convecinos. El cazador quedó como herido de un rayo; porque, creyendo á la Condesa muerta, imaginó que era su sombra la que en aquel instante se presentaba á sus ojos. Arrojóse á ella, aspiró su aliento, pulsó su corazon, tomóla en sus brazos, y llevándola al fondo de la gruta, la depositó blandamente en el lecho de hojas.

Al cabo de algunos instantes Genoveva entreabrió los ojos, fijólos de nuevo sobre el Conde, y murmuró :

— ¡ Sigifredo! Sigifredo! ¿No me conoces? ¡ Mírame bien; soy Genoveva, soy tu esposa; mira en mi dedo esta prueba que guardo de tu ternura!

El Conde creia soñar, aturdido por el asombro que le causaba lo que veia.

Genoveva tomó una de sus manos, y díjole con dulzura :

— No, Sigifredo; no es una sombra la que miras; vivo todavía, gracias á dos hombres que, encargados de darnos la muerte, tuvieron lástima de tu hijo y de mí. — Entonces le hizo el relato de sus miserias desde que, sacada del calabozo, fué conducida á la selva.

Hablaba todavía, cuando apareció Benoni, que traia un haz de yerba para la Cierva. Espantado por la presencia del Conde, fué á refugiarse al seno de su madre, quien, poniéndolo en los brazos de Sigifredo, le dijo :

— Querido hijo, nada temas; no te hará daño; es ese buen padre del que te he hablado tantas veces.

Sigifredo cubria al niño de besos, y no podia proferir mas que estas palabras con voz entrecortada por los sollozos:

— ¡Oh hijo mio, hijo mio!

El Conde salió de la caverna con su esposa y su hijo, y sonó la trompa para reunir á su comitiva. Reuniéronse todos, y Sigifredo les contó la milagrosa historia de Genoveva. La espesura resonó con los gritos de alegría, y pronto hicieron unas parihuelas con las ramas de los abetos; cubriéronlas con capas y pellizas, y colocaron en ellas á la Condesa y á su hijo. El cortejo se puso en marcha hácia el castillo. La Cierva seguia como un perro.

La vuelta de Genoveva fué celebrada con gran pompa. Todos querian ver á la infeliz desterrada y á su hijo. El Conde mandó dar la muerte á Golo; pero las súplicas de Genoveva conmutaron aquella sentencia en la de encierro.

Genoveva vivió largos años; la fiel Cierva, que habia participado de la desgracia de la Condesa, participó tambien de su felicidad; no la abandonó un instante. Todos los dias se paseaba libremente por el patio del castillo, y aun muchas veces subia la escalera y entraba á las habitaciones de la Condesa, con quien pasaba unida largas horas. Su familiaridad era tal, que iba á comer lo que le ofrecian las personas que, movidas de la curiosidad, solicitaban verla. Los perros de caza, que ya la conocian, no la hacian mal alguno; todos, en fin, tenian un placer en dar pan y acariciar al noble animal.

Cuando Genoveva murió, la Cierva siguió el fúnebre

cortejo de su señora, recostóse en la tumba, y rehusó tomar todo alimento. Una mañana la hallaron muerta de inanicion y dolor. Inconsolables el Conde y Benoni, levantaron á Genoveva un soberbio sepulcro; al pié de este hicieron colocar un magnífico bajo relieve, en el cual se hallaba admirablemente representada la figura del compasivo y fiel animal.



PELICANO SAGRADO.

(*Símbolo cristiano.*)

Desde la mas remota antigüedad todos los hombres, todas las naciones, han expresado muchas de sus ideas, muchos de sus misterios religiosos por medio de los símbolos, ya en razon á no hallar palabras con que explicarlos, ya por creer una profanacion el hacerlos patentes á los ojos del vulgo. Desde el grosero *manitú* del huron á las montañas de granito de los egipcios hay una inmensa escala de metáforas, en que están escritas todas las creencias, todas las virtudes, todos los grandes hechos de una multitud de pueblos que han desaparecido de la tierra. Muchos de esos extraños jeroglíficos han perdido tambien á nuestros ojos su verdadera y profunda significacion; y en verdad que los hombres de aquellas épocas no previeron, al legar su historia de tal manera á las generaciones futuras, que mil acontecimientos nuevos borrarian de la mente los antiguos, y que nosotros veriamos solo un objeto material y grosero

en donde ellos encerraban la mas espiritual de las ideas.

Natural era que al darse á buscar esos objetos que habian de expresar los pensamientos en este género de escritura, se fijaran con predileccion en los animales, ya porque las cualidades que se les atribuyen se prestan esencialmente á ello, ya porque sus instintos característicos son muchas veces representacion exacta de las virtudes, vicios y pasiones de los hombres. Por eso se simbolizó la fidelidad en el perro, la pureza en el armiño, la astucia en la serpiente; por eso la heráldica adoptó en la edad media los grifos, dragones y endriagos; por eso se pobló el mundo ficticio de la andante caballería de tantos animales quiméricos, del mismo modo que las naciones del norte llenaron sus bosques y lagos de hadas, y las del mediodía de duendes y brujas; por eso, en fin, nuestra santa Iglesia se sirvió del cordero y de la paloma blanca, y muchos hombres piadosos, del Pelícano, para hablar á los sentidos de ciertos misterios y creencias, ya que la fe y la razon se encargaban de hacer patentes estas verdades á las almas cristianas.

La idea, tan universalmente extendida en la antigüedad, de que el Pelícano se abria el pecho con su propio pico para alimentar con su sangre vertida gota á gota á sus polluelos; la belleza de esta ave singular, cuya blancura sin mancha convida á representar con ella la pureza, y lo poco conocida que era generalmente, cosas todas que tan bien se prestaban á darla un carácter misterioso y extraño, movió sin duda á algunos piado-

sos cristianos á simbolizar en ella el Santo Sacramento de la Eucaristía. En efecto, este hermoso pájaro, que por sí mismo se desgarra el seno para sustentar con su propia sangre á sus hijos, ese tierno padre que tan desinteresadamente sacrifica su vida por ellos, ¿no es la mas exacta y bella representacion del Dios que bajó á la tierra para redimir nuestras culpas en la cruz, de ese Dios fuente de toda bondad, que nos da á comer su cuerpo para borrar hasta la mas leve huella de los pecados que nosotros, míseros é ingratos mortales, hemos cometido contra él? Este pan espiritual que nutre de fe nuestras almas, ¿no está superiormente representado en la sangre con que el Pelícano alimenta á sus polluelos?

Así, segun dejamos dicho, lo creyeron algunos piadosos cristianos, y tanto se fué arraigando y extendiendo esta bellísima imágen, que á las custodias de muchas iglesias se dió la figura de un Pelícano, colocándole en la abertura del pecho el viril en que estaba depositada la santa forma.

Este símbolo, que poco á poco habia ido cayendo en desuso en España, volvió á adquirir gran importancia con la publicacion de las obras de Fr. Luis de Granada, que se sirve de él para uno de sus mas bellos y elegantes símiles, no dejando tal vez de contribuir á ello el haberlo tomado por divisa un príncipe portugués. Pero los adelantos que en los últimos siglos han hecho las ciencias naturales, demostrando la inexactitud del punto de partida, han vuelto á relegarlo al olvido. El Pelícano es sencillamente un ave acuática que carece de todas

las singulares virtudes con que la imaginacion y la poesía han querido dotarla. La circunstancia de tener una gran bolsa en el pecho en la que deposita el producto de su pesca, y de donde la saca con el pico para alimentar á sus hijos, es lo solo que ha podido dar orígen á la bella y peregrina fábula que por tantos años ha corrido de boca en boca como una verdad incontrovertible. ¡Lástima que tan hermosa y ternísima accion sea tan solo un delirio de poeta! Así lo han creido algunos que, deseando conservar esta imágen del amor paterno mas elevado, dicen que el Pelícano que conoce la zoología no es el ave simbólica de que nos ocupamos, y que esta, léjos de fijar su morada en las orillas de los rios y los lagos, es una especie de águila que habita en medio de las abrasadas arenas del desierto.

Pero sea de ello lo que fuere, poco importa á nuestro objeto. Tratada la cuestion en el terreno de los símbolos, y no en el de la historia natural, lo mismo da que el Pelícano, con las cualidades que se le atribuyen, sea un ave real ó de pura invencion. Con tal que sea representacion exacta del santísimo sacramento de la Eucaristía, con tal que clara y sencillamente simbolice su existencia, averiguar si es ficticia ó verdadera, en nada cumple á nuestro propósito. No es el ave lo que forma el símbolo, sino las cualidades que el hombre le ha atribuido. Y ¿habrá alguno que dude de que estas son las que deben ser, y que no se podria hallar mas sublime imágen del amor de Dios para con sus criaturas al darles con su cuerpo el alimento espiritual?

El Pelícano pues vivirá como símbolo cristiano tanto como vivan la religion y la fe de Jesucristo. El será siempre emblema natural y verdadero del desinterés, la abnegacion y el cariño entrañable que el mejor de los padres pudo profesar á sus hijos; y mientras los polluelos absorban con su pico la sangre que derrama el pecho dilacerado del Pelícano, existirá una perfecta muestra de la infinita bondad de Dios para con los hombres.



PERROS

DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

(Tradicion histórica.)

Entre la Suiza y la Italia, en medio de la Valesa y el valle de Aosta, un monte terrible levanta su cúspide siete mil setecientos cincuenta piés sobre el nivel del Mediterráneo. Eterna morada de las nieves y los hielos, si alguna vez aquella cima salvaje se despoja de su blanco sudario, no es para engalanarse de flores y cubrirse de verdor; es para enseñar las crestas de las rocas áridas y desnudas. La vegetacion, vigorosa y rica al pié del monte, en la pendiente italiana, se debilita y muere mucho antes de llegar á la cumbre: allí, en los rarísimos abrigos que ofrecen las puntas salientes de las peñas, solo se ven crecer céspedes amarillentos dominados apenas por miserables plantas herbáceas. Aun en medio del estío, huracanes espantosos, arrancando la nieve del suelo y mezclándola con la que derraman las

nubes, oscurecen el espacio en inmenso y revuelto torbellino. Un pequeño lago que se abre hácia lo mas alto de la montaña, en vez de esparcir la vida y la animacion, aumenta la tristeza de aquellos lugares desolados. Sus aguas, casi siempre heladas, muestran la superficie inalterable y blanca, y si alguna vez se reaniman con el deshielo, es para tomar tintas oscuras, sombrías, que hacen mas lúgubre el aspecto de aquel paraje. El silencio fúnebre que allí reina es solamente interrumpido por el Valtorey, torrente que se precipita en la Valesa, quebrándose en horrorosos precipicios. La vida animal está tan ausente como la vida vegetal, y ni las perdices blancas se atreven á tender el vuelo á las alturas. Dos pueblos, San Remigio en el terreno de Italia y San Pedro en el de la Suiza, marcan los límites de aquel desierto siberiano. El viajero que toma cualquiera de los dos únicos caminos que cruzan aquel monte horrible, se ve falto de todo recurso, rodeado de inminentes peligros, y sin hallar socorro ni esperanza.

Ya los antiguos sintieron la necesidad de ponerse bajo el amparo de la divinidad antes de emprender el viaje, y levantaron en lo mas alto del monte un templo consagrado á Júpiter, en el cual depositaban las ofrendas propiciatorias. Las piedras, los altares y las inscripciones atestiguan todavía que el aspecto amenazador de la montaña exaltó fuertemente la devocion pagana: el sentimiento cristiano debia manifestarse después, pero de una manera mas noble. Tal vez en la construccion de un templo y casa para los sacerdotes destinados á su ser-

vicio se encerraba vagamente el pensamiento de un hospicio; mas solo, establecido el cristianismo y á la mitad del siglo x, fué cuando el saboyardo San Bernardo de Ménton tuvo la gloria de llevarlo á cumplida ejecucion. Aquel héroe de la humanidad, cuyo nombre habian hecho popular las misiones apostólicas en las montañas de la Helvecia, fundó una congregacion de religiosos que tendrian por única mansion el terrible monte, dedicándose exclusivamente á socorrer á los viajeros y á preservarlos del frio, de las tempestades y los precipicios. Bien prontó se organizó la generosa milicia, y han pasado por ella nueve siglos, trasmitiendo su mision de edad en edad, sin que su institucion se altere, sin que en sus filas haya una sola plaza vacante. Nunca se rendirán homenajes bastantes á la piedad profunda, á la caridad ardiente de los discípulos de San Bernardo; todos los dolores, todas las fatigas corporales, todas las impresiones mas tristes y penosas los rodean en el cumplimiento de sus deberes. Sus miradas solo se tienden sobre una naturaleza de muerte y desolacion; para ellos no hay cielo azul, ni dulces auroras, serenos dias y calladas y tranquilas noches; para ellos nunca los goces de la vida, nunca el reposo, nunca la calma; para ellos no hay mas que el peligro y el espectáculo de las angustias y dolores de la humanidad!... Mientras que los unos desempeñan en el hospicio todas las faenas domésticas, los otros se lanzan perdidos, sufriendo la escarcha, arrostrando la tempestad, y registran la nieve, escuchan los ruidos del viento y se precipitan, despre-

ciando la muerte, al menor ¡ay! al mas leve grito de angustia que llegue á sus oidos. Su energía se exalta y embravece en la lucha con los elementos; pero su fuerza física se extingue, su salud se quebranta, y una vejez anticipada les obliga á abandonar su hermosa obra. Rara vez se ve un religioso con la frente arrugada y la cabeza encanecida; la juventud robusta es quien puede sufrir la estancia en el hospicio. Los monjes inválidos no forman parte de la falange activa, pero tampoco permanecen en la inaccion; prestan sus servicios en los puestos menos difíciles de la montaña, y van á la cuestacion por las campiñas y lugares de la Italia y la Suiza; porque el hospicio, rico algun tiempo, no posee en el dia casi nada, y los monjes tienen que recurrir á la caridad pública para ejercer la santa hospitalidad.

Los religiosos del monte de San Bernardo tienen por compañeros en sus heróicos trabajos unos poderosos auxiliares que se asocian á ellos con una inteligencia maravillosa, participando de su honrosa celebridad: estos son los Perros del monte de San Bernardo. Los perros de esta noble y valerosa casta solo se encuentran en las cordilleras alpinas de la Valesa: su magnitud es extraordinaria, sus miembros, proporcionados y perfectamente trazados, se cubren de un pelo áspero y largo; sus desmesuradas patas parecen dispuestas para caminar por la nieve sin hundirse, su aspecto es fiero y salvaje, su marcha imponente y noble; todo en ellos está lleno de vigor y dignidad, y aparecen en perfecta armonía con lo grandioso de aquellos lugares. La belleza

intelectual de estos magníficos animales es superior aun á su belleza física : parece increible con qué admirable sagacidad comprenden la mision que se les ha confiado, con qué celo ayudan á los monjes en su sublime abnegacion, con qué simpatía participan de su generoso sentimiento. Solo una frase puede pintar á los perros del monte de San Bernardo : son tan caritativos como los religiosos. Al despuntar el dia, y después de haberles colgado un cestillo provisto de vino y pan, abandonan el hospicio, y van á explorar la montaña para ver si algun desgraciado viajero se ha extraviado en la noche. Tienen todos los sentidos, la vista, el olfato, el oido exquisitamente desarrollados; pasean sus miradas por la blanca alfombra del monte, y si alguna mancha, alguna huella, alguna alteracion en la nieve los sorprende, se lanzan á reconocerla; si el viento trae una queja en sus alas, la voz del perro resuena poderosa para anunciar la próxima salvacion; su nariz recoge todas las emanaciones de la brisa, y como el perro de caza que sigue una pista, se lanzan en direccion del ruido, guiados por las impresiones del olfato. Si descubren algo después de su prolija investigacion, trabajan con una actividad apasionada y una solicitud admirable para precaver á la víctima del frio y de la tempestad. Al través de la nieve se abren un camino hasta el desgraciado viajero, calientan con el aliento sus miembros ateridos, se acuestan sobre él para reanimarle con su tibio contacto, se agachan hasta poner las provisiones al alcance de su mano; y cogiéndolos con la boca, se esfuerzan por levantarlos y

conducirlos al hospicio. Si sus tentativas son infructuosas, lanzan agudos ladridos para llamar á sus compañeros ó á los monjes; si el socorro no llega pronto, después de dejar en lugar seguro á su protegido, atraviesan la montaña de una carrera, y vuelven llevando algunos religiosos en su seguimiento. En los dias en que el huracan se desata y la tempestad ruge, la vigilancia y la actividad se redoblan en el hospicio : toda la comunidad sale del convento; los perros marchan en la vanguardia, porque solo su sagacidad prodigiosa podria reconocer los senderos en medio de la nieve y los torbellinos; los monjes siguen ciegamente sus guias, sometiendo el juicio humano al instinto animal, porque saben que este los conducirá por el sendero menos peligroso al punto en que haya viajeros que salvar. Religiosos y perros combinan sus esfuerzos, y se dirigen admirablemente hácia el mismo objeto : un sentimiento comun, el deseo de salvar á un hombre, es quien forma este concierto extraño, este concurso maravilloso. Para que la identidad sea completa entre estas dos clases de seres hospitalarios que habitan el San Bernardo, hay un peligro comun, la muerte : su abnegacion es tambien un sacrificio. A pesar de su fuerza, su inteligencia y su valor, sucumben algunas veces, precipitados en el abismo por los vendabales, ó sepultados por las montañas de nieve que se desgajan de las alturas. No hay invierno en que alguna de las cabañas del hospicio no quede vacía. El de 1819, sobre todos, fué fatal á aquellos intrépidos pilotos de la montaña, muchos de los cuales mu-

rieron en el campo del honor ó acabaron extenuados por la fatiga.

La fama, con tanta frecuencia muda para la virtud, no ha permanecido callada para los Perros del monte de San Bernardo : sus alabanzas, proclamadas por millares de viajeros, hace mucho tiempo que resuenan en la Europa, y ocupan un lugar honroso en todas las descripciones de los Alpes : un escritor francés bastante notable los ha presentado en la escena dramática; los poetas se han inspirado con su recuerdo, y el célebre Delille, el autor del poema *La conversacion*, ha pagado por todos una deuda de humanidad, dedicando á estos famosos animales una de sus mas sentidas y apasionadas composiciones.

Se citan numerosos ejemplares de personas que han debido su salvacion á los bienhechores perros del monte de San Bernardo. Contentarémonos con referir algunos.

Rondando uno de estos en la mañana de un dia terrible, encontró á un niño de cortísima edad, cuya madre habia caido en un abismo, sin que fuera posible hallarla. Aterido, hambriento, transido de dolor y de fatiga, el pobre inocente yacia en la nieve llorando lastimosamente. El perro corrió á él, y levantando la cabeza, le enseñaba las provisiones que pendian de su cuello: horrorizado el niño, quiso huir; pero el animal, para animarlo, levantó blandamente una pata, dejóla caer con dulzura sobre uno de sus pequeños piés, y le lamió las heladas manos. Confiado en estas demostraciones amigables y pacíficas, el niño hizo un esfuerzo para le-

vantarse; mas sus rodillas, sus brazos, todo su cuerpo estaba yerto, y no se pudo mover. Entonces el perro se aproximó á él, y por una señal expresiva le dió á entender que se asiese á su cuello; el niño se agarró lo mejor que pudo, y el perro lo llevó con gran precaucion hasta el hospicio, donde se le administraron todos los socorros que necesitaba. Este suceso produjo una sensacion profunda en los cantones comarcanos : un particular rico se encargó del inocente huérfano, é hizo pintar aquella aventura por un hábil artista de Berna, cuyo cuadro fué colocado en el convento donde servia el animal hospitalario.

El caballero Gaspar de Brandenberg atravesaba el monte de San-Gothard en compañía de su criado, á tiempo que ambos fueron envueltos por un torbellino en las cercanías de Airolo. El perro que los acompañaba, y que escapó del peligro, no abandonó el lugar donde habia perdido á su amo : felizmente no estaba léjos el convento. El fiel animal escarvó la nieve, ladró con todas sus fuerzas, corria al hospicio, y volvíase después al mismo lugar. Admirados los monjes de aquella perseverancia, siguiéronlo á la otra mañana; el perro los condujo directamente al punto en que habia escarvado la nieve, y el caballero y su criado fueron sacados sanos y salvos, después de haber estado treinta y seis horas enterrados bajo una desgajada montaña de hielo, desde donde habian oido distinta y claramente los ladridos del perro y toda la conversacion de los libertadores. El caballero Gaspar, sensible al afecto de su perro, mandó

al morir que el fiel animal fuera representado sobre su sepulcro; y hoy mismo en Zug, en la iglesia de San Oswald, se ve á este magistrado arrodillado sobre su tumba con el perro á los piés. Aquel animal era de la casta de los de San Bernardo.

El 17 de mayo de 1800 un ejército de treinta y cinco mil hombres tuvo la audacia de atravesar el monte, despreciando las dificultades. En medio de aquellos soldados que marchaban al compás del tambor y la música guerrera, veíase un hombre de pequeña talla, cubierto con un redingote gris y provisto de un anteojo; su aspecto sosegado y frio hubiera parecido indiferente, á no ser por la ardiente y rápida mirada con que media la division, calculando los progresos de la marcha. Aquel hombre era Bonaparte, el vencedor de Italia, el conquistador de Egipto; Bonaparte, que iba á jugar su destino y el de la Francia en la llanura de Marengo.

Con muchos siglos de distancia dos grandes capitanes han atravesado el monte de San Bernardo. Anníbal perdió la mitad de su ejército. Napoleon solo volvió con diez mil hombres.



CIERVA DE SERTORIO.

(*Historia romana.*)

I.

Ochenta y siete años antes de Jesucristo, Quinto Sertorio, famoso capitan romano, concertado con Mario, alzóse con el mando de Roma; pero el regreso de Sila frustró los planes de Sertorio, quien, obligado á huir, se refugió en España, pasando después á la Lusitania. Una vez allí, se puso á la cabeza de los rebeldes y malcontentos. Bien pronto agrupóse á su alrededor una crecida falange de caballeros romanos, ilustres patricios proscriptos por los decretos de Sila; y Sertorio, al frente de aquellas legiones, impuso sus leyes á casi toda la España. Cuidábase mucho el capitan de que el órden y la disciplina reinasen en los pueblos sujetos á su mando, y para mejor conseguirlo y mas fácilmente gobernarlos, recurria con frecuencia á vulgares preocupaciones. Fin-

gióse inspirado por los dioses, y se esparció la general creencia de que recibia los avisos celestiales por medio de una cierva blanca que le seguia á todas partes. Hé aquí la historia de este animal :

Un dia que revistaba el ejército notó entre los soldados cierto espíritu de insubordinacion, que le hizo reflexionar seriamente.

—¡Soldados!—gritó—sois fuertes y valerosos; pero esto no es bastante para obtener el triunfo. Para vencer se necesita otra virtud, y esta virtud es precisamente la que os falta.

Un sordo murmullo resonó en las filas; mas la voz de Sertorio impuso silencio, y á una señal de su mano se vieron aparecer dos hombres, conduciendo el uno un caballo viejo y flacucho, y el otro un potro vigoroso y altivo, notable por el espesor y longitud de la cola.

El ejército permaneció mudo, no sabiendo lo que aquello queria decir; mas luego creció de grado su admiracion.

A un signo dado se adelantó un guerrero robusto y membrudo, cogió con las dos manos la cola del caballo viejo, y pugnó por arrancarla; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Al mismo tiempo otro soldado de endeble contextura arrancó una á una y sin dificultad las crines de la cola del caballo jóven.

Sertorio tomó entónces la palabra :

—La virtud que os falta es la paciencia; que este ejemplo os sirva de leccion. Ya lo veis, la paciencia consigue lo que no alcanza la fuerza. El tiempo es un se-

guro amigo para los que saben aprovecharlo, y un enemigo peligroso para los que lo emplean mal.

Hablaba todavía cuando un labriego se acercó á él, atravesando la muchedumbre. Llevaba en los brazos un animal pequeño y de color extraño; era una cervatilla enteramente blanca:

—General,—dijo—yo trabajaba en el campo cuando pasó junto á mí una cierva perseguida por los cazadores; corrí tras ella, y solo pude alcanzar á la cria: tomadla.

—Yo la acepto de corazon,—replicó Sertorio, tomando la Cierva de los brazos del labrador.

Por casualidad la cabeza de la Cierva se alzó hasta la oreja del capitan.

Este permaneció inmóbil un momento á manera de quien escucha con atencion, y después, levantando de repente la cabeza, exclamó con entusiasmo:

—¡Soldados! el cielo nos protege; los dioses se declaran en nuestro favor; esta Cierva es mensajera de Diana... Acaba de hablarme, y en nombre de los inmortales me promete la victoria, siempre que sigais sus instrucciones, que os serán trasmitidas por mi palabra. ¡Camaradas! coronémosla de flores y guirnaldas, y hagamos un sacrificio en accion de gracias.

El campo retembló con los gritos de alegría, y el animal, considerado desde entonces como sagrado, fué conducido en triunfo por las calles de la ciudad; corrió la sangre de las víctimas, y de allí en adelante Sertorio fué tenido por un hombre en íntimo comercio con los dioses.

La estratagema surtió maravilloso efecto.

II.

Alarmados los romanos con los victoriosos progresos de Sertorio, quisieron oponerle un rival digno de él; y este rival fué Pompeyo, el vencedor de Sicilia y del Africa; Pompeyo, á quien el dictador Sila, en un arrebato de entusiasmo, habia decretado los honores del triunfo y concedídole el título de GRANDE, á pesar de que era un simple caballero y rayaba apenas en los veinte y seis años. Cuando Sertorio supo que su glorioso contrario se acercaba, conoció que era indispensable preocupar los ánimos con un nuevo prodigio.

—¡Soldados!—exclamó—la victoria es nuestra. Os lo juro por esta Cierva, que, bajo las inspiraciones de Diana, acaba de trazarme el plan de campaña. Nuevos triunfos nos aguardan en España; sí, valientes veteranos de la gloria, el cielo habla por mi voz, y Pompeyo, ese niño que osa desafiarnos, será derrotado en su primer encuentro.

Durante este discurso la Cierva, echada á los piés del capitan, parecia prestar atento oido á la arenga; mas cuando calló la voz, el animal comenzó á brincar, corrió delante de las legiones, volvióse, y tornó á correr, como incitando á que la siguieran. Los soldados obedecieron con trasporte á lo que ellos tomaban por un aviso del cielo: los dos ejércitos vinieron á las manos bien pronto, y Pompeyo fué completamente batido y puesto en fuga, con una pérdida de diez mil hombres.

La guerra prosiguió con éxito y sucesos diversos; pero la fortuna parecia inclinada al lado de Sertorio, hasta la batalla del Jucar, en que la victoria permaneció indecisa entre los dos bandos. Ya hemos dicho que la Cierva seguia al General por todas partes, hasta en las batallas; pues bien, en este encuentro el animal desapareció. El sentimiento de Sertorio fué tanto mas vivo, cuanto que perdia el modo de domeñar por medio del artificio y la maravilla á aquellos hombres feroces en los momentos que mas necesitaba inflamar su valor y asegurarlos en la obediencia. El rumor de la pérdida difundióse rápidamente, y algunos comenzaron á considerarla como un presagio de futuros desastres. Sertorio mismo aparentaba no atreverse á ninguna empresa viéndose privado de los avisos de Diana, y pasábase los dias solo y encerrado en la tienda, cuando una tarde algunos de los suyos se presentaron delante de él.

—General, —dijeron —regocijáos; vuestra Cierva ha parecido. Andábamos extraviados, haciendo vanos esfuerzos por hallar un camino en medio de las tinieblas, y sentimos pasar por delante de nosotros una especie de sombra blanca. La oscuridad nos impidió distinguir lo que aquello era; mas uno de nosotros, llevado de la curiosidad, se dirigió hácia aquel objeto, y juzgad de su sorpresa cuando reconoció á vuestra Cierva, que se habia parado como aguardándolo: cogióla, y aquí está á dos pasos de nosotros.

Un momento después un soldado entró llevando al animal.

La mas viva alegría se pintó en el rostro de Sertorio al ver á su Cierva querida, que de un salto vino á echarse á los piés del capitan.

—Amigos mios, —exclamó— os doy las gracias, y no tendréis que quejaros de mi liberalidad; mas oid bien, y seguid en todo mis instrucciones; de lo contrario serán terribles los efectos de mi cólera. Escuchad: os prohibo decir en público una sola palabra sobre la manera como ha sido hallada la Cierva. Quiero que esto quede envuelto en un impenetrable misterio. Guardad cuidadosos este animal, y mañana cuando mis amigos me rodeen, haced que á una señal mia aparezca de repente.

Sertorio fué obedecido.

A la mañana siguiente, cuenta Plutarco, presentóse en público, gozosa la fisonomía, alegres los ademanes, refiriendo por donde quiera á los principales señores y jefes de las tropas que los dioses durante el sueño habíanle anunciado que dentro de poco sobrevendria un notable acontecimiento.

Luego sentóse grave y tranquilo para dar audiencia y administrar justicia. Mientras escuchaba las quejas del uno, respondia á las peticiones del otro, y hacia justicia con todos, hizo como al descuido un signo con la mano, y los que no léjos de allí sujetaban á la Cierva soltáronla de repente. Divisar á Sertorio, salvar la distancia de un salto, y caer á los piés de su señor, fué obra de un momento: mirábalo el animal con ojos cariñosos, lamíale las manos, rozaba la cabeza en las rodillas del guerrero.

y parecia que imploraba sus caricias, dando señales de la mas loca alegría. Acaricióla el General, y si hemos de creer á Plutarco, los ojos de este se bañaron de lágrimas.

Maravilladas las tropas con aquel espectáculo, aplaudieron frenéticamente, y cuando Sertorio se levantó para volverse á su morada, lo acompañaron los gritos de la muchedumbre, que lo proclamaba como un hombre divino protegido por los dioses.

El ejército en masa saludó aquel suceso como presagio de ventura, y merced á la estratagema del hábil militar, el valor de las legiones subió á la altura de sus esperanzas.

III.

La lucha continuó, y tan favorable era la suerte de Sertorio, que á pesar de que Pompeyo ganó la batalla de *Segontia*, escribia así al senado romano : « Si no me socorreis con dineros y gente, me veré forzado á retirarme á Italia, y tal vez Sertorio se me adelante, porque con su habilidad y buena conducta ha reunido al rededor de sí los mejores y mas bizarros capitanes de esta época.»

El pavor de los romanos acreció con el tratado que Sertorio concertó con Mitridates, por el cual aquel potente monarca se obligaba á enviarle tres mil talentos y cuarenta galeras.

Pero la versátil fortuna volvió la espalda á su favorito;

lo que no pudo hacer la fuerza se encargó la traicion de ejecutarlo. Perpena, uno de los principales oficiales, humillado de ser subalterno de un hombre que le era muy inferior en nacimiento, urdió una conspiracion, en la cual entraron muchos senadores expulsados de Roma y que servian en las filas de Sertorio. Los sediciosos resolvieron asesinar á su jefe.

Perpena dió un festin en su casa, invitó á Sertorio, y este asistió sin desconfianza. Ya la comida tocaba á la conclusion, cuando algunos conjurados, fingiéndose tomados del vino, comenzaron á proferir palabras ajenas de aquel lugar. Sertorio quiso moderarlos con amonestaciones; ellos redoblaron las insolencias, y entonces el General se recostó en el lecho que le servia de asiento, y empezó á acariciar á la Cierva, como no haciendo caso de lo que pasaba á su alrededor. Perpena tomó una copa llena, quiso beber, y dejóla caer de intento. La copa se rompió con estrépito; esta era la señal. Antonio, conjurado el mas próximo á Sertorio, le hundió un puñal en el corazon. El herido probó á levantarse; pero el asesino, arrojándose sobre él, le sujetó las manos, impidiéndole defenderse, mientras que los demás conjurados, hiriéndolo simultáneamente, acabaron de matarlo sin dejarle lanzar un solo grito. Al primer golpe que recibió Sertorio, la Cierva, asustada del ruido, dió á correr; mas, herida profundamente en un costado, vino á morir á los piés de su señor, como si el destino de su vida hubiese estado ligado al destino del gran capitan á quien habia servido de instrumento.

Los traidores no se libertaron sin embargo. Pompeyo, noble y magnánimo en el triunfo como lo habia sido en la adversidad, persiguió eficazmente á los asesinos de Sertorio y de su Cierva, hasta que logró darles alcance; no siendo Perpeña de los últimos en pagar con su vida el negro crímen que tan villanamente habia perpetrado. La Cierva de Sertorio fué pues vengada tambien á la par que su señor.



BURRA DE BALAAM.

(*Escritura Sagrada.*)

Si hay animal histórico cuya celebridad haya alcanzado desde el sabio al ignorante, desde el poderoso al humilde, y cuyo nombre se cite en todas ocasiones á propósito de multitud de cosas incoherentes y extravagantes, lo es sin duda alguna el animal de que en este momento nos ocupamos. Pero á pesar de lo mucho que de él se habla, son pocos los que conocen su historia con minuciosa exactitud, y pocos los que comprenden el importante papel que, segun las Sagradas Letras, desempeñó en los tiempos de su vida.

La Burra de Balaam es el único animal que por permision de Dios ha disfrutado del uso de la palabra. La mitología y la fábula nos refieren repetidos ejemplos de la locuacidad de los animales; pero la historia verdadera solo nos da cuenta del milagro que hemos enun-

ciado. Ya en otro lugar de esta obra hicimos mérito del cordero que después se llamó vellocino de Jason; el cual advirtió á Frixos con voz humana el peligro á que se hallaba expuesto en las playas de Colchos; las vacas del monte Olimpo hablaron tambien; Xanto, caballo de Aquíles, predijo á su señor que moriria en el sitio de Troya; Plinio refiere que habló un perro cuando Tarquino fué arrojado del trono; Suetonio dice que en el momento de asesinar á Domiciano gritó una corneja en el capitolio «bien hecho»; Tito-Livio, por último, habla de un buey que exclamó un dia en el mercado: «¡Cuidado contigo, Roma!» Pero estos y otros muchos ejemplos, que solo tienen en su abono la credulidad mas ó menos desarrollada de sus expositores, no alteran en su esencia la aseveracion histórica de que la burra de Balaam es el único animal que ha disfrutado del uso de la palabra.

Balaam, hombre sabio y experto, de la tierra de Moab, pasaba por el adivino de su reino; y como tal, eran tenidos en mucho, lo mismo sus acciones que sus palabras. Considerando Balac, rey de Moab, que el pueblo de Israel se iba apoderando de toda la tierra de Canaan y destruyendo á sus reyes uno por uno, se valió de Balaam el adivino para que saliese á maldecir al pueblo de Dios: esta maldicion debia, en el sentir del Rey, anonadar y confundir á sus contrarios. Balaam tenia una burra que habia montado constantemente desde su juventud; asna pacífica y sufrida, de la cual se valió el Señor para atajar los intentos del maldiciente adivino.

La primera gracia que obró Dios en el cuerpo del bruto fué concederle la facultad de percibir los objetos inmateriales que se ocultaban á la vista del hombre mas perspicaz. Así que, cuando el ángel Gabriel, segun unos autores, ó Miguel, segun otros, se apareció en el camino que llevaba Balaam, la Burra fué quien únicamente divisó al ángel; y espantada de aquella deslumbradora vision se apartó del camino, como temerosa de continuar la marcha ante el brillo de la gloria. Después de un instante de vacilacion, la Burra se inclinó en presencia del enviado de Dios. Entonces Balaam, irritado por el espanto de su cabalgadura y mas aun por la torpeza de sus pasos, pues que á torpeza achacaba los movimientos impropios del animal, golpeó fuertemente á la bestia, acompañando sus golpes con horribles amenazas é improperios. La Burra, léjos de obedecer á la mano de su conductor, ó condolerse de los golpes que recibia, volvió á inclinarse segunda y tercera vez ante el serafin aparecido, y volvió á recibir segunda y tercera vez los golpes, las injurias y los denuestos de su amo.

—¿Qué te he hecho yó?—gritó entonces el animal, encarándose con su verdugo.—¿Qué te he hecho yo, para que me pegues tres veces?

Balaam quedó admirado de la locuacidad repentina de su jumenta; pero, ciego de enojo por el contratiempo sufrido en su marcha, y mas ciego aun por aquella especie de insolencia con que la Burra, obediente y dócil hasta aquel dia, se le mostraba entonces como un rival poderoso, contestóle entre confuso y colérico:

—¿Por qué me has engañado? Si tuviera una espada en mi mano ya te hubiera muerto.

—Tú no puedes matarme, — tornó á decirle el animal; — no tienes esa espada en la mano y no puedes matarme; ¡considera si podrás arrasar y destruir á los isrealitas!

Balaam calló, porque ante semejante raciocinio no se le ocurria nada que contestar. Por otra parte, las palabras del bruto le hicieron reflexionar un momento en lo atrevido de la empresa que intentaba.

—Nada me contestas,—continuó la Burra; —¿luego te he vencido...? Y siendo esto así, ¿cómo tratas tú de vencer á los hijos de Abrahan, de Isaac y de Jacob?

La frente del adivino se contrajo visiblemente al escuchar tan terrible argumento. Sin duda que aquella bestia se hallaba en pleno dominio de alguna influencia sobrenatural. Esta idea, que asaltó la mente de Balaam, vino después á confirmársela casi completamente el nuevo razonamiento de la Burra.

—¿No soy yo,—le dijo,—la bestia sobre que has cabalgado hasta este dia? Di, ¿cuándo he hecho yo semejante cosa contigo?

—Jamás,—balbuceó instintivamente Balaam.

En aquel momento se apareció á la vista del supuesto adivino el rostro encantador de Gabriel y la brillante aureola de gloria que lo circundaba.

—¿Por qué pegastes tres veces á tu burra?—le dijo el ángel.—Yo estoy aquí para oponerme á tus ímpetus. La Burra me vió, y se inclinó tres veces delante de mí.

Y si me opongo á que maltrates á la Burra, ¿cuánto mas no me opondré á que destruyas y aniquiles al pueblo de Dios?

La espada amenazante que el serafin esgrimia en su diestra desapareció entonces á los ojos de Balaam, así como el angel que acababa de hablarle, y el brillo y la gloria de que estaba rodeado. El maldiciente de Moab se prosternó ante la imágen de Dios y acató sus designios, desistiendo del criminal propósito que llevaba. Hombre y jumenta volvieron á la tierra de donde habia salido, y el pueblo de Israel no fué maldito por la boca del que un momento antes pretendia exterminarle para satisfacer la cólera de su rey.

La Burra de Balaám fué pues el instrumento de que Dios se valió para llevar la luz á la mente del falso adivino. Dándole al animal la vista penetrante y clara que habia negado al hombre, probó el Señor que muchas veces concede á los inocentes y á los humildes lo que niega á los sabios y á los poderosos; dotando al bruto del don de la palabra, como lo hizo, manifestó su omnímodo poder y la incontrarestable fuerza de su excelsitud; haciendo razonar á una bestia hasta el punto de que el hombre no encuentre palabras con que contestarle, justificó la ceguedad y pobreza de ese mismo hombre ante los arcanos y misterios de la divina gracia; cuando la Burra le hizo echar de menos á su amo la espada con que hubiera querido este arrancarle la vida, obligó Dios al hombre á que pensara en la cortedad de sus medios para empresas atrevidas y gigantescas; por último,

cuando el ángel desciende para defender á la miserable bestia, recuerda el Señor á las criaturas que la mansedumbre, la caridad y la dulzura deben dispensarse lo mismo con el grande que con el pequeño, con el sabio como con el ignorante, con el racional como con el bruto.

Tales son las grandes verdades que encierra, segun los textos sagrados, la milagrosa y providencial historia de la Burra de Balaam.



DJALÍ.

(*Cabra de Esmeralda.*)

I.

En 1482 recorria las calles de Paris llamando la atencion general una bellísima jóven seguida de una cabra.

Si aquella mujer era un ser humano, una hada ó un ángel, eso es lo que el espectador no podia decidir en el primer momento, fascinado, como no podia menos de quedar, por aquella vision deslumbradora.

No era alta, pero lo parecia; tal era la soltura de su flexible talle; era morena, pero se dejaba ver que su cútis debia tener aquel reflejo dorado de las andaluzas y de las romanas; su piececillo era tambien andaluz, porque estaba juntamente oprimido y holgado en su gracioso calzado. Bailaba, giraba, volteaba aquella mujer sobre una vieja alfombra de Persia, tendida bajo sus

piés; y cada vez que en su rápido giro pasaba delante de alguno aquella radiante fisonomía, sus grandes ojos de azabache le echaban un relámpago.

Todas las miradas estaban fijas, todas las bocas abiertas en torno de ella; y en efecto, mientras bailaba así al son de la pandereta que sus dos puros y redondos brazos levantaban sobre su cabeza, sútil, aérea, viva como una avispa, con su cintura de oro sin un pliegue, con su brillante falda, que se ahuecaba, con sus espaldas desnudas, su linda pierna, que dejaba entrever por momentos su flotante vestidura; con su pelo negro, con sus ojos de fuego, parecia una criatura sobrenatural.

Los que hubiesen dudado de la procedencia de aquella alegre niña de diez y seis años, con observar que en algunos momentos de descuido habíasele escapado de entre las trenzas de sus cabellos una pieza de cobre amarillo, hubieran reconocido fácilmente que la encantadora bailarina era una gitana.

Cuando después de haber bailado y revoloteado grandemente en medio de un grupo de entusiasmados y atónitos parisienses, apoyaba su hermosa frente sobre las puntas de dos espadas, haciéndolas girar en un sentido mientras giraba ella en otro, con toda la gracia, toda la desenvoltura y el encanto todo de una sílfide aérea y casi impalpable, la multitud gritaba y aplaudia con el mas frenético entusiasmo, y la linda gitanilla volvia la cara á todos lados manifestando su reconocimiento y gratitud por medio de una mueca que le era familiar,

graciosa y expresiva como su rostro, como sus ademanes, como todo su cuerpo.

Parábase por fin cansada la bailarina, y pronunciando el nombre de Djalí veia llegar hácia sí una cabrita blanca, preciosa, lista, lustrosa, con sus cuernos dorados, con sus patitas doradas, con su collar dorado, y que habia estado hasta entonces acurrucada en una esquina del tapiz mirando á su ama.

— Djalí, —decia la bailarina, —ahora tú.

Y sentándose en el suelo, presentaba graciosamente á la cabra su pandereta.

— Djalí, ¿en qué mes del año estamos?

La cabra levantaba su patita delantera y daba un golpecito en el pandero. Era, en efecto, el primer mes del año : el pueblo aplaudia.

—Djalí,—proseguia la gitana volviendo del otro lado su pandereta,—¿en qué dia del mes estamos?

Y Djalí levantaba su dorada patita y daba tantos golpes en el cuero cuantos dias habian trascurrido del mes. De la misma manera revelaba la hora que señalaba en aquellos momentos el reloj mas cercano. El pueblo estaba estupefacto.

— Djalí, ¿cómo hace el capitan de carabineros de la villa en la procesion de la Candelaria?

Asentábase la cabra sobre sus patas traseras, y empezaba á bailar, andando con tan gentil gravedad, que el círculo entero de los espectadores aplaudia en vista de aquella parodia de la devocion interesada del capitan de los carabineros.

— Djalí,—proseguia la gitana alentada por aquellos aplausos,—¿cómo predica el procurador del Rey en el tribunal eclesiástico?

Acomodábase la cabra sobre entrambas posaderas, y comenzaba á balar, meneando las patitas de un modo tan extraño, que gesto, maneras, acento, todo era ver al procurador del tribunal.

El pueblo entonces aplaudia hasta no mas; el entusiasmo rayaba en delirio, y la bella Esmeralda, aprovechando aquellos momentos de triunfo, recogia los innumerables dones que de todas partes llovian sobre su pandereta.

Así continuó por algun tiempo la linda gitanilla siendo el encanto de los hombres y la envidia de las mujeres, hasta que la fatalidad ó un gallardo mancebo que en esta ocasion la personificaba, vino á amargar los mas placenteros dias de su juventud, haciéndola concebir una pasion harto intensa para que con facilidad pudiera extinguirse, y harto desigual para que tuviera felices resultados.

Era el jóven de quien se habia prendado la Esmeralda un moceton de bizarra presencia, aunque algo vana y fanfarrona; uno de aquellos buenos mozos que pasan sin oposicion por tales entre las mujeres todas, aunque al verlos se encojan de hombros con desden los hombres graves y fisonomistas. Llevaba aquel galan el brillante uniforme de capitan de los arqueros del Rey; y con su cota de malla cubierta de terciopelo negro con pasamanos de oro, su largo bigote retorcido á la borgoñona,

su gracioso gorrete cubierto de botones de plata sobredorada, sus espuelas, su espada y toda aquella cáfila de adornos y relumbrones con que se atavían los soldados para estar mas libres en el momento del combate; todo esto, decimos, unido al imponderable servicio que el gallardo capitan habia prestado á la Esmeralda salvándola la vida, fué causa de que la inocente y sencilla gitana se enamorase perdidamente del voluble y desdeñoso mancebo. Llamábase este el capitan Febo de Chateaupers.

Pero no era este solo el hombre que, instigado por los atractivos de la jóven bohemia, ardia en deseos de hacerla suya á toda costa. Un pobre sacerdote, un desgraciado á quien la austeridad y pureza de su juventud estudiosa habian conservado léjos de los placeres del mundo, sintió un dia el apetito de la carne ante la figura aérea y vaporosa de la gitana. Aquel hombre, poderoso por su posicion, y mas fuerte aun por la extremada energía que una continencia forzada habia engendrado en su ser; aquel hombre, que al atravesar el camino que media entre el espíritu y la materia, entre el libro y la mujer, se sentia capaz de todo lo que ni aun en sueños pudo imaginarse jamás; aquel hombre, que al considerar el muro impenetrable alzado por el destino entre su pobre sotana y la rica argentería del tonelete de la jóven, se veia dispuesto á cambiar toda su ciencia, sus afecciones, su honra y hasta su vida por un momento de amor; aquel desgraciado, ó por mejor decir, aquel monstruo, tentó todos los medios que se

ponian á su alcance para conseguir una correspondencia que la infeliz gitana desdeñaba, por instinto primero, por convencimiento mas tarde, por repugnancia y por horror después.

De sus garras habíala librado el capitan Febo en una noche fatal; y este recuerdo, vago, pero terrible, habia despertado en el alma de la jóven su amor y sus desdenes, su pasion y su odio, su idolatría y su aborrecimiento: un capitan, con quien soñaba, y un sacerdote, de quien huia.

El capitan, el sacerdote y la gitana se encontraron una noche por bien distintas causas en el miserable aposento de una vieja encubridora de crímenes y disoluciones. Allí Febo de Chateaupers, mintiendo á la enamorada niña una pasion que jamás habia sentido por ella, hacíala perder el juicio, la dignidad y la pureza, arrastrada por ese primer fuego que embriaga con la misma facilidad que da la muerte: el eclesiástico observaba escondido los menores accidentes de aquella escena que abria ante sus ojos las puertas del infierno; y delirante, ébrio, y sobre todo impío, se arrojó sobre su pretendido rival, hundiéndole en su seno el puñal homicida á impulsos de la rabia, de los celos y del pecado, desapareciendo después tras de su crímen con la misma presteza que acababa de cometerle.

Algunos dias después una gitana, llamada Esmeralda comparecia ante el tribunal de la justicia de Paris, acusada de haber dado muerte por medio de sortilegios y maleficios á un capitan de los arqueros del Rey.

II.

Un gentío inmenso inundaba las avenidas del palacio de Justicia, en cuyo salon principal, cuajado tambien de espectadores, veíase á los miembros del tribunal, que en presencia de la acusada proseguian la instruccion del proceso.

Esmeralda, que asistia á aquellos debates atraida por la fuerza, pero sin darse razon de cuanto por ella habia pasado desde la noche fatal en que perdió á su Febo, hallábase sentada, ó por mejor decir, arrojada, en el banquillo de los criminales, muda, insensible, yerta, sin que su desnudez ni el peso de las cadenas la impresionasen en lo mas mínimo. Solo cuando el procurador del Rey, aquel procurador á quien con tanta gracia remedaba la cabrita, pronunció en alta voz el nombre del capitan á propósito de sus últimas declaraciones, fué cuando, volviendo repentinamente de su abatimiento, púsose en pié, alzando la cabeza por encima del gentío. La pobre gitana estaba pálida; sus cabellos, tan preciosamente trenzados antes y cubiertos de cequíes, caian en desórden; sus labios estaban azules, sus ojos hundidos asustaban. ¡Infeliz!

—¡Febo!—dijo con delirio,—¿dónde está? ¡Oh, señores! ¡Antes de matarme decidme, por amor de Dios, si vive todavía!

—Callad, mujer,—respondió el Presidente;—eso no os importa á vos.

—¡Oh! ¡Por compasion, decidme si vive!—repuso cruzando sus hermosas manos enflaquecidas; y se oian resonar las cadenas á lo largo de su falda.

—Pues bien,—dijo con sequedad el abogado del Rey,—se está muriendo. ¿Estáis contenta?

La desdichada volvió á caer en su asiento sin voz, sin lágrimas, blanca como una estatua de cera.

Un momento después el Presidente mandaba introducir en el salon á la segunda acusada. Todas las miradas se dirigieron entonces hácia una puertecilla que se abrió para dar paso á una linda cabrita con cuernos y patitas de oro.

Para condenar á Esmeralda solo faltaba persuadirse de que en sus acciones intervenian maleficios y sortilegios. Esto era lo que el tribunal trataba de inquirir.

El procurador del Rey en el tribunal eclesiástico, á quien ya conocemos por las gracias de Djalí, fué el encargado del interrogatorio.

—Si el demonio que obra en el cuerpo de esta cabra,—dijo dirigiéndose al precioso animal,—persiste en sus maleficios y aterra con ellos al tribunal, le prevenimos que recurrirémos contra él al patíbulo y á la hoguera.

La cabrita, que no habia parado su atencion en los dislates ensartados por el bueno del procurador del Rey, sino que, ávida de un objeto que habia perdido tiempo hacia, en todas partes creia hallarle; el animalito, decimos, paróse un momento en el dintel de la puerta alargando el pescuezo, como si encaramada en la punta de

una roca, hubiese tenido á la vista un inmenso horizonte. Vió de repente á la gitana, y brincando por encima de la mesa y de la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre sus rodillas; luego se revolvió graciosamente á los piés de su ama, solicitando una palabra ó una caricia; pero la acusada permaneció inmóbil, y ni aun la pobre Djalí pudo obtener una mirada.

El procurador del Rey, que habia detenido su interrogatorio durante esta escena muda, creyó llegado el momento de continuarle, para lo cual cogió la pandereta de la gitana, y presentándola de cierto modo á la cabra, le preguntó :

— Djalí, ¿qué hora es?

Miróle la cabra con ojos inteligentes, y alzando su patita dorada dió siete golpes; eran, en efecto, las siete. Un movimiento de terror circuló por la muchedumbre.

—Djalí,—prosiguió el procurador,—¿en qué mes estamos?

Y la cabra lo dijo, así como el dia, el año y cuanto acostumbraba á responder diariamente. La multitud entonces, que mas de una vez habia aplaudido en las calles las inocentes malicias de Djalí, sintióse despavorida al verlas bajo las bóvedas del palacio de la Justicia. La cabrita decididamente era el diablo.

Y fué aun mucho mayor el asombro de todos cuando, habiendo vaciado en el suelo el procurador del Rey un cierto saquito de cuero lleno de letras movedizas que llevaba al cuello Djalí, vieron á la cabra formar con su patita de entre aquel alfabeto el nombre fatal de *Febo*.

Aparecieron entonces irresistiblemente demostrados los sortilegios de que habia sido víctima el capitan; y á los ojos de todos, la gitana, aquella preciosa bailarina que tantas veces habia hechizado al pueblo con sus primores, no fué ya mas que un horrible vampiro.

Entre tanto la infeliz no daba ninguna señal de vida; ni las graciosas evoluciones de Djalí, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada distraia su pensamiento.

Fué preciso, para sacarla de su letargo, que el Presidente alzase la voz en tono solemne para decirla:

— Mujer, sois de raza gitana, dedicada á los maleficios; habeis, en complicidad con la cabra hechizada implicada en el proceso, habeis en la noche del 29 de marzo último magullado y dado de puñaladas, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con ayuda de prácticas y sortilegios, al capitan de los arqueros del Rey Febo de Chateaupers. ¿Insistis en la negativa?

— ¡Qué horror! — exclamó la jóven cubriéndose el rostro con ambas manos. — ¡Febo mio! ¡Oh! ¡Este es el infierno!!

— ¿Insistis en negar? — Preguntó con frialdad el Presidente.

— Sí, lo niego, — dijo la gitana con acento terrible, poniéndose en pié y echando llamas por los ojos.

— Pues entonces, ¿cómo explicais los hechos que se os acriminan?

La infeliz contestó con voz doliente y cortada por los sollozos:

— Ya lo he dicho, no lo sé. ¡Ha sido un sacerdote. un sacerdote á quien no conozco, un sacerdote infernal que me persigue!

— Ese es el monje en pena, — repuso el Presidente.

— ¡Oh señores! Tened compasion de mí! Yo no soy mas que una pobre mujer!...

Los guardias se apoderaron en aquella ocasion de Esmeralda, y sin dejarla continuar la condujeron á la sala del tormento. Un instante después se oyó en el salon del tribunal un lastimero balido : era la cabra, que lloraba.

Los horribles dolores que la pobre gitana sufrió en el tormento la hicieron declarar todo cuanto los jueces querian que declarase. Ella era hechicera y embaucadora ; ella tenia tratos frecuentes con el monarca de las tinieblas en figura de cabra; ella usaba de sortilegios y maleficios para conseguir fines diabólicos; ella, por último, era el asesino del capitan Febo de Chateaupers.

Y por si alguna duda cabia en todo cuanto de maravilloso y cabalístico resultaba del proceso, al hacer la acusacion el procurador del Rey delante de los jueces, la cabrita, que en ocasiones tantas le habia remedado, asentóse sobre ambas posaderas, y comenzó á reproducir lo mejor que pudo con sus patitas delanteras y su cabeza barbuda la patética pantomima del Procurador, que frenético y fuera de sí al ver la descarada burla que de su gravedad y carácter se hacia, comenzó á pedir venganza de tamaño desacato y avilantez. A ninguno de los espectadores quedó entonces duda de la magia.

Hé aquí la sentencia que pronunció el tribunal :

« Gitana, el dia en que lo mande el Rey nuestro señor, á la hora de mediodía, seréis llevada en un carreton, en camisa, descalza y con la cuerda al cuello, delante de la portada de Nuestra Señora, para hacer pública retractacion, con una vela de cera, del peso de dos libras, en la mano, y desde allí seréis conducida á la plaza de la Grève, donde seréis ahorcada en el cadalso de la villa, é igualmente esa vuestra cabra, y pagaréis al provisor tres leones de oro en reparacion de los crímenes por vos cometidos y confesados de hechicería, magia, lujuria y asesinato sobre la persona del señor Febo de Chateaupers. ¡Dios perdone vuestra alma! »

—¡Oh! estoy soñando,—murmuró la infeliz; y sintió unas manos ásperas que se la llevaban.

III.

La sentencia de Esmeralda y de Djalí no se llevó á cabo á pesar de todo con la precipitacion acostumbrada en aquellos tiempos. Un sinnúmero de circunstancias coincidieron esta vez en favor de las pobres acusadas, si es que favor era, para la gitana principalmente, el que prolongasen su vida después de la muerte de su Febo. Pero el enemigo de la infeliz criatura, el hombre miserable que en tan mal hora habia concebido la pasion de que ambos debian ser víctimas, tuvo aun ocasiones de ofrecer la libertad y la vida á aquella desgraciada, en cambio de la impureza y la deshonra.

En el fondo de un oscuro calabozo, sin luz, sin fuego, rodeada de insectos, de humedad, de sombras, en aquella cloaca de fango y de tinieblas adonde la justicia habia conducido á Esmeralda, allí mismo sintió la infortunada niña las punzantes persecuciones de su verdugo. Brindábala con un amor eterno, con las delicias del retiro y la soledad, con la grandeza y la gloria, con el fausto y las riquezas. Pero ella no escuchaba aquellas voces, y si alguna vez se daba razon de que un ser humano la acompañaba en aquel encierro, era para dirigirse á él, y entre sobresaltada y llorosa, pedirle noticias de su Febo, del hombre por quien hubiera arrostrado gustosa el calabozo, el deshonor, el suplicio: del capitan por quien entonces tanto sufria, y á quien amaba entonces mas que nunca.

Hubo un momento en que el tigre creyó deber abalanzarse sobre la débil presa que de aquella manera se le resistia, y entonces se trabó en el oscuro subterráneo una lucha desesperada y horrible; lucha en la cual una mujer abatida se tornaba fuerte al contacto del demonio, y en que un hombre fuerte se volvia miserable al tener que habérselas con un ángel. La inocencia triunfó en esta lucha; pero el crímen se encargó de disponer la venganza.

La causa de Esmeralda estaba, por la complicacion de los sucesos, en manos del arcediano, quien, si con una sola palabra hubiera podido salvarla, bastábale permanecer indiferente, como lo hizo, para que la pobre gitana perdiera su vida en el cadalso.

Acusada, juntamente con su cabra, de haber asesinado por medio de sortilegios y maleficios al capitan Febo de Chateaupers, una sentencia del tribunal debia conducir á ambos á la horca, toda vez que la justicia de aquella época se vengaba lo mismo de los animales que de las criaturas. Y no hay que decir que la cabra era menos desgraciada entonces que su jóven ama; pues si faltaba á Djalí el discernimiento para conocer la tremenda acusacion que pesaba sobre sí, no le habia faltado un instante para saber apreciar el abatimiento y postracion de Esmeralda, su encierro, su falta de luz, de agua, de alimento, y lo que es mas, de todo aquel raudal de caricias que en otros dias le tributaba, cuando una multitud frenética y entusiasmada aplaudia sus habilidades en las calles de Paris.

Djalí sentia á su manera todos los infortunios y pesares de Esmeralda: habia dejado de ser confidente y consuelo de la gitana, lo cual era muy bastante para que sus carnes hubieran adelgazado, y puéstose mustio su brillante pelo, y empavonádose el oro de sus cuernecitos retorcidos. Si la justicia no ejecutaba á Djalí, ella moriria de dolor sobre la falda de su ama.

Llegó un dia en que la sentencia debia cumplirse. La muchedumbre, que tantos aplausos habia prodigado á la gitana y á la cabra cuando las creia inocentes bailarinas, ansiaba ahora el momento de verlas en la horca, desde que hubo escuchado las palabras de *maleficio* y *brujería*. Un gentío inmenso ocupaba la gran plaza de Grève, y el cadalso dispuesto de antemano aguarda-

ba á las víctimas, cuando un hombre de faz siniestra se mostró á los ojos de todos, llevando á rastras una cosa blanca que á poco trabajo acomodó en el patíbulo.

Un instante después se mecia en la punta de una cuerda, á cuatro varas sobre el nivel del suelo, el cuerpo de la pobre Esmeralda, que acababa de ser ejecutada.

El pueblo habia presenciado con impavidez aquella escena; la justicia creia haber cumplido con religiosidad su sagrado ministerio; el hombre por quien la desgraciada niña entregaba su cuello, ni aun podia sospechar el horrible sacrificio de que era causa; por último, el monstruo, que en fuerza de su criminal apetito no satisfecho habia complicado las cosas hasta el punto de un desenlace como el que hemos escuchado, recreábase en la contemplacion del cadalso desde lo alto de una torre de la iglesia catedral de Paris. Ya el espantoso crímen iba á quedar impune, cuando una mano misteriosa, enviada sin duda por el cielo, empujó con sobrehumana violencia el cuerpo del impuro arcediano y le precipitó al abismo, dejando estampada su huella en las losas del atrio de la iglesia. El dedo de Dios habia dispuesto aquel castigo.

Del capitan Febo nada ha vuelto á saberse. La cabra desapareció de la prision, y ni la justicia ni el pueblo de Paris se acordaron de reclamar el cumplimiento de la sentencia. Djalí fué mas feliz que Esmeralda, aunque tardaria bien poco en seguir á su ama.

Tal es, tomada con sus propias palabras, la historia de la cabra á quien un distinguido autor francés ha dado

tan gran celebridad, por hacerla figurar en una obra que vivirá tanto como las letras. Y ya que al principio de este libro tributamos un homenaje de admiracion y respeto al príncipe de los ingenios españoles, incluyendo en esta galería de ANIMALES CELEBRES á aquellos que él inmortalizó con su pluma, justo nos ha parecido rendir al final el mismo tributo de consideracion al eminente poeta, al profundo pensador, al novelista sin igual, que ha legado á la literatura ese gran libro que conocemos bajo el título de *Nuestra Señora de Paris*.

FIN.

ADVERTENCIA FINAL.

Acabamos de exponer en las anteriores páginas la reseña histórico-biográfica de los animales mas notables de todos los tiempos y de todos los paises : tal fué la tarea que nos impusimos al comenzar este libro. Hemos encerrado, sin embargo, nuestro pensamiento en mas estrechos límites de lo que nos habiamos propuesto, tanto porque obras de esta naturaleza no requieren excesiva extension, cuanto porque desde luego decidimos bosquejar únicamente aquellos cuadros que ofreciesen mayor interés y amenidad á todo género de lectores.

Los animales célebres son infinitos. La tradicion y la historia apenas dan un paso sin consignar alguno de sus nombres á propósito de cualquier suceso notable; pero no todas las veces se presta esta mencion al ordenamiento de una reseña completa : rasgos aislados, y por consiguiente de escaso interés, son los que ceracterizan esencialmente á ese sinnúmero de animales. Los que tienen una historia especial, y digna, por lo tanto, de referirse con interés y detenimiento, esos están tratados en nuestro libro con la posible extension y exactitud.

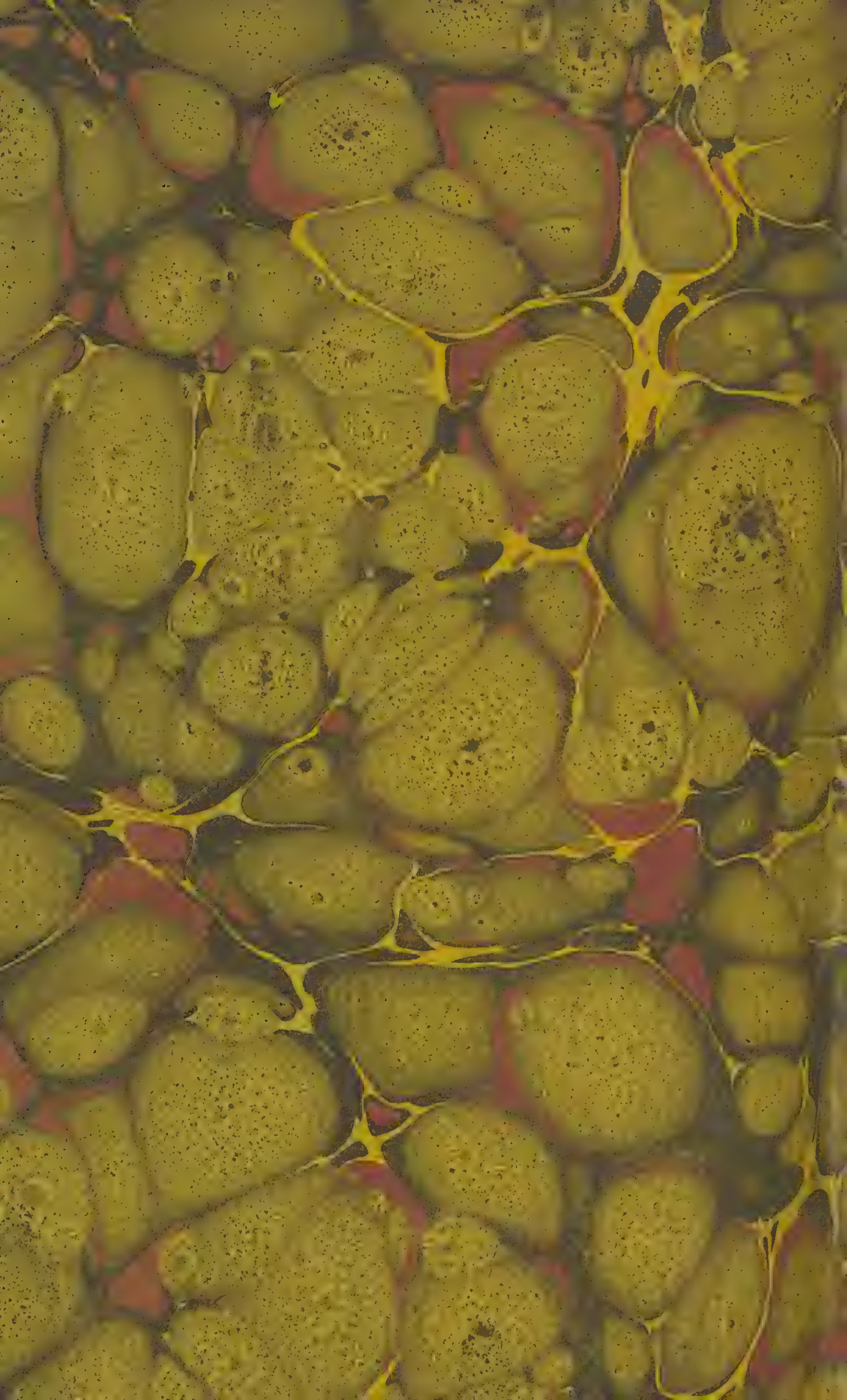
Hecha esta indicacion, cúmplenos ahora manifestar cuáles trabajos hemos aceptado de la obra de Mr. Fournier, autor francés á quien nombramos en el prólogo de este libro, y cuáles se deben únicamente á nuestras propias indagaciones. Aque-

llos artículos en que el naturalista extranjero trataba de una manera inmejorable la vida de algunos animales que podian y aun debian llamar la atencion en nuestro país, los hemos tomado casi textualmente, añadiéndoles solo tal cual dato y noticia que considerábamos esencial para el exacto conocimiento de su historia. En este número se comprenden: la Tigre de Neron, Loba romana, Caballo de Calígula, Perro de Montargis Aguila de Júpiter, Gansos del Capitolio, Leon de Andrócles, Caballo de Alejandro, Elefante de Poro, Aspid de Cleopatra, Leona de Buenos-Aires, Buey Apis, Perro del Louvre, Urraca ladrona, Cierva de Genoveva, Cierva de Sertorio y Perros del Monte de San Bernardo.

Los que exclusivamente nos pertenecen son: el Toro de Europa, Leon de España, Dragon y Oso de Madrid, Caballo del Cid Campeador, Caballo y Azor del conde Fernan Gonzalez, Rocinante y Rucio, Vellocino de oro del Toison, de Jason, de Gedeon; Caballo de Troya, Toro de Falaris, Caballos de la baraja, Ave Fénix, Cordero Pascual, Can-Cerbero, Toro de Creta, Paloma Blanca, Caballo Pegaso, Perro de Alcibiades, Perros de Enrique III, Oso de D. Favila, Caballo de D. Rodrigo, Pelícano sagrado, Burra de Balaám y Cabra de Esmeralda.

INDICE.


Animales Celebres.





CASTRO.

ANIMALES CELEBRES



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm